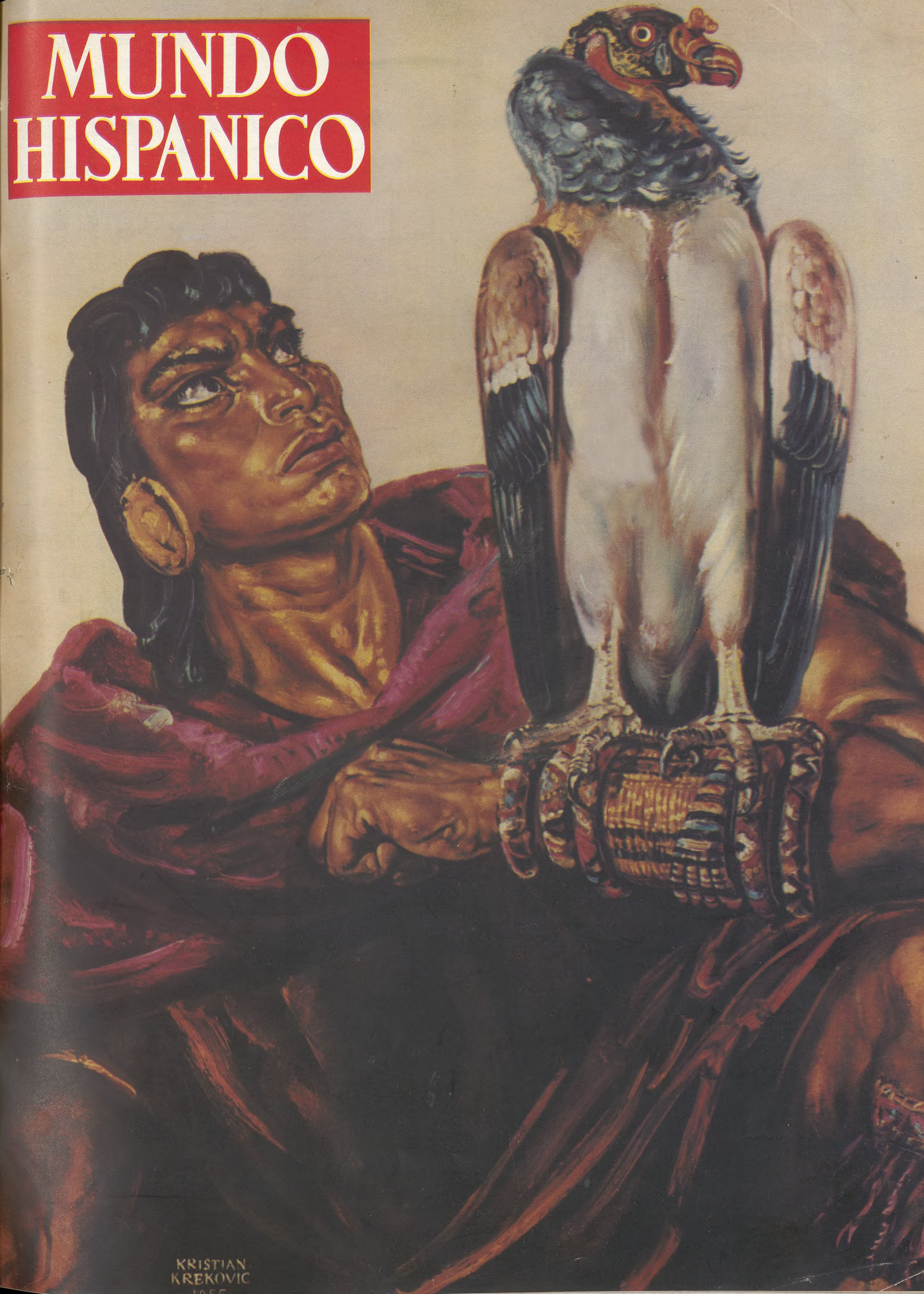
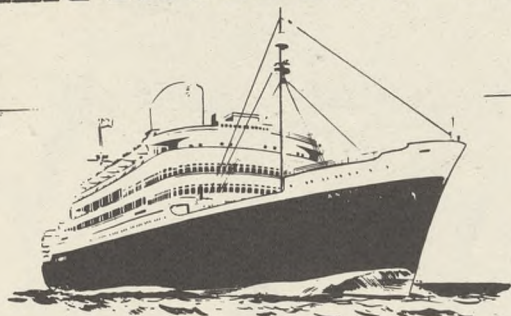


MUNDO HISPANICO



KRISTIAN
KREKOVIC
1955

LA MALA REAL INGLESA



Tres tipos diferentes de trasatlánticos con espléndidas acomodaciones de Primera, Segunda y Tercera clase, para dar satisfacción a todos los gustos y al alcance de todas las economías.

Salidas de: Vigo, Lisboa y Las Palmas para Recife (Pernambuco), Salvador (Bahía), Río de Janeiro, Santos, Montevideo y Buenos Aires.

PROXIMAS SALIDAS

VAPOR	De VIGO	De LISBOA	De LAS PALMAS
Highland Chieftain. . .	11 de Marzo	12 de Marzo	14 de Marzo
ANDES.	15 de Marzo	16 de Marzo	18 de Marzo
Highland Princess. . .	1 de Abril	2 de Abril	4 de Abril
Highland Monarch. . .	15 de Abril	16 de Abril	18 de Abril
ALCANTARA.	19 de Abril	20 de Abril	23 de Abril

Consulte a su Agencia de Viajes o a los AGENTES GENERALES PARA ESPAÑA

ESTANISLAO DURAN E HIJOS, S. A.

VIGO: Avenida Cánovas del Castillo, 3 - Teléfonos 1245 - 1246

MADRID: Pl. Cortes, 4 - Teléfonos 22·46·43 - 22·46·44 - 22·46·45

HIJOS DE BASTERRECHEA
Paseo de Pereda, 9 - SANTANDER

(PACIFIC STEAM NAVIGATION CO.)

CIA. DEL PACIFICO

Servicio regular de los grandes transatlánticos "Reina del Pacífico" y "Reina del Mar", entre **ESPAÑA y VENEZUELA, CUBA, COLOMBIA, PANAMA, ECUADOR, PERU y CHILE**

EL MAXIMO CONFORT A LOS
PRECIOS MAS RAZONABLES



PROXIMAS SALIDAS

"Reina del Pacífico"

"Reina del Mar"

• De Santander: 18 de Abril
• De La Coruña: 19 de Abril

De Santander: 25 de Mayo
De La Coruña: 26 de Mayo

RETRATOS



ESTUDIO DE PINTURA DE
JOSE DEL PALACIO

Logramos de un mal retrato fotográfico un buen cuadro,
al óleo, pastel o acuarela

MINIATURAS SOBRE MARFIL, PAISAJES, MARINAS, BODECONES,
COPIAS DE CUADROS DEL MUSEO DEL PRADO, RESTAURACION
DE CUADROS Y CLASES DE DIBUJO Y PINTURA

VISITE NUESTRA EXPOSICION
PELIGROS, 2 MADRID

ESTAN A LA VENTA

TAPAS

PARA ENCUADERNAR

LA REVISTA

«MUNDO HISPANICO»

DEL AÑO 1957

PRECIO: 70 PESETAS; A LOS SUSCRITORES
LAS SERVIMOS AL PRECIO DE 60 PESETAS

También tenemos a la venta las TAPAS de los años 1948 a 1956
y los INDICES correspondientes a estos años

Para pedidos, dirigirse a la Administración de MUNDO HISPANICO,
Alcalá Galiano, 4, Apartado de Correos 245, MADRID (España),
o a nuestros distribuidores: Ediciones Iberoamericanas, S. A.
Pizarro, 19, MADRID (España)

MUNDO HISPÁNICO

LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES

Director: JOAQUIN CAMPILLO

Director adjunto: MANUEL SUAREZ-CASO

Redactor-jefe: JOSE GARCIA NIETO

Jefe de confección: JOSE FCO. AGUIRRE

NUMERO 120 ☆ MARZO 1958 ☆ AÑO XI ☆ 15 PESETAS

SUMARIO

Págs.

POLITICA:

La O. N. U.: 82 naciones en busca de la paz mundial, por Enrique de Angulo 4

GEOGRAFIA, TURISMO, COSTUMBRES:

Tres mil argentinos residen en Madrid, por Armando Puente. (Fotografías Basabe.) 11
El baile indígena colombiano, por Alberto de Cartagena 21
Origen y belleza de Ceuta, por Leopoldo Caballero. (Fotos Rubio, Calatayud y Ros.) 32
Lima, la Ciudad de los Reyes, por Carlos Manuel Chávez. (Fotos Pío Campo.) 36
De Buenos Aires a Nueva York con un Hispano-Suiza 39

ECONOMIA:

Economía colombiana, por Fco. González Torres 25

BIOGRAFIAS, SEMBLANZAS:

Biografía apresurada de Carlos M. Ydígoras, por Manuel Calvo Hernando. (Fotos Cifra, Orbis, Torremocha, Guerrero.) 29
Ataúlfo Argenta, director multitudinario, por Antonio Fernández Cid 43

ARTESANIA:

Primores para quemar, por Luis Castillo. (Fotos Lara.) 18

LITERATURA:

Primavera, por Leopoldo de Luis. (Ilustración de Antonio Guijarro.) 20
Algunos no hemos muerto, por Carlos M. Ydígoras. (Ilustraciones de Molina Sánchez.) 55

ARTES PLASTICAS:

Lo español en la creación artística. (Fotos Basabe, Teódulo y Lucas.) 16
Con el pintor Kristian Krekovic, por Felipe Sassone 37
Paisaje y pintura en Cuba, por Jorge Mañach 47

Colaboración artística de Enrique Ribas, Daniel del Solar, Molina Sánchez y Antonio Guijarro.

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION

Avenida de los Reyes Católicos
Ciudad Universitaria - Madrid

Teléfonos:

Redacción 57 32 10
Administración 57 03 12
Administración y Redacción. 24 91 23

Dirección postal para todos los servicios:

Apartado de Correos 245 - Madrid

EMPRESA DISTRIBUIDORA

Ediciones Iberoamericanas (E.I.S.A.).
Pizarro, 17 - Madrid

IMPRESORES

Tipografía y encuadernación: Editorial Magisterio Español, S. A. (Madrid).—Huecograbado y Offset: Heracleo Fournier, S. A. (Vitoria).

PRECIOS

Ejemplar: 15 pesetas.—Suscripción semestral: 85 pesetas.—Suscripción anual: 160 pesetas (5 dólares).—Suscripción por dos años: 270 pesetas (8,50 dólares).

ENTERED AS SECOND CLASS MATTER AT THE POST OFFICE AT NEW YORK, MONTHLY: 1958. NUMBER 120, ROIG NEW YORK «MUNDO HISPANICO». SPANISH BOOKS, 576 6th Ave. N. Y. C.

NUESTRA PORTADA



La figura legendaria de Manco Capac, el Inca, abre hoy las páginas de la revista, en una interpretación debida al pintor Kristian Krekovic. La obra ha formado parte de la exposición realizada recientemente en el Círculo de Bellas Artes, de Madrid, con notable éxito.

CAFETERIAS California



preferidas
por nuestros
amigos
de América

Para su
desayuno,
almuerzo,
refresco
o cena...

Servidos a todas horas desde
las 8 a. m. hasta medianoche,
a su comodidad

En lo más
céntrico de
Madrid y
San Sebastián

Grato ambiente
Excelente calidad
Buen servicio



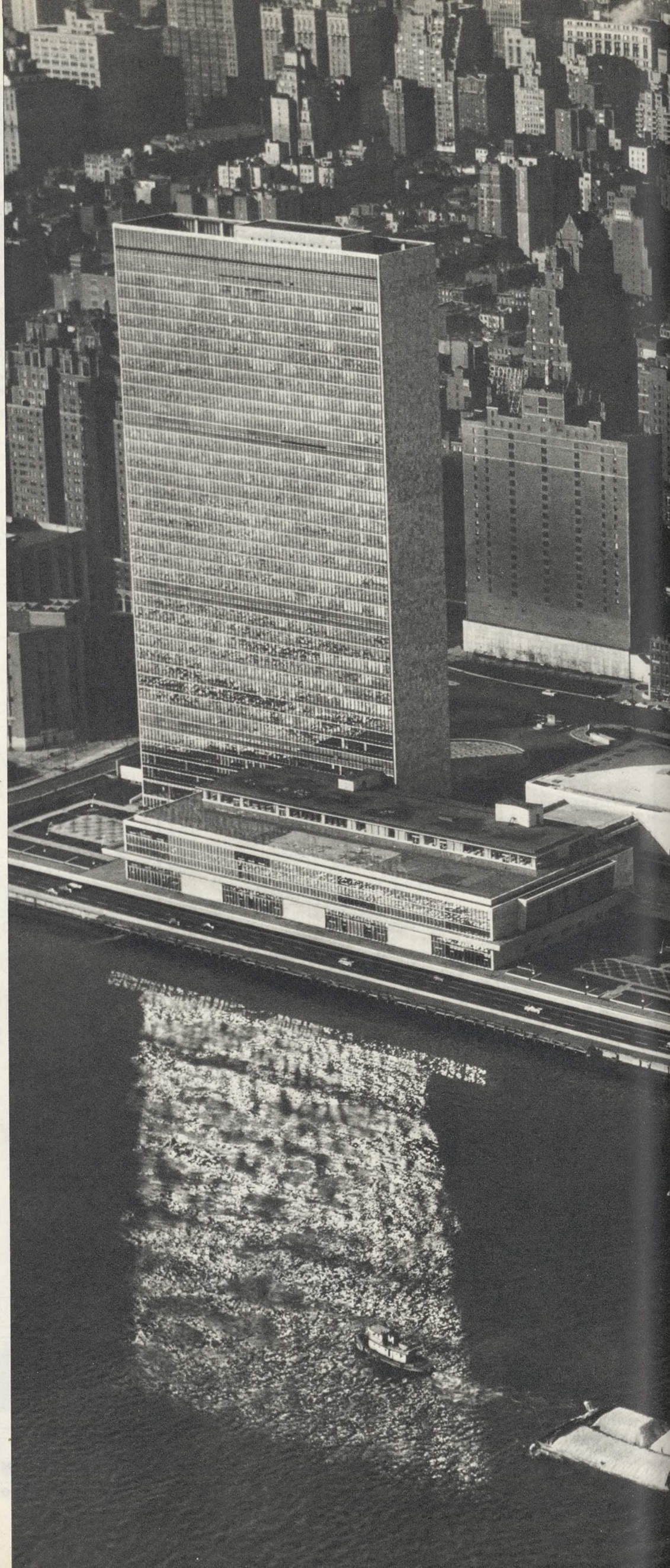
O. N. U.

82 naciones en busca de la paz mundial

JAMÁS hasta ahora se había llevado a la práctica la gran proeza, que aun parece una quimera, de aunar los esfuerzos de casi cien naciones para mantener la paz y seguridad internacionales, reafirmar la fe en los derechos fundamentales del hombre, crear condiciones de justicia inspiradas en el más puro Derecho internacional y promover el progreso económico y social del mundo entero. Esto es, en breves palabras, la Organización Internacional de las Naciones Unidas.

Los profundos cimientos de esta gigantesca organización internacional están basados en un documento—la Carta de las Naciones Unidas—que firmaron, en su origen, 51 naciones, el 26 de junio de 1945, en la Conferencia de San Francisco. Pero ese documento tuvo antes una lenta elaboración, que fué cristalizando a través de distintas reuniones y conferencias internacionales.

En donde primero se habló en contra de «la concentración de la paz por separado» fué en la Declaración de Londres, firmada por 13 países el 12 de junio de 1941. El 14 de agosto del mismo año firmaban Roosevelt y Churchill la Carta del Atlántico, en donde ya se hace referencia a «lograr mejores condiciones de trabajo, adelanto económico y seguridad social». En la Declaración de las Naciones Unidas, firmada por 26 Estados el primer día del año 1942, y a la que más tarde se adhirieron 21 naciones más, se habla de «prote-





ger los derechos humanos y la justicia de sus propios países». En diciembre de 1943, los tres grandes de entonces—Roosevelt, Churchill y Stalin—firmaron el primer documento que serviría de base al espíritu de la Carta de las Naciones Unidas. Los últimos toques a esta Carta se dieron en la Conferencia de Dumbarton Oaks, en Washington, donde los representantes de China, Estados Unidos, Gran Bretaña y Rusia dieron estructura a lo que debería ser la organización internacional.

Al fin, en 1945, los delegados de 50 naciones aprobaron por unanimidad la Carta de las Naciones Unidas, que entró en vigencia el 24 de octubre del mismo año, fecha en la que, desde entonces, se conmemora cada año el *Día de las Naciones Unidas*.

COMO TRABAJAN LAS NACIONES UNIDAS

Los 3.000 funcionarios de la O. N. U. y los 820 delegados y empleados de las ocho Delegaciones trabajan en las 40 plantas del colosal rascacielo a través de seis órganos principales de la Organización internacional. Sólo la Asamblea General emplea anualmente toneladas de documentos, traducidos a los cinco diferentes idiomas oficiales. Durante el período de Asamblea se trabaja día y noche durante veinticuatro horas ininterrumpidas. En muchas ocasiones, los discursos de los delegados se traducen a los idiomas de trabajo la noche antes de ser pronunciados ante la Asamblea. Para facilitar esta enorme tarea diaria, que supone a veces la traducción de cincuenta y seis horas de discursos pronunciados en las distintas Comisiones de la Asamblea, cuentan las Naciones Unidas con el servicio de 300 traductores, las más modernas máquinas de taquigrafía universal, unos completísimos estudios de radio y televisión y un cuadro de redactores que pasa de los 25. En cada uno de los asientos de las 13 salas de conferencias—sólo el gran salón de la Asamblea General tiene 2.138 asientos—hay un aparato de radio con auriculares, donde se puede escuchar simultáneamente al orador de turno en cualquiera de los cinco idiomas oficiales.

LA ASAMBLEA GENERAL

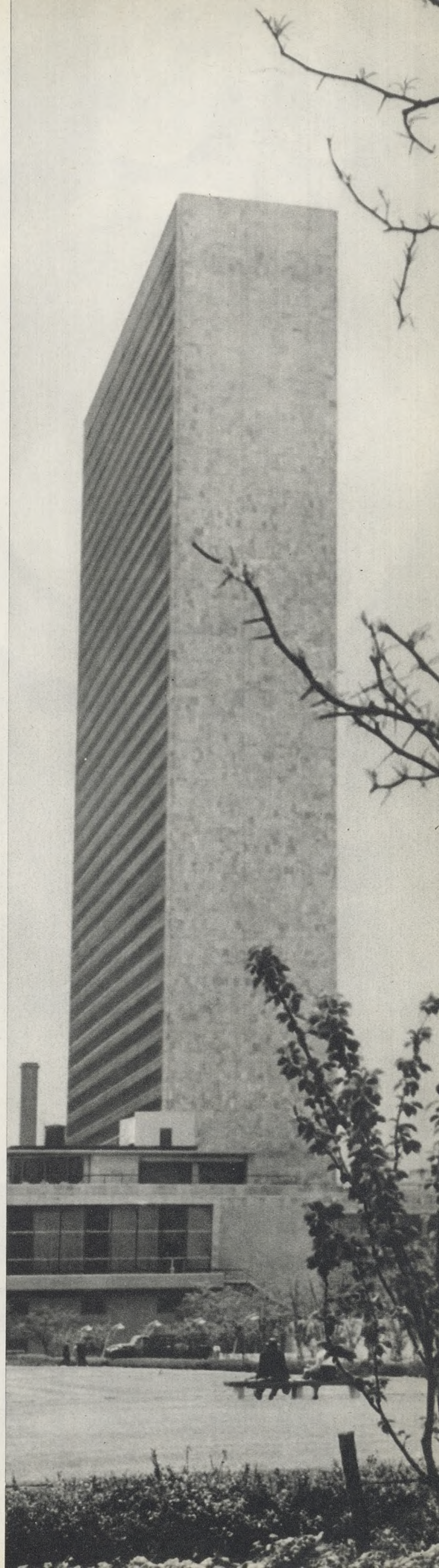
La Asamblea General es el órgano central de la O. N. U. Es donde únicamente están representados todos los miembros de la Organización. Allí no existe el veto de las grandes potencias; cada país tiene un voto, y las decisiones se aprueban por mayoría. La Asamblea General es la que aprueba la admisión de nuevos miembros recomendados por el Consejo de Seguridad; tiene derecho a discutir cualquier asunto que se ajuste a la Carta; estudia los asuntos recomendados por

3.000 funcionarios y 820 delegados y empleados en las 40 plantas del rascacielos

otros órganos; puede recomendar al Consejo de Seguridad y hasta llamar la atención de este organismo cuando haya situaciones que pongan en peligro la paz internacional. El triste caso de Hungría es un claro ejemplo del poder de la Asamblea: Rusia vetó el asunto en el Consejo de Seguridad, pero la Asamblea General, en un período extraordinario de urgencia, convirtió este caso en uno de los más apasionantes que se han discutido en la O. N. U. La Asamblea General, en colaboración con los más importantes órganos, se ocupa prácticamente de todos los problemas que se puedan presentar ante las Naciones Unidas.

ORGANIZACION DE LA ASAMBLEA GENERAL

Este enorme trabajo se distribuye dentro de la Asamblea a través de una serie de Comisiones especializadas, que se subdividen a su vez en Subcomisiones, encargadas de estudiar y discutir los más variados problemas. Las decisiones acordadas en cada Comisión son presentadas al final por cada uno de sus respectivos presidentes ante el presidente general de la Asamblea. Para resumir, mencionaremos solamente las seis Comisiones principales de la Asamblea, que redactan las recomendaciones para presentarlas a las sesiones plenarios, y donde cada miembro tiene derecho a tener su representación:



Primera Comisión.—Se ocupa de los asuntos políticos y de seguridad, siendo sus dos graves problemas del presente la cuestión del desarme y la del peligro de la energía atómica con fines bélicos.

Segunda Comisión.—Estudia los asuntos económicos y financieros. De ella han salido últimamente el proyecto de la Organización Económica de África, el plan de una Organización de Cooperación Comercial y varios importantes principios relativos a la cooperación económica internacional.

Tercera Comisión.—Trata de los asuntos sociales, humanitarios y culturales. Durante la última Asamblea se aprobaron en esta Comisión un proyecto de pacto sobre el derecho de educación, otro para poner en práctica la educación gratuita obligatoria y varios relacionados con el grave problema internacional de los refugiados.

Cuarta Comisión.—Se refiere a la administración fiduciaria y de territorios no autónomos.

Quinta Comisión.—Estudia todos los asuntos administrativos y de presupuesto.

Sexta Comisión.—Informa sobre asuntos jurídicos.

Existe además una serie de Comisiones de procedimiento, permanentes, especiales y de observación de la paz que realizan los más variados trabajos.

La Asamblea, además, nombra al secretario general, el más alto funcionario administrativo de las Naciones Unidas; elige su propio presidente; elige, asesorada por el Consejo de Seguridad, a los magistrados de la Corte Internacional de Justicia; recibe anualmente informes de los más importantes organismos de la Organización, y colabora estrechamente con esos mismos organismos.

EL CONSEJO DE SEGURIDAD

Aunque parezca paradójico, debido precisamente a la inseguridad política de nuestro mundo, es el Consejo de Seguridad el órgano independiente de la O. N. U. que más popular se ha hecho en todo el mundo. Las graves crisis ante él presentadas, los innumerables vetos de la Unión Soviética, los casos de Corea, Palestina, Suez, Hungría, etc., y las polémicas que se organizan en torno a la admisión de nuevos miembros han hecho que el Consejo de Seguridad llegue casi a eclipsar a los restantes órganos independientes de la O. N. U.

El Consejo de Seguridad está compuesto por 11 Estados. Cinco de ellos—China, Francia, Estados Unidos, Inglaterra y Rusia—son miembros permanentes. Los seis restantes son elegidos en la Asamblea General por un período de dos años, teniendo en cuenta su contribución al mantenimiento de la paz y ajustándose a una equitativa distribución geográfica. En el Consejo de Seguridad existen siempre representantes de los cinco continentes. El fin del Consejo de Seguridad es el de mantener la paz y la seguridad internacionales por medio del arreglo pacífico de controversias. Para ello, el Consejo puede actuar en forma coercitiva contra los países que pongan en peligro la paz internacional, imponiendo sanciones económicas, retirando embajadores y empleando incluso la fuerza armada, como en el caso de Corea, y más recientemente en la crisis del canal de Suez. Las decisiones sobre cuestiones de procedimiento se toman por el voto afirmativo de siete miembros. Las otras decisiones, es decir, las de fondo, se toman también por el voto afirmativo de siete miembros, pero el voto negativo de un miembro permanente implica el veto. En estas votaciones la abstención de un miembro permanente no se considera como veto.

El presidente del Consejo se turna mensualmente entre los Estados

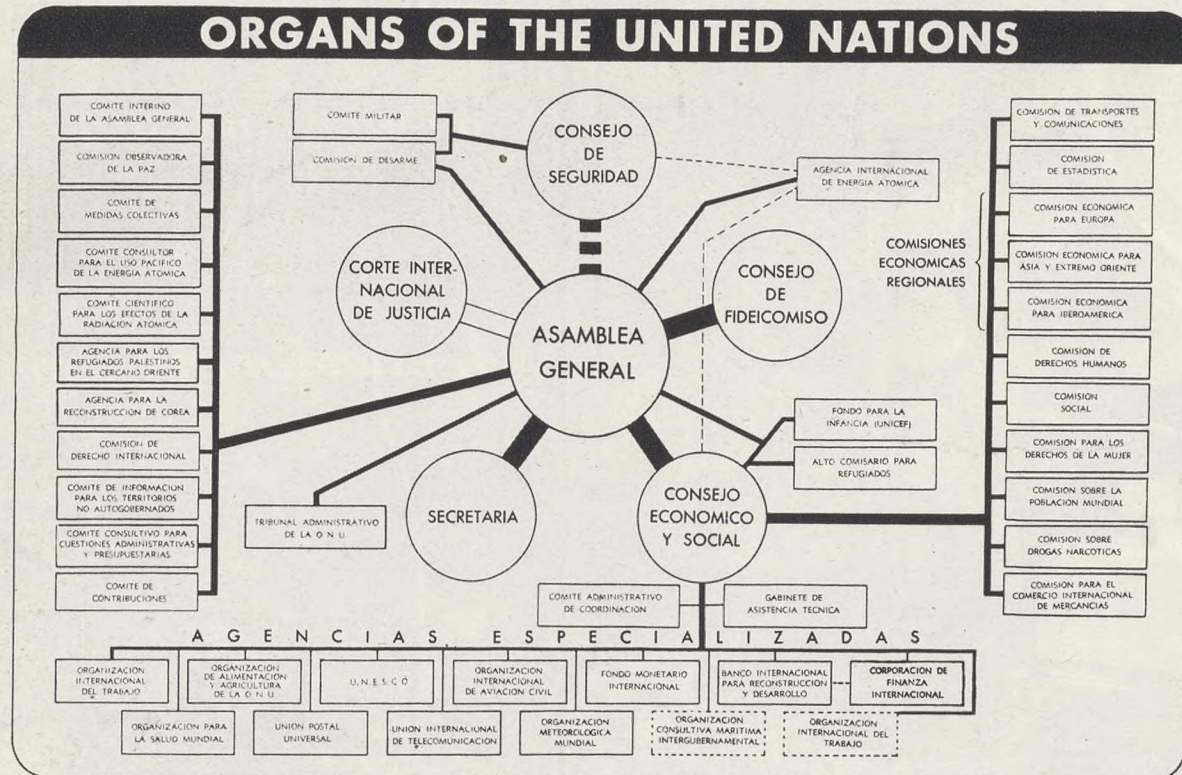


miembros, por orden alfabético de los países según su denominación en inglés. Bajo su tutela funciona una serie de Comités que se ocupan de distintos aspectos y problemas concernientes a su organización. El Consejo de Seguridad presenta informes anuales a la Asamblea General; recibe la asistencia de los Consejos Económico y Social y de Administración Fiduciaria; elige, inde-

cionales con carácter económico, social, cultural, educativo y sanitario. Para llevar a la práctica su compleja y extensa labor, el Consejo Económico y Social se auxilia de organismos subsidiarios, que, con los nombres de Comisiones regionales, Comisiones orgánicas, Comités permanentes, Comités especiales y Organismos especiales, están promoviendo en el mundo entero evoluciones eco-

mento, el Fondo Monetario Internacional y otras organizaciones bien conocidas. Además de todos estos organismos especializados, el Consejo Económico y Social está negociando una serie de acuerdos con innumerables organizaciones no gubernamentales, que, divididas en tres grupos o categorías, formarán una complicada red de asociaciones que podrán contarse por centenares.

ORGANIGRAMA DE LA O. N. U. ORGANS OF THE UNITED NATIONS



pendientemente de la Asamblea, a los magistrados de la Corte Internacional de Justicia; recomienda a la Asamblea a aquellos países que pretenden ingresar en la O. N. U. y, entre otras varias funciones, recomienda a la Asamblea General el nombramiento del secretario general.

EL CONSEJO ECONOMICO Y SOCIAL

Los 18 Estados miembros del Consejo Económico y Social, elegidos por un período de tres años por la Asamblea General, se encargan de promover niveles de vida más elevados, de mejorar las condiciones de progreso y desarrollo económico y social, de la cooperación internacional en el orden cultural y educativo, del respeto universal a los derechos humanos y de iniciar estudios e informes de asuntos interna-

nómicas y sociales. Las Comisiones regionales se ocupan, en Europa, Asia e Hispanoamérica, de hacer frente a los más graves problemas económicos y de desarrollo industrial. Las ocho Comisiones orgánicas corresponden a: Condición Social y Jurídica de la Mujer, Derechos Humanos, Estupefacientes, Transportes y Comunicaciones, Estadística, Asuntos Sociales y otros problemas de interés internacional. Las restantes Comisiones se ocupan de asuntos internos de organización y administración.

Vinculados a las Naciones Unidas, y en estrecha colaboración con el Consejo Económico y Social, existen también varios organismos internacionales, como la Organización Internacional del Trabajo (O. I. T.), la Organización de Agricultura y Alimentación (F. A. O.), la U. N. E. S. C. O., el Banco de Reconstrucción y Fo-

EL CONSEJO DE ADMINISTRACION FIDUCIARIA

La Carta de las Naciones Unidas contiene una declaración especial relativa a los territorios no autóctonos cuyos pueblos no han alcanzado la plena soberanía internacional y viven aún bajo la tutela de algunos países miembros de la O. N. U. Para el bien de esos pueblos, han creado las Naciones Unidas el Consejo de Administración Fiduciaria. Este Consejo se compone de un número igual de Estados miembros administradores y no administradores de territorios no autóctonos, de los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad y de otros miembros nombrados por la Asamblea General para asegurar que el número total de componentes de este Consejo se divida por igual (Pasa a la pág. 51.)



Pedidos a
**DOUBLEDAY
&
COMPANY, INC.**

575, Madison Avenue
NEW YORK, 22, N. Y.
U. S. A.



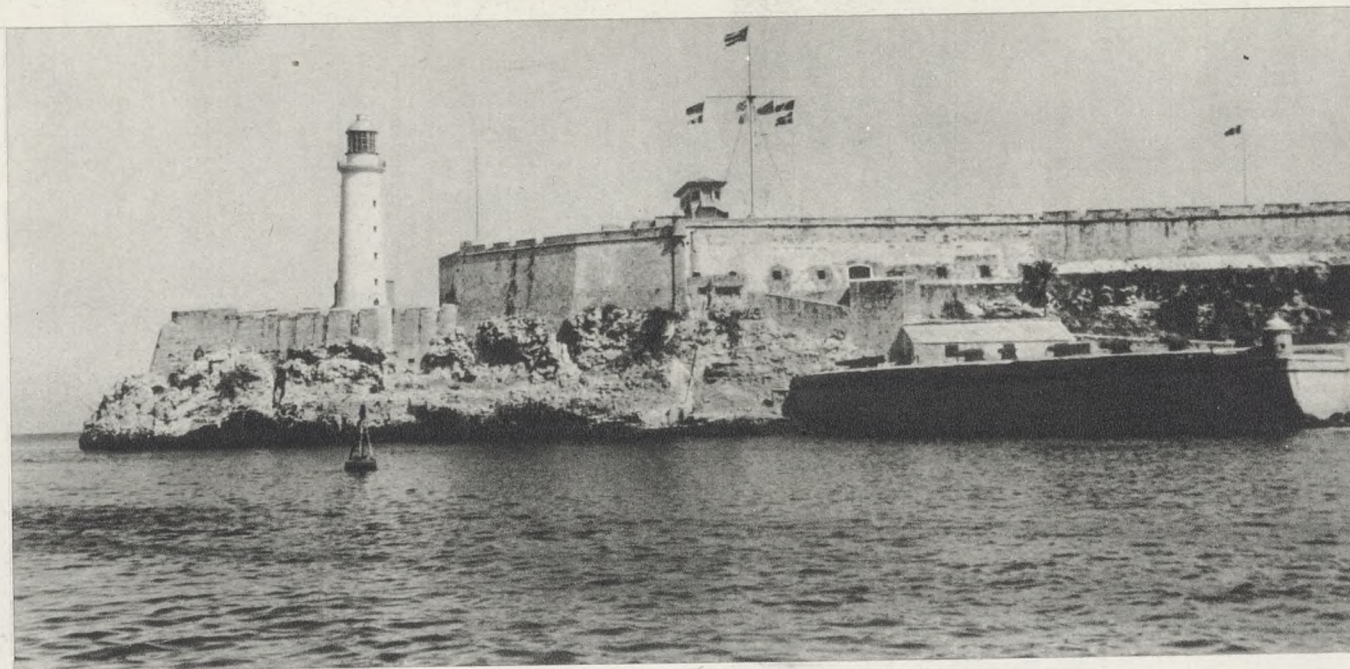
Los señores M. C. de Freitas Valle, representante del Brasil, y Nufio Chávez Ortiz, de Bolivia, durante uno de los debates celebrados en la Asamblea General de las Naciones Unidas acerca de la trascendental y muy discutida cuestión de Israel.



El embajador español en la O. N. U., señor Lequerica, con el ministro consejero de la delegación española, señor Aznar, y los miembros de la misma señores Logendio, Pedrosa Latas y Azcárraga de Bustamante.



Los miembros de la delegación del Yemen momentos antes de comenzar la sesión en la que su país fue admitido en la O. N. U. Los países orientales, en el futuro, y quizás en un futuro no lejano, serán mayoría en la sede del alto Organismo.



CASTILLO DEL MORRO, LA HABANA - CUBA

El Castillo de los Tres Reyes de El Morro fué construido de 1590 a 1630, período en que se sucedieron tres monarcas en la Corona de España —Felipe II, III y IV— y es el monumento más característico que identifica la ciudad de San Cristóbal de La Habana. Destruído por los ataques que sufrió en 1762, fué reedificado en 1763. En 1845, bajo el gobierno del Capitán General D. Leopoldo O'Donnell, se le adicionó la torre del faro que lleva su nombre y que en el lenguaje familiar de los habaneros se le conoce por "La Farola del Morro".

EL MORRO

Gran centinela que España
quiso regalarle al mar,
como un ojo del palmar,
del tabaco y de la caña.
Allí, junto a La Cabaña,
siempre fiel, siempre despierto,
te das hacia el mar abierto
en borrachera de brisa,
con tu luz hecha sonrisa
sobre la boca del puerto.

Francisco Riveron

CUBA Y ESPAÑA

unidas a través del tiempo por lazos históricos, están ahora más cerca con el servicio de los majestuosos

Super G Constellations



DE

CUBANA DE AVIACION

dotados con equipos de **RADAR** que permiten «ver» la ruta hasta una distancia de 250 kms., pudiendo así desviarse de cualquier zona tempestuosa.

Para reservaciones e
informes consulte a su
Agencia de Viajes o a
las oficinas de



PLAZA DE LAS CORTES N.º 4 • TELEF. 22-46-45 - MADRID

• **MADRID**

• **LA HABANA**

• **MEXICO** •



PEPE IGLESIAS, EL «ZORRO»



ANALÍA GADE

Madrid, plaza mayor de la Hispanidad

TRES MIL ARGENTINOS RESIDEN EN MADRID

DESDE EL "ZORRO" A DI STEFANO NO HAY ACTIVIDAD NI PROFESION EN LA QUE NO ESTEN REPRESENTADOS LOS ARGENTINOS EN ESPAÑA

P O R A R M A N D O P U E N T E

EN Madrid los domingos y lunes se habla de Di Stefano; los miércoles y viernes, del «Zorro». Los argentinos dejan que los madrileños hablen de sus cosas los restantes días de la semana: martes, jueves y sábados.

Una «seria encuesta» llevada a cabo por este redactor ha permitido comprobar que no hay un solo vagón del Metro, un solo tranvía o autobús, donde al viajar el público haya dejado de imitar

siquiera una sola vez a uno de los habitantes del «Hotel La Sola Cama», creado por el arte y la prodigiosa garganta de Pepe Iglesias, el «Zorro». El redactor, que sólo emplea estos medios populares de locomoción, no puede afirmar que la epidemia provocada por el locutor y humorista argentino se extienda a otros vehículos de transporte, pero da fe de lo primero. Pepe Iglesias y sus personajes—Don Clarette, Don Breviario, el porte-

ro, la niña, el doctor, la vampiresa, Don Nikita Nipón—son hoy más familiares y reales para el español que el más famoso e ilustre de los escritores, políticos u hombres de ciencia. El «Zorro», patrocinado por empresas farmacéuticas, quizá no haya logrado que este invierno los españoles tengan menos resfriados y dolores de cabeza, pero ha provocado una nueva y desconocida epidemia, que se manifiesta en cualquier parte por las frases



DIANA MAGGI



JOSE MARIA JARDON



FERNANDO FERNAN-GOMEZ

de: «Seré berebe», «Callensen» y «la punzada». Y del brazo de estas palabras, más o menos deformadas por la voz típica de sus personajes, el «vos» en lugar del «tú» amenaza con producir hondas transformaciones en la lengua española.

El «Zorro» ha producido una revolución en la técnica de la publicidad radiofónica española y en el humorismo radial, del mismo modo que Alfredo Di Stéfano lo ha hecho en el fútbol. Ahora usted entra en una taberna, llega a una oficina pública o sube a un tranvía, y si es lunes oír hablar, indefectiblemente, de las jugadas de la tarde anterior de Alfredo Di Stéfano, el interior Rial y el portero Domínguez, o discutir sobre la técnica del entrenador Carniglia, todos ellos argentinos y del equipo del Real Madrid, que, para no ser un equipo argentino cien por cien, tuvo que fichar al francés Kopa, o de la actuación del extremo Garabal y del interior Lugo, también argentinos, del equipo del Atlético de Madrid.

Si es martes o jueves, a las diez de la noche verá que la persona con la que está usted conversando tranquilamente en el café se despide con cualquier pretexto y se marcha a su casa. El motivo es que por la emisora Radio Madrid y su cadena actúa Pepe Iglesias, cuyo programa, en opinión de un sociólogo aficionado, va a modificar las costumbres españolas, desde el momento en que obliga a cenar «temprano» a los madrileños para escuchar en la sobremesa al humorista argentino. A la mañana siguiente, no lo dude: en la oficina y en la Universidad le volverán a repetir los chistes del «Zorro», y si usted los ha oído la noche anterior, volverá a reírse. En caso contrario, tema usted las imitaciones.

Lo que ocurre en la radio y en el fútbol sucede en mayor o menor escala en otros órdenes de la vida española. Los argentinos se hallan tan competidos y confundidos en ella, que en cualquiera de las profesiones o actividades se encuentra a alguien que, aunque no lo denuncie su acento, nació bajo el pabellón azul y blanco. En el Consulado de Madrid hay inscritos alrededor de 3.000 argentinos. La lista no es completa. Con frecuencia el cónsul, señor López Isasmendi, el más abierto y simpático de los cónsules que ha tenido la República Argentina en esta capital, ha de resolver el problema que le plantea un residente en el barrio de Vallecas o Carabanchel, que en el momento de contraer matrimonio o regresar a Buenos Aires se da cuenta de que no tiene la do-



CAHEN SALAVERRI

cumentación en regla y que desde hace años no pisa el Consulado.

Pero vayamos ya a conocer y ver qué hacen y cómo piensan algunos de estos 3.000 argentinos, y para comenzar marchemos al Colegio Mayor hispanoamericano de Nuestra Señora de Guadalupe, donde hay una representación de la juventud que estudia, permanece unos meses y deja en la Ciudad Universitaria una parte de su corazón, llevándose al volver—difícil partida—el alma cargada de recuerdos e impresiones. Seguiremos después, como el «Diablo Cojuelo», nuestro itinerario por diversas calles y edificios de la villa y corte, y escucharemos a argentinos que se encuentran aquí como en Buenos Aires, Córdoba o Mendoza, y que se sienten ya actores de la vida española, como tantos españoles en la Argentina contribuyen allí a hacer el futuro y la grandeza de la nación.

ALMUERZO EN EL COLEGIO MAYOR GUADALUPE

Hora del almuerzo en el Colegio Mayor hispanoamericano de Nuestra Señora de Guadalupe. En una de las mesas del comedor, uno de cuyos muros está decorado por el ex becario peruano Espinosa Dueñas, se encuentran reunidos seis universitarios argentinos, que con buen apetito van despaachando el consomé, los canelones, la chuleta de carne con patatas y las naranjas, mientras hablan de política. Desde hace unos años, cuando tres argentinos se encuentran en Buenos Aires, en La Habana, en Madrid o en cualquier lugar del mundo, hablan de la política nacional. En el Guadalupe, la representación argentina—diez estudiantes entre 200 colegiales—tiene fama de ser la más politizada. Aquí están representadas todas las tendencias —Partido Azul y Blanco, Partido Demócrata Cristiano, Partido Demócrata Progresista, socialismo, Unión Federal y Unión Cívica Radical—, del mismo modo que se encuentran representadas varias regiones del país (cuatro son de la capital federal, dos de Mendoza, dos de Entre Ríos, uno de la provincia de Buenos Aires y uno de Córdoba) y varias de las Facultades (cuatro estudian Derecho, tres Ingeniería, dos Filosofía y Letras y uno Medicina).

Enrique Guerrero es el más veterano de los guadalupanos reunidos en la mesa. Está en el Colegio



ZULLY MORENO

ALFREDO DI STEFANO





LUIS CESAR AMADORI CON LA ACTRIZ SARA MONTIEL



Mayor desde el año 1955. Prepara su tesis doctoral en Historia sobre los «Contactos diplomáticos y económicos en el siglo XIX entre España y el Río de la Plata, desde la Emancipación hasta el reconocimiento de la independencia (1810-1882)». Bajo la dirección de don Antonio Romeu de Armas, catedrático de Historia, y con el asesoramiento de don Jaime Delgado, de la Universidad de Barcelona; de don Manuel Ballesteros Gairois, de la Universidad de Madrid, y de los profesores don Roberto Ferrando y don Claudio Tormo, ha trabajado muchas horas en los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores y de Marina (en Ciudad Real), consultado documentos que hasta ahora no han sido hojeados jamás por historiadores argentinos. «Los dos archivos se encuentran vírgenes», me dice. Ha tomado notas y reproducido informes de otros archivos, como el Histórico Nacional, el del Palacio Real y el de la Real Academia de la Historia. Su tesis está llamada a ser una aportación fundamental para el conocimiento de esa larga etapa de las relaciones entre los dos países, una vez que Guerrero dé fin a ella. Lo promete formalmente, y asegura que hasta que así sea dejará por un tiempo sus contactos y reuniones de carácter internacional. Enrique Guerrero, como el rosarino Agustín Santa Cruz, que se aloja en el próximo Colegio Mayor José Antonio, del Sindicato Español Universitario, han llevado a cabo, conjuntamente con sus estudios, una amplia actividad de carácter universitario y juve-

KLIMOSKY



ALBERTO CASTILLO

nil, asistiendo a los Seminarios Internacionales organizados por el Frente de Juventudes en Marbella, Cádiz y San Sebastián, y a reuniones internacionales en diversos países europeos.

José Manuel Blanco Díaz es casi tan veterano como Guerrero. Ingeniero en Buenos Aires, como no podía ejercer en España, se examinó en un solo curso de 17 materias y obtuvo el título de ingeniero industrial, batiendo una marca estudiantil que no ha sido superada en la Escuela Especial de Ingenieros Industriales de Madrid. Sus méritos han sido reconocidos por la Standard Eléctrica Española, que acaba de contratarlo. Blanco Díaz está muy contento y proyecta casarse con una canaria, que los colegas aseguran que es una muchacha muy bonita. El equipo de ingenieros argentinos en el Guadalupe lo completan Eduardo Nasser, funcionario de la Junta Reguladora de Granos de Buenos Aires, que está ampliando estudios sobre «Licitaciones y contratos de obras e imprevistos contractuales» en el Servicio Nacional del Trigo y visitando los silos y elevadores construidos en los últimos años en distintas regiones de la Península, y Eduardo Núñez, que acaba de ser elegido presidente de la Asociación de Estudiantes Argentinos Residentes en España por una abrumadora mayoría, que ya la quisieran para ellos los candidatos a la Presidencia de la República. Núñez estudia en la Escuela Especial de Caminos, Canales y Puertos, con el profesor señor Aguila Rada, problemas de ingeniería hidráulica, construcción de diques y embalses, y visita casi diariamente la empresa Saltos del Sil, reuniendo datos. Una vez concluida esta labor preparatoria, irá a ver los embalses hidroeléctricos que se están construyendo en Galicia.

—Los ingenieros españoles poseen una base científica muy buena, una visión enciclopédica y un gran entusiasmo—nos dicen.

Le preguntamos si esa visión enciclopédica no está en contraposición con las tendencias actuales de la enseñanza especializada.

—La especialización que existe en las Escuelas Especiales de España responde al estado actual del país y sus necesidades, aunque lógicamente se hará más diferenciada en el futuro, en virtud del natural proceso de industrialización que se está desarrollando—nos responde.

El núcleo de los estudiantes argentinos de Derecho está integrado por los abogados Jorge Arizaga y Roberto Miri y por los universitarios Ricardo Mihura y Cosme Beccar Varela. Mihura, estudiante de tercero de Derecho en Buenos Aires, lleva cuatro meses en España y no se ha perdido una corrida de toros. Ha viajado por Andalucía, Galicia, Asturias y Castilla, y ahora sigue formalmente el curso de Estudios Hispánicos organizado por la Facultad de Filosofía y Letras para estudiantes extranjeros. Beccar Varela, también de tercero de Derecho, estudia Derecho canónico con el pro-

fesor señor Prieto, Sociología con el señor Aranguren y se dedica a la lectura de los clásicos.

El mendocino Enrique Dussel prepara su tesis en la Facultad de Filosofía y Letras sobre «El bien común» en su enfoque de Filosofía política, bajo la dirección del profesor señor Millán Puelles, que fué profesor de la Universidad de Cuyo. Dussel habla con entusiasmo de este catedrático de Fundamentos de la Filosofía, así como de don Santiago Montero Díaz, y piensa trasladarse pronto a Salamanca, a la que considera «la ciudad ideal para el estudio». «Allí podré consultar una serie de incunables medievales inéditos, muy importantes para mi tesis», dice.

A la hora de la sobremesa, mientras toman el café, los estudiantes hablan de otros colegas que ahora se encuentran fuera: de Jorge Ferrer, que se ha ido a seguir un curso de Gastroenterología en Barcelona, después de trabajar aquí con los mejores especialistas; de Nolberto Alvaro Espinosa, que, después de estudiar en Salamanca y Madrid, se ha ido a Friburgo (Alemania), para ultimar su tesis sobre «La inteligencia práctica», que presentará a fin de curso en Madrid; del reverendo padre Sepich, que está también en Alemania escribiendo sobre Kant, y de Rubén Ruiz de Galarreta, al que Madrid se le ha quedado ya pequeño para su incansable actividad y se ha ido por unos meses a París.

Con el cigarrillo vuelve a encenderse la polémica. Se discute ahora sobre cuál ha de ser la misión de los Colegios Mayores, y concretamente del hispanoamericano Nuestra Señora de Guadalupe.

—El Colegio no cumple plenamente su función, que yo creo ha de ser la de formar hispanistas. Aquí los muchachos sólo vienen a estudiar—dice uno radicalmente.

—Esa es precisamente la misión del Colegio: crear un clima fecundo para el estudio y la investigación—contesta otro.

—Yo he aprendido a conocer y preocuparme por los problemas de América en el diario contacto personal con los colegas de otras naciones. El Colegio ha permitido que aquí, libremente, se inciten y crezcan nuestras inquietudes—responde un tercero, aunando las dos opiniones contradictorias.

Pero no hay acuerdo. La discusión amenaza con hacerse interminable.

UN PINTOR QUE CENA GRATIS

Jorge Pérez Román y Juan Carlos Marcos tuvieron mucha suerte cuando llegaron a Madrid. A los quince días de estancia ya tenían estudio. ¡Hay que ver lo que presumían en el café Gijón ante los pintores españoles, que los miraban, envidiando que unos recién venidos pudieran ya contar con algo que incluso maestros consagrados no pueden tener: un estudio!

Pérez Román y Marcos se instalaron en el estudio que dejó el profesor don José María Rosa y don Enrique Oliva en el último piso de una casa próxima a la glorieta de Bilbao. Es muy frecuente que unos argentinos recomienden la pensión o el hotel donde han vivido a otros argentinos, pero es más difícil que puedan ceder un estudio. En este caso estuvo de por medio el desinterés de Mani, su dueña, una española que sabe la historia del Madrid intelectual y bohemio de ayer y de hoy, y que quiere a los argentinos desde que conoció a Carlos Gardel. «Era un chulo, pero muy simpático», dice con su lenguaje desgarrado.

Pérez Román y Marcos tienen juventud y entusiasmo, y del mismo modo que consiguieron el estudio, sabrán triunfar en Madrid y en París y volverán a Buenos Aires con el espaldarazo de la crítica europea. La crítica madrileña les fué favorable en su primera salida, en la exposición celebrada en el Instituto de Cultura Hispánica, donde ellos abrieron la temporada, junto con la pintora Rosario Moreno, llegada a España después de cosechar éxitos y vender bien sus cuadros en La Paz, Lima, Guayaquil, Quito, Bogotá y Caracas.

En el estudio de los jóvenes pintores nos dimos cita una noche. Había lengua de vaca criolla, aceitunas andaluzas, vino manchego, café de Guinea y mate. ¿Qué más podíamos desear? ¿Música? Pues allí también estaba, con el charango del boliviano Manuel Iturri Guzmán. Iturri Guzmán y Pérez Román se habían conocido en Buenos Aires, en la Escuela Superior de Bellas Artes, el año 1950. Volvían a encontrarse en Madrid. Pero no era aquélla la única coincidencia. Madrid había logrado lo que no pudo conseguir el maestro Guastamino: presentar a Rosario (Pasa a la pág. 53.)



LO ESPAÑOL EN LA CREACION



En el acto de clausura del curso «Lo español en la creación artística», el secretario general del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, don Pedro Salvador, hace entrega de diplomas de asistencia a los estudiantes que concurrieron a las clases. El número de matriculados rebasó la cifra de dos centenares.

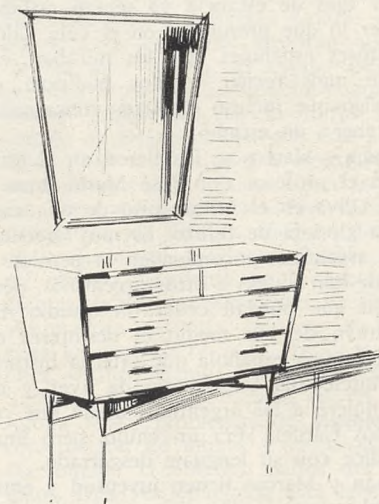
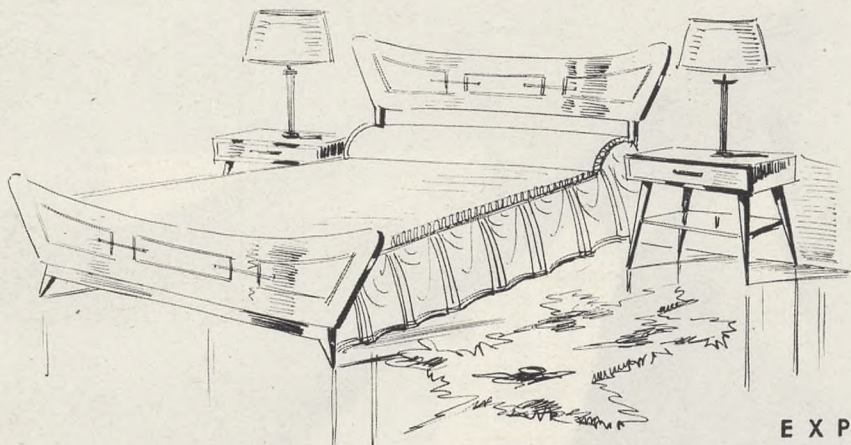
Sin amistad, sin amor, sin pasión, no hay posibilidad de conocimiento.» Esta frase, pronunciada por don Antonio Almagro, director del curso «Lo español en la creación artística», celebrado recientemente en el Instituto de Cultura Hispánica, puede resumir el propósito y aun la finalidad de esta serie de lecciones, realizadas por el Departamento de Extensión Cultural del Frente de Juventudes de España, con la colaboración del Instituto citado. El número de matriculados en el curso ha rebasado la cifra de dos centenares, y de ellos la mitad la constituían estudiantes y periodistas hispanoamericanos.

Los temas fueron los siguientes: «Lo español en la creación artística», «Posibilidades de una nueva interpretación de la historia de España», «Literatura española», «Estudio comparativo del desarrollo de la música en Europa», «Historia del teatro español», y han venido desarrollándose durante tres semanas. Las conferencias fueron acompañadas con proyecciones de diapositivas en color, documentales, audiciones de discos y recitales dramáticos. Como complemento, los cursillistas asistieron a sendos viajes culturales a Toledo e Illescas, y numerosas visitas al Museo del Prado.

El éxito de este curso, dirigido a desentrañar la proyección de lo hispánico en la creación artística a través de los siglos, ha sido extraordinario, hasta tal punto que el número de alumnos oyentes ha superado al final de las lecciones al de los que, en principio, se habían matriculado. La gran mayoría de los estudiantes hispanoamericanos residentes en el Colegio Mayor Guadalupe asistieron al curso, y esta colaboración, totalmente espontánea, culminó con la puesta en escena en el acto de clausura del curso, por parte del grupo teatral «Los Juglares», de aquel Colegio Mayor, de una selección de poemas y obras dramáticas y canciones de los siglos XIII, XIV y XV.

MARM

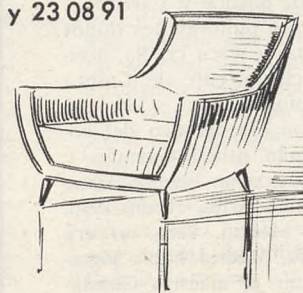
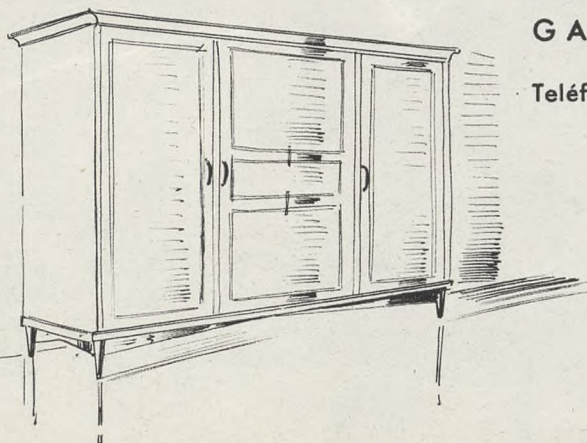
MUEBLE MODERNO



EXPOSICIONES:

AVENIDA DE AMERICA, 1
PRINCESA, 61
GAZTAMBIDE, 11

Teléfonos 48 29 33 y 23 08 91



ARTISTICA



Don Antonio Almagro, director del curso y uno de los principales artífices del gran éxito obtenido.

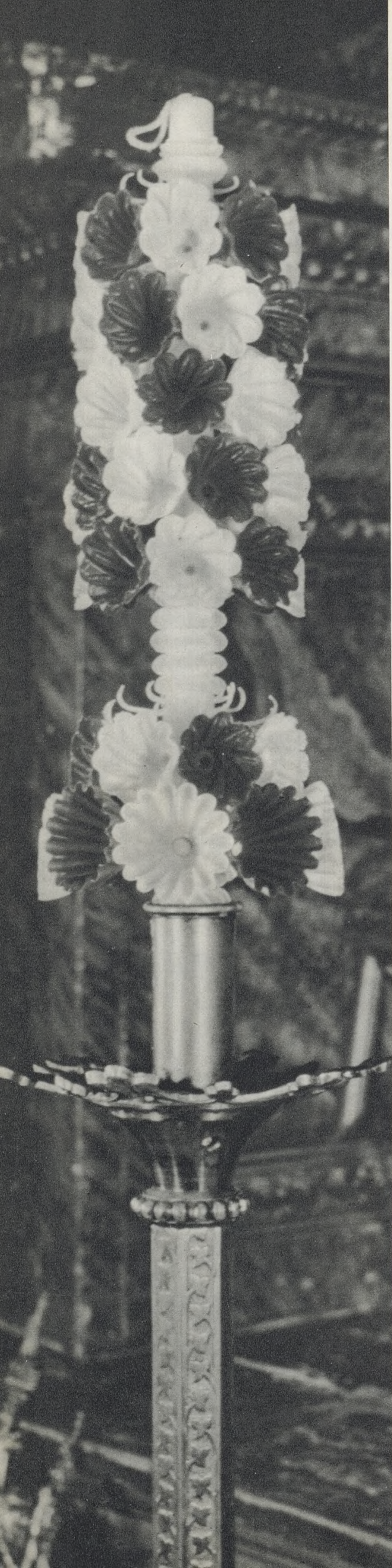
A la derecha: Los asistentes al curso, hispanoamericanos en su mayoría, escuchan en Toledo las explicaciones acerca de las viejas piedras imperiales.



El grupo teatral «Los Juglares», del Colegio Mayor hispanoamericano Nuestra Señora de Guadalupe, actuó en la sesión de clausura de este curso. «Los Juglares», que dirige el cubano Carlos M. Suárez Radillo, pusieron en escena, con extraordinario acierto, dos entremeses del teatro clásico español, y romances, églogas y canciones de los s. XIII y XIV.

A la derecha: En el salón de actos del Instituto de Cultura Hispánica se celebra la apertura del curso «Lo español en la creación artística». En el estrado presidencial, don Blas Piñar pronuncia las palabras iniciales. Con él presiden el embajador del Ecuador, don Guillermo Bustamante, y el doctor don Antonio Almagro, director del curso.





PRIMORES PARA QUEMAR

POR LUIS CASTILLO

EN la Exposición de Arte Religioso celebrada en Viena hará un par de años llamó fuertemente la atención un conjunto de velas adornadas, obra de Tomás Ortiz, artesano madrileño.

Obras de arte de diversos países—incluso de España—, obras de arte espléndidas, fueron exhibidas en aquella ocasión. Pero las velas rizadas, adornadas y coloreadas no son obra corriente; tan delicadas como las del artesano madrileño, menos corrientes aún. De ahí el asombro de los visitantes de la Exposición ante la colección presentada por la misión española; de ahí los elogios, de ahí los vivos deseos de cada vienés de poseer una de aquellas velas, de ahí frases como la del cardenal Innitzer: «Esto parece milagroso.»

La admiración sigue ahora, cuando uno pasa —tal vez distraído— por la calle de Atocha, frente a los escaparates de la cerería. Y sigue el afán de llevarse los cirios; aunque el cerero advierte, en muchos casos, que se romperán inmediatamente, que no llegarán sanos a sus destinos. Pero se los llevan, y suelen no llegar sanos a sus destinos. Por estos días son los norteamericanos quienes se los llevan en mayor cantidad.

Pasado el invierno, otros clientes se añadirán a éstos: los toreros, que, antes de salir al ruedo, suelen dejar uno ardiendo, frente a la imagen de su preferencia; las devotas que, en Semana Santa, quieren ser a la vez devotas y bellas; dueños de «grandes almacenes» pueblerinos, que han de reponer existencias; hermanos mayores de cofradías locales y provinciales, incluso andaluzas. Porque hemos de pensar no sólo en Semana Santa, sino en los numerosísimos Patrones y Patronas que, durante muchos días del verano y el otoño, saldrán en sus carrozas suntuosas, en sus humildes andas cargadas de flores y de cera, por los campos de España, en tantos y tantos pueblos.

Antes venían también los niños que, en primavera, se acercan por primera vez a la Santa Mesa vestidos de blanco. Ahora—los cereros no se explican por qué, puesto que es absolutamente litúrgico—no hay cirios en las manos de los niños que hacen su primera comunión.

Ignoramos si velas de este género se fabrican en la América hispana; en la América no hispana ya podemos asegu-

rar que no. Tomás Ortiz afirma que Madrid es su cuna, la cuna de esas velas.

Son producto de una de las más delicadas artesanías, que va pasando, a lo largo de los años, de padres a hijos, como toda clásica artesanía. Nosotros conocemos alguna muestra de los cirios floreados andaluces y, desde luego, si podemos asegurar que esta escuela madrileña, estos ejemplares de Tomás Ortiz, son, estéticamente, a nuestro criterio, superiores a los de la escuela andaluza.

En ésta los adornos van, por lo general, separados, colgando, temblorosos, inciertos, barrocos, vacilantes, a merced del más leve soplo, aumentando la sensación de fragilidad, de complicación; parecen a veces una rama de álamo. Y eso no se compadece bien con un cirio. El cirio debe ser una cosa más sólida, con una solidez que sólo ceda ante el fuego, su destructor natural, su muerte natural.

En la fabricación no interviene la maquinaria. También en esto pensábamos cuando antes hemos hablado de artesanía. El español se las arregla mejor él solo, sentado en el rincón de un patinillo, o de un portal, o de una callejuela, o en un taller sin casi trazas de tal. Nada de horarios, ni de equipos, ni de organización, ni de prisas, ni de máquinas. Es posible que así no se puedan producir automóviles ni material de guerra. Pero obras de arte sí.

La única y decisiva máquina que interviene en esta fabricación son los dedos, auxiliados a lo sumo con tenacillas. Con esto, ¡hala!, a trabajar. Es decir, claro, falta lo más importante: el alma, que aquí se presenta bajo la forma del gusto, la calma, el amor a lo que se hace, el sentido estético, el placer de lo que se tiene entre los dedos.

Muchas veces hemos hablado de flores que parecían de cera. Los nardos, las celindas, las magnolias, los alhelíes, etc. Ahora nos encontramos con flores que realmente son, no que parecen, de cera. Esta es la principal labor poética realizada en sus velas por Tomás Ortiz. Las flores de sus cirios *tienen* que ser de cera. De otro modo resultarían falsas. Incluso tienen otras condiciones esenciales de sus hermanas del reino vegetal: la fugacidad, el existir apenas para unas horas, para un suspiro, para una llamarada.



PRIMAVERA

Volver, siempre volver a los caminos
que ya corrimos antes.

Vivir es caminar con diferentes
pasos por sendas siempre iguales.
¿Dónde los días que se fueron? Pasan
los días sobre rostros y lugares
y el dolor va marcando solamente
las distintas edades.

Ahora te tengo, hijo, frente al claro
milagro del paisaje.

Mira: la Primavera dulcemente
se cierne como un ave
por el delgado cielo, sobre el ancho
corazón de los campos, alegrádoles
con el amor azul de su tibieza.
La flor es niña y es la tierra madre.

¡Cuántas veces anduve este camino
hacia un abril radiante!
Cuántos hombres, lejanos, olvidados,
cuyo dolor de sombra se hace lastre
sobre los hombros míos,
antes de ser yo tierra viva por él pasaron.

¿Sabes

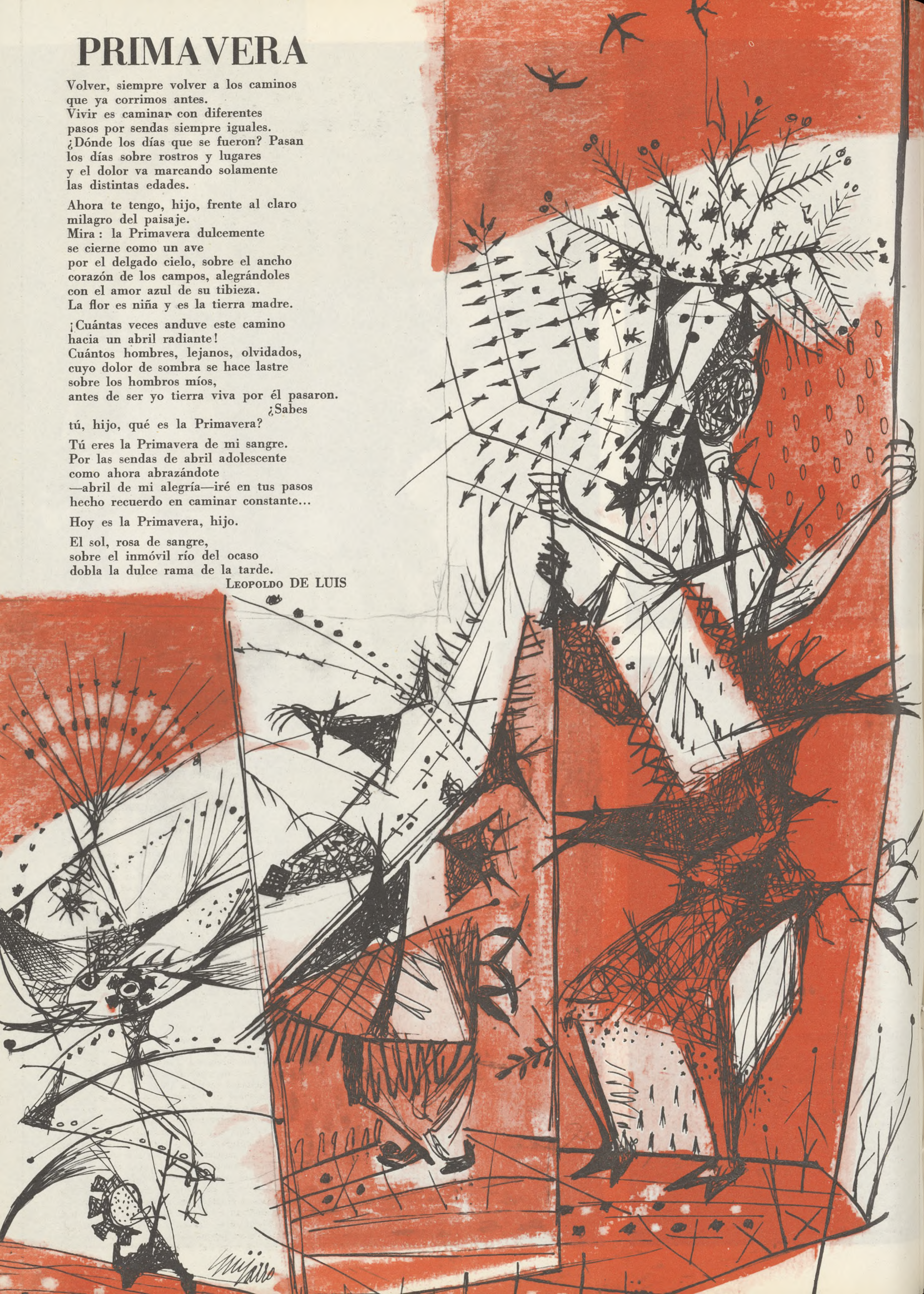
tú, hijo, qué es la Primavera?

Tú eres la Primavera de mi sangre.
Por las sendas de abril adolescente
como ahora abrazándote
—abril de mi alegría—iré en tus pasos
hecho recuerdo en caminar constante...

Hoy es la Primavera, hijo.

El sol, rosa de sangre,
sobre el inmóvil río del ocaso
dobla la dulce rama de la tarde.

LEOPOLDO DE LUIS



El baile indígena colombiano

Por ALBERTO DE CARTAGENA, O. M. C.

I.—MOTIVOS DEL BAILE

La vida del indígena se desenvuelve en formas sociales tan variadas en sus necesidades más elementales, que el baile indígena no es más que la manifestación extra de su vida social.

¿Habrá en el baile indígena motivos religiosos? El espíritu religioso es connatural al hombre e influye relativamente en todos sus actos, y cuanto más importantes y trascendentales sean éstos, más predominará en ellos el sentimiento religioso.

De aquí que, siendo para el indígena algo muy grande la danza o baile, vayan en ellos tan en manifiesto actos de culto. Por eso alguien ha dicho que el baile indígena es como el culto público a la deidad.

Se puede decir que el indígena, de por sí, es incapaz de adorar a la divinidad. El, en su impotencia, sólo siente la necesidad de acudir a un ser superior, que le alcance lo que por sus propias fuerzas no puede conseguir. Se siente enfermo y no puede hacer nada por sí mismo; entonces llamará al brujo para que su poder sobrenatural le ahuyente la enfermedad y le devuelva la salud perdida. ¿Teme a algún fenómeno de la naturaleza: tempestades, huracanes, epidemias, sequías, etc? También entonces acudirá a lo sobrenatural, según su mentalidad, para aplacar e implorar. Parece que en su rudez no sea capaz de elevar su espíritu a la contemplación de lo bello y amable, de la felicidad moral y espiritual. Unicamente existe para él un poder sobrenatural que beneficia y otro que se complace en perjudicar haciendo mal. Todo su afán en la adversidad será atraerse al primero y alejar al otro, por medio siempre de sus intermediarios, los brujos.

En los bailes, todos los actos de superstición, que resaltan a la vista, van encaminados a poder celebrar felizmente la fiesta.

Aun hoy día, en que la mayoría de esos indígenas han sido regenerados por el bautismo, especialmente los Huitotos, de la región de La Chorrera, un ojo avizor advertirá entre ellos ciertos requisitos en la ornamentación interior de las casas donde se congregan para bailar, y en el mismo baile, ciertas modalidades o números que dicen algo de superstición, pero que ellos mismos actualmente casi no alcanzan a comprender en sus significados verdaderos, pues sólo los conservan por su fidelidad a las tradiciones.

Por ejemplo, entre los Karijonas de La Pedrera, diásporas de los de la cabecera del Apaporis, ponen encima de todas las puertas y boquetes de la casa unos monos ahumados, adornados con plumas blancas, para que guarden las entradas de los malos espíritus.

Y entre los Muinanes, Huitotos y Boras, las continuas visitas y reverencias de los bailadores *ad hoc*, que recorren periódicamente uno a uno todos los rincones, puertas y sitios ocupados por personas forasteras, con sus soplos, cantinelas y otros movimientos característicos, que, con sus semblantes rígidos y poseídos de lo que hacen, tan poca gracia dan a los que tienen delante..., no tienen otro origen y explicación que el evitar la intromisión de los malos espíritus, especialmente de la gente extraña.

Por todo lo expuesto, creemos poder afirmar que entre los indígenas el motivo religioso no es el verdadero móvil para organizar el baile, y que el mismo baile no tiene para ellos carácter de acto de culto. Limitase sólo a ser una salvaguarda del feliz resultado de la fiesta.

En cambio, sí son motivos propios y verdaderos para organizar un baile los siguientes:

1) Poner o cambiar nombre.

Cada indígena se conoce por su nombre propio, pues se desconocen los apellidos o sobrenombres. Ordinariamente, los mismos padres dan los nombres que imponen al nacer sus hijos. Al pasar de la niñez a la juventud se les cambia el nombre por otro, que tiene carácter oficial de tribu y que suele ser el definitivo. El capitán de la tribu, o brujo, es el encargado de buscar el nuevo nombre, que suele serle inspirado en el estado letárgico del Yagé.

Con tiempo, la familia va preparando la fiesta, especialmente cosechando todo el maní, característico de esos bailes. Cuando todo está listo, se convida a la gente a bailar, y entonces será cuando se dará a conocer el nuevo nombre. Es curioso que muchas veces esas fiestas se dan estando ausente el interesado, y entonces sólo será él, de su propia tribu, quien desconoce su nombre hasta que va allá.

Así sucedió con un muchacho, alumno de nuestro orfanato de La Pedrera, que era Miraña. Me acompañaba en una excursión apostólica a su tribu, en el Bajo Caquetá, donde él no había estado desde cuatro años antes. Al día siguiente de nuestra llegada se me acercó, algo embarazado, para avisarme que si le quería seguir llamando con su propio nombre indígena, me advertía que

tenía otro, y me rogaba que delante de su gente así le nombrara, pues añadió que otro año hicieron baile y le cambiaron el nombre...

Otras veces hay un tercer cambio de nombre, como, por ejemplo, cuando el padre cede su propio nombre al hijo y él toma otro. En este caso el papá habrá tenido hasta cuatro nombres consecutivamente: al nacer, en la juventud, al ceder el suyo su padre y al darlo él mismo, a su vez, a su hijo y tomar otro.

2) Inauguración del Maguaré.

¡Bien vale la pena celebrarlo! El Maguaré es obra de titánica paciencia y aun de arte del sonido, del que no todos pueden ser artifices.

Se empieza por la elección de la madera, que debe ser *Moena*, o bien *Obberai* (en Huitoto), palos de corazón sumamente duro y no rajables. Son muchos los que se dedican a la búsqueda, capitaneados por el que tendrá que fabricar el instrumento, el cual determinará la madera, su medida y el grosor. Una vez hallada, se reúnen, la acondicionan para transportarla y la amarran pendiendo de unos varales, bien sujeta con bejucos.

Al llegar a cierta distancia de la casa dejan el tronco y avisan a la gente congregada que espera, y sólo al día siguiente van a buscarlo todos en comitiva, y después de explicar su hallazgo y comentar todo lo imaginable sobre proporción, calidad, etc., se organiza una especie de procesión, transportando el palo o palos, poniendo todos el hombro, habiendo antes suprimido los varales, y así se lleva la madera para el Maguaré. Entre tanto entonan cantos apropiados.

No hay por qué decir que durante los días de la búsqueda, estando tanta gente reunida, se organizan ya pequeños bailes, que no tienen otro fin sino distraer y recompensar el cansancio del día, y, por parte del dueño, agradecer la cooperación.

Empieza entonces el trabajo lentísimo de ahuecar tales troncos, que miden ordinariamente unos cuatro palmos de diámetro y metro y medio de largo. Este trabajo lo ejecutan valiéndose únicamente del fuego, pues debido a los pequeños orificios que dejan en la parte superior, sólo les permite introducir las manos. Un solo individuo es el que debe empezar y acabar la obra. Este está obligado a guardar las costumbres establecidas para tales casos, como son: no poder bañarse hasta que acaba el trabajo, sea el que sea el tiempo que emplee; tomar su comida especial durante ese tiempo. Su labor principal es conservar viva la candela dentro del hueco del palo, para lo cual se sirve de una cañita, con la que va soplando. Una vez acabado interiormente, dejan dos protuberancias, que llaman *Mono* (pechos). Dicen que sin ellos el Maguaré no da sonidos diferentes, y se comprende fácilmente.

Ese trabajo es muy lento, y a veces pasan en ello uno o dos años, teniendo tiempo más que suficiente para preparar el baile de inauguración.

El instrumento del Maguaré es propio de los caciques de tribu, pero ni aun éstos, en su mayoría, lo tienen actualmente.

¿Qué influjo ejerce en los sentimientos del indígena el profundo sonido que sale del Maguaré? Comparémoslo con el lenguaje de nuestras campanas, que tan íntimamente habla al corazón de los fieles.

El Maguaré es, para el indígena, integrante de su vida sentimental-espiritual. En sus alegrías se acercará al Maguaré, se pondrá en medio de ambos troncos, tocará y se desahogará hasta llegar por lo general al frenesí de su exaltación. Cuando se aleje de allí habrá recuperado su equilibrio sentimental y se sentirá satisfecho y feliz, aunque temblando, sudando y pálido por el esfuerzo realizado y por la concentración de espíritu, que debe ser el alma de ese sonido. En sus penas y enfermedades también irá a él, y sus manos temblorosas y calenturientas se posarán sobre él, transmitiendo con sus vibraciones sus tristezas y dolores. Su eco, al regresar de nuevo, le traerá consuelo y alivio, recogidos en su largo vagar por la selva interminable. El moribundo, en su agonía, quiere oír su sonido, que aún le da esperanza de vida, y en la ansiedad de sus toques, movidos por la congoja de sus familiares, que tratan de ahuyentar a la muerte dominadora que se acerca y atraer a la vida que se escapa, verá el amor de los suyos, único consuelo en esas horas amargas.

Pero el indígena necesita del Maguaré no sólo para satisfacción de sus necesidades sentimentales, sino también para su utilidad, simplificando mucho su vida y ahorrando muchos inconvenientes, especialmente de distancias. El sonido del Maguaré llega hasta distancias de cuatro horas de radio, o sea, de unos veinte kilómetros, y hasta más. Con él llaman a los que viven lejos, y reúnen a toda la gente sin moverse de su propia casa, con avisos combinados de unos a otros. ¿No son estas las ventajas del telégrafo entre los pueblos



civilizados? El puesto del Maguaré será siempre en el lugar de honor dentro de la misma casa.

Nombres del Maguaré en las diversas tribus:

Juaroe, en Huitoto.

Keeme, en Muinane, Sabana.

Kem, en Bora, Cahuinari.

Kuima pimaneké, en Rosiggaro; llamar a la gente con...

Arón, en Okaina.

Los mazos con que se toca el Maguaré son de goma, en número de dos. Su nombre en Huitoto es *Juakke*, y en Okaina, *Arorabenna*.

3) Estreno de una casa.

Es también motivo de baile el estreno de una casa, especialmente cuando se trata de la del capitán de tribu.

Todo el mundo acude a su construcción. Los hombres reúnen con anticipación el material: pilares, vigas, mantequeros, yaripa y bejuco, que traen del monte al lugar señalado para edificar. Las mujeres buscan la hoja de palmito, la cortan, traen y tejen los paños con los que cubren el techo y casi la totalidad de la casa. Todo es actividad y algazara, tan propia del indio. Los hombres, ágiles como monos, saltan de palo en palo; amarran éste y aseguran el otro sin necesidad alguna de escaleras ni cuerdas. Abajo, las mujeres no cejan tampoco, moviendo manos y... lengua. Unas entrelazando las hojas y asegurándolas en la vara que forma el paño, otras hablando sin cesar. ¡Al fin y al cabo, genuinas mujeres!

Mientras tanto, el dueño preside los trabajos, y sólo debe atender que no falte comida y bebida, y en quince días tiene su casa completamente acabada.

El baile de consagración de la nueva casa, además del sentido religioso que pudiera haber tenido, hoy día tiene un sentido práctico, y es el que predomina. En efecto, el piso de la casa, que es simplemente el suelo limpio y sin atenuante, en el que no se ha hecho trabajo alguno de nivelación, necesita una apisonadora..., y los pies de los danzantes hacen maravillosamente su vez. Así todos, sin darse cuenta, cooperan en realizar el último trabajo, que podríamos llamar de acondicionamiento. La característica propia de este baile es la fuerza e insistencia del pie al golpear el suelo. ¡Con razón que el piso queda luego tan plano y duro!

La casa es redonda. Su techo se prolonga hasta el suelo, quedando en forma de cono en arista formado por la solera de la misma casa. Ordinariamente, dentro de ella reina oscuridad absoluta, pues aun sus puertas son hojas de palma sobrepuestas. Quedan tan disimuladas, que más de una vez el visitante queda chasqueado al dar completamente la vuelta a la habitación sin encontrar la puerta o hueco de entrada.

4) Cosecha de los frutos.

¿Ha llegado el tiempo de las pepas y frutas del monte? También ello es motivo legítimo para organizar un baile. Canangucho, milpiés, piñas, caimos y otras muchas, casi imposibles de enumerar, pero que los indios tienen bien conocidas y estudiadas.

En esa ocasión el baile se llama *Juakke* (en Huitoto), y cuando es de carne o pescado, *Sekkei* (igualmente en Huitoto).

Los cuatro motivos que hemos enunciado, esto es, poner los nombres, inaugurar el Maguaré, el estreno de una casa y la cosecha de los frutos, son los únicos que los indígenas toman en cuenta para organizar sus bailes. Desconocemos si hay otros especiales para ello. Pero, a diferencia de otras regiones, no existe la costumbre de celebrar con danzas o ceremonias especiales ni los matrimonios ni los nacimientos, como lo hacen, por ejemplo, los Tikunas del Amazonas.

II.—PREPARACION DEL BAILE

En la celebración de los bailes típicos se emplean hasta tres o cuatro años para su preparación. No es de extrañar que se necesite tan largo tiempo. Hay que calcular lo que significa para una familia dar alimentación completa durante todo un día a cientos de personas, y con el agravante de caer en desprestigio y en ridículo si llega a escasear o faltar la comida o la bebida. Cuando se oye exclamar: «¡Qué fiesta tan buena!», hay que suponer que la comida ha sido abundante y que sólo con mucho esfuerzo y buena voluntad—cosa que todos tienen—no ha sobrado nada al terminar el baile, especialmente la *Kawana*, que es lo que lo sostiene. Además, si algo sobrara, sería insulto para los dueños, que lo tomarían a desprecio.

Han de preparar también la *Yera* (en Huitoto), *Dautak* (en Muinano), *Manie* (en Bora), *Niitsibiya* (en Rosiggaro), *Manie* (en Miraña) y *Ottirae* (en Okaina), o sea, el tabaco de chupar, que es de elaboración muy lenta. Ese tabaco queda líquido como un arrope, y los indígenas lo conservan en frasquitos, junto con un palito, con el que lo sacan y chupan. Sus ingredientes son hojas de tabaco, que cocinan primeramente con agua; luego la escurren y quedan sólo las hojas, que continúan hirviendo con el propio jugo; entonces añaden corteza y cogollo de una palma llamada en Huitoto *Gaizai*, de la cual sacan la sal vegetal. A la hoja del tabaco usada en esta elaboración los Huitotos del río Igaraparaná la llaman con el nombre de *Deubba*. Este tabaco es muy fuerte, y cuando se empieza a tomar llega a emborrachar y producir vómito. Siempre que lo toman los indios producen con la lengua y el paladar un chasquido, como cuando se chupa limón o se bebe vinagre.

Deben también reunir gran cantidad de coca (*Jibia*, en Huitoto; *Jipi*, en Miraña; *Jibie*, en Rosiggaro), formada por el polvo de la hoja de esa planta, debidamente tostada, a la que agregan ceniza de la hoja de yarumo o de camerón, rica en cal.

Es de rigor también, para dar el baile, acondicionar la casa y restaurar los deterioros que pueda haber.

Debe darse asimismo a los invitados el tiempo suficiente para prepararse, confeccionando el atavío propio y buscando en el monte los presentes, ya de cacería como de frutas silvestres.

No se pierda de vista que el punto que regula la vida del indígena es la necesidad, cuando se quiera comprender el problema de su atavío. El indígena de nuestras regiones tropicales, guiando su conducta por los apetitos en su estado primitivo, o sea, selvático, no siente el problema del vestido. El fuerte calor del día no le pide uso de prenda alguna. Sólo impulsado por el senti-

miento natural del pudor, como genuino hijo de Adán y Eva, cubre lo imprescindible, si no con una hoja de higuera, a la que se recurrió en el paraíso terrenal en momento de precipitada confusión, sí con un simple sostén o taparrabos, de próximo parentesco con la hoja de higuera por ser de fibra de árbol. Preparan los indios esa corteza a fuerza de golpes, y, machacándola, se vuelve flexible y consistente y queda como un tejido grueso y burdo. Si es blanco, los Huitotos lo llaman *Joma*; si de color marrón, *Jibuimaikuru*, y al árbol, *Jibuimakgue*.

Durante las noches, de por sí tan húmedas en la selva, les basta el calor que abriga sus malocas, tan tapadas, y el fuego que prender, para no sentir frío. A veces hasta llegan a poner sus hamacas encima de los fogoncitos, que cuidarán toda la noche para que no se apaguen. La hamaca no le da ningún calor porque es de un tejido muy ralo, construido con la fibra de la palma llamada *Kumare*. Según esto, ya podemos deducir cuál será la indumentaria del indígena para el baile. Pasa de un extremo a otro. En unos bailes será de ritual adornarse sólo con pinturas. Ordinariamente se pintan de un color morado oscuro, desde la cabeza hasta la cintura, que llevan al descubierto. Sobre ese color, en otros bailes, pintan diversidad de garabatos, que dan la sensación de tatuados. De la cintura para abajo, hasta los pies, llevan como una especie de falda de hojas de palma, estrecha y larga, que llaman *Jimona* (en Huitoto); otras veces, *Jimottei*, *Guamitii* (en Miraña) y *Jemomasai* (en Muinane). Esa, al propio tiempo que les sirve de adorno, armoniza con su roce casi imperceptible en cada uno, pero no así en conjunto, que se convierte en un verdadero acompañamiento coral.

También usan cáscaras de pepas de monte, parecidas a las nueces, que, unidas con un cordel, cuelgan en brazos y piernas, formando pulseras. Los Huitotos las llaman *Firisai*; los Mirañas, *Guaatdai*; los Rosiggaros, *Baatoae*, y los Muinanes, *Guatdi*.

En la cabeza, a modo de corona nupcial, se adornan con vistosas plumas de garza, blanquísimas como la leche, elegantemente largas, sedosas y flexibles. Otras veces forman un gracioso tejido de plumas de colores variados de diferentes aves, como el guacamayo, el mochilero, etc., predominando los colores verde y amarillo, combinados con verdadero gusto. Acostumbran también esparcirse en la cabeza y cuerpo pequeñas plumas, o plumón, sacadas del gavián, que dejan adheridas con cierta gracia, por el contraste de su blancura con el color de que van pintados, morado oscuro.

En otros bailes—por ejemplo, del Chontaduro, entre los Mirañas, Yakunas, Matapís, Andokes, etc.—no dejan parte alguna del cuerpo sin cubrir de una manera u otra. La careta es de *Huansoco hervido*, que queda como una pez, sobre la cual se pintan en blanco y amarillo; como cejas y nariz llevan unos pedazos de tablilla, puestos de canto, que sobresalen.

Los instrumentos musicales de los indios, si tal pueden llamarse, son muy rudimentarios y escasos. Unas veces será el rondado, harto conocido; otras la flauta *Ikante*, en Huitoto, o *Citro*, en Muinane, caña larga y vacía con agujeros simples, como los pitos, que tienen por lengüeta una hojita de árbol. Esos instrumentos, ordinariamente, no tienen más de dos notas, pero uniéndolos con otros de diferente calibre, se combinan entre sí y marcan graciosamente el compás al movimiento del cuerpo de los danzantes. Como regulador de los golpes del acompañamiento, más que como instrumento musical, usan en algunos bailes unos tubos de guadua o bambú, preparados en forma tal que al golpear con ellos el suelo repercute lejos, extendiendo su sonido en las profundidades de la tierra. Como el sonido es llevado por las ondas, dejan en el ánimo algo de profundo y espiritual. Al fin y al cabo, ésta es la música en su pureza natural: notas y sonidos en conformidad con nuestros sentimientos íntimos, que llegan hasta a enajenar los sentidos de los que sienten y comprenden su lenguaje. Por eso estas danzas excitan incluso al profano, al hombre civilizado, haciendo vibrar su espíritu, pues también él tiene su misma naturaleza, aunque más o menos cultivada y disciplinada.

Pero en los tiempos actuales no será raro quizá que más de un curioso se sorprenda—e incluso llegue a contrariarse—ante la escena de esos bailes indígenas desprovistos de la indumentaria citada. ¿Cuál su explicación? Indudablemente la influencia de la verdadera Religión, y, por ende, la civilización, van modificando paulatinamente las costumbres de los pobres salajes, para dar ese paso agigantado, impuesto a la humanidad, de elevación sobrenatural, sin el cual son imposibles la regeneración y la salvación. Hoy lo vemos en esos indígenas de nuestras selvas; aver, en los bárbaros de Europa. Así sucesivamente, hasta el completo establecimiento del reinado del verdadero Dios, base esencial de la verdadera civilización.

III.—INVITACION AL BAILE

Antiguamente el baile era exclusivo de cada tribu, y naturalmente, fuera de los individuos que la componían, todos los demás eran considerados extraños.

Esto se aclara conociendo la vida íntima de las tribus indígenas. En ella campea espíritu de gran independencia, y con frecuencia más todavía, de desprecio y hasta de odio hacia las otras tribus, que consideran siempre inferiores. Ese significado tienen ciertas danzas con carácter muy provocativo y altanero, que dicen a uno de victorias conseguidas o de venganzas a realizar. También para el indígena amazónico, en su estado salvaje, la guerra era verdadero motivo de baile. Pero hoy en día, gracias a Dios, ello ya ha pasado a la historia.

Recuerdo, al respecto, en un baile que presencié en el río Miritiparán, la exaltación guerrera de la tribu Yukuna, que infundía al visitante cierto recelo y prevención, por si acaso... En la indumentaria, indios completamente pintados de color morado con rayas blancas y amarillas, formando dibujos exóticos que mucho llaman la atención, desnudos hasta la cintura, sudorosos por la excitación del baile, con sus armas típicas en las manos, especialmente la lanza de cacería, moviéndolas agresivamente en todas direcciones... Después supe que esos indígenas se jactan de ser superiores a los demás, y su mayor placer es demostrar con esos números algún reflejo de su valor hélico. Y bien consiguen su intento, pues tuve ocasión de comprobar que indígenas de otras tribus vecinas siéntense humillados cuando están entre los Yukunas, y hasta son capaces de renegar de su gente ante quien no los conozca. Así se explica el hecho de uniones de mujeres de otras tribus con hombres Yukunas, por el deseo de mejorar la propia raza con sangre Yukuna. Por cierto que esas uniones, basadas en el sentimiento de inferioridad, son lo más opuesto a la ideología primitiva del indio.

El enemigo más temible para el indígena ha sido siempre, no el blanco, al cual dócilmente se somete por su superioridad manifiesta, sino el indio de otras tribus. Observad el estado del indígena cuando se ve precisado





a pernoctar fuera de los suyos: no está tranquilo, y sí muy receloso. Teme alguna treta, o si más no, que durante su permanencia suceda allí alguna desgracia. Bien sabe que los demás, impulsados por sus supersticiones, lo considerarán causante de ella, ya que él lleva allí el espíritu malo de los suyos. En todo caso el brujo local, más o menos disimuladamente, no cesará en sus misteriosas conversaciones y sus gestos simbólicos, para evitar daños posibles durante la permanencia de gente forastera en la tribu.

Actualmente apenas existe este aspecto social de la vida indígena. La religión cristiana habla a los indios, como a todos, de la caridad fraterna; y la patria se esfuerza también en demostrarle su única filiación y en unirlos indistintamente bajo los pliegues de su bandera. Otra razón que mucho ha influido en hacer desaparecer ese antagonismo de tribus ha sido la progresiva disminución de indígenas, víctimas de epidemias, persecuciones o crueles explotaciones, y trasplantes del propio ambiente. Por todo eso, hoy día no se puede llamar con propiedad a esos bailes de tribu, sino de religión.

Veamos ahora cómo se invitan entre ellos. Las grandes distancias que separan a unos de otros los obligan a avisarse con mucha anticipación al día señalado, guiándose por las lunas. A los que están más cerca, dos o tres días antes del baile. Van dos emisarios del dueño, debidamente ataviados —así lo requiere el ritual— y provistos de buena cantidad de coca y tabaco de chupar, para convidar a las familias, ofreciendo a los hombres mambear coca y mezclarla con tabaco. Con sólo esta acción, aunque nada se dijera, ya se dan por convidados; y desde que salieron los emisarios empiezan los preparativos próximos, esto es, preparar las pinturas con que se adornan, y acondicionar los presentes de carne y frutas, adornándolos también.

Mientras tanto, en la casa donde se da la fiesta, materialmente no se pega ojo en esos días de preparación. Todos, hombres y mujeres, trabajan febrilmente en sus tareas: las mujeres, alistando la Kawana (bebida), llenando canastos y más canastos de unos bollos de masa de yuca, que envuelven en hoja de palmito, y amontonando cazabes sobre cazabes (pan del indio). Los hombres, pasando continuamente noches y noches —pues según el ritual sólo pueden hacerlo en esas horas— cerca del fuego, en el que tuestan las hojas de coca, al pilón, especie de mortero grandísimo donde son trituradas hasta convertirse en finísimo polvo, cernido en un pañuelo, que golpean suavemente con las manos hasta que suelta su contenido. Al lado del fuego tienen la olla donde se acaba de cocinar el tabaco que han de chupar. La vigilia del día del baile está destinada para hacer la Kawana, porque de lo contrario se pondría agria. Y van tocando el Maguaré, como para ahuyentar el mal espíritu, que también la podría dañar con su perversidad.

Para los convidados, este sonido les lleva la señal de que ha llegado el día de pintarse; y desde entonces se acaban los trabajos, procuran no dormir en toda la noche y evitan bañarse para no estropear la pintura con que se han adornado. ¡Por fin llegó el gran día!

IV.—DIA DEL BAILE

Desde bien temprano reina en todas partes, caminos y ríos, gran actividad y continuo movimiento. En determinados momentos da la sensación de interminable procesión o de éxodo tumultuoso. Todas esas gentes, semejantes al caracol, llevan sus casas a cuestras, pues, como no queda nadie que las cuide, las mujeres cargan no sólo a sus bebés, que los cuelgan de las espaldas, sino también, con esmeradísimo cuidado, a sus animalitos domésticos, encanastados para que no molesten a los demás. Otros, con sus loritos y periquitos, que no cesan en sus gritos estridentes, o bien con sus gallinas y polluelos, pues para todos habrá abundante comida.

Al llegar a la casa, los invitados nunca entran de inmediato. Se reúnen en las afueras, por grupos encabezados por el propio capitán, y entran al son de baile a ofrecer sus presentes. Es la contribución, que el dueño irá recibiendo. El que entrega alguna cosa anetecida o cacería grande, aunque interiormente está satisfecho, se hace el desganado antes de presentarlo. Desde que desembarca en el puerto se anuncia por sí mismo con disparos de escopeta, continúa su ostentación disparando incluso dentro de la casa, cuyo techo queda resentido o aguiereado por mucho tiempo. La entrega del presente se hace después de mucha comida y exigiendo gran cantidad de Kawana y coca.

Alguien se sorprenderá de tamaña brutalidad ante lo maltrechas que quedan las casas en días como éstos: los pilares, macheteados; el techo, acribillado a perdigones o en estado esquelético, pues los paños de hoja que cubren el armazón, y que están al alcance de la mano, se van quemando sucesivamente, siendo ésta la costumbre especial en los bailes de inauguración de casa nueva. Además, presentan las ofrendas alumbrándose cada cual con un paño de hojas, a veces hasta de cuatro metros de largo. Teniendo en cuenta que todos llevan algo que ofrecer, deduciremos cómo quedará la casa después de ese ofertorio...

Cesará tal extrañeza viviendo con ellos. En efecto, al volver la tranquilidad, una vez pasado el baile, ¿qué haría el indígena si no tuviese el trabajo de restaurar su casa recién inaugurada? El no tiene negocios de urgencia. Nadie le apremia, porque es dueño de sí mismo y de lo que tiene. Su vida se reparte en ratos de trabajo en la chacra y desmontes, o en cacerías, o pescando en las quebradas. La reparación de su casa la terminará a lo sumo en dos días, pues todo el material lo tiene a mano.

Entregados ya todos los obsequios, se oye la voz del anfitrión, que pregunta a los asistentes, con algo ofrecido en la mano: «¿Quién traio esto?» Acude el interesado y recibe lo equivalente. Y así sucesivamente, hasta que se reparte todo. ¡Ya tienen algo con qué empezar a comer! Desde entonces, reunidos en familias, al pie de cada hamaca, se organiza la cocina, cuyo fogoncito es avivado hasta que con el alba del día siguiente se extinga el baile. Durante la noche toman la Kawana en grandes mates, sertados en cuclillas alrededor del recipiente. De vez en cuando se acercan los niños a tomar, y no encontrando libre el mate, meten bien sus manos en eso que parece engrudo, chupándoselas con tal gusto que da envidia. Reunidos igualmente los hombres, llenan sus carrillos, una y mil veces, de coca, y dan cortas pero repetidas chupadas al palito del frasco de la Yera o tabaco, que el dueño de la casa tiene frente a sí durante toda la noche.

V.—INTRODUCCION AL BAILE O PANTOMIMA

Con todo esto, el día va declinando insensiblemente, y debe aprovecharse la última claridad de la tarde para la representación o pantomima tradicional con que se inicia el baile. Es la parte jocosa.

14 oleoductos con un total de 2.056 kilómetros

Cerca de 40 millones de barriles producidos en 1954

LAS CONCESIONES ABARCAN CASI UN MILLON DE HECTAREAS

Por FRANCISCO GONZALEZ TORRES
Ministro de la Embajada de Colombia
en Londres

LA República de Colombia, ubicada en la América del Sur, tiene 1.138.355 kilómetros cuadrados de superficie, y limita con las Repúblicas de Venezuela, Brasil, Perú, Ecuador y Panamá y con los océanos Atlántico y Pacífico. La población de Colombia, conforme al censo de 1952, es de 11.768.430 habitantes.

Colombia, geográficamente, se encuentra situada en la zona tórrida, y su conformación montañosa determina la variedad de climas que dan al país caracteres tropicales y subtropicales. La mayoría del territorio es de clima cálido; hay un cuarto de tierras templadas, un quinto de frías y un sexto de glaciares inhabitables.

El territorio colombiano se halla precisado por la trifurcación de la cordillera de los Andes, al entrar a su suelo por el sur, formando un gran macizo, de donde se desprenden las llamadas cordilleras Central, Oriental y Occidental. Este fenómeno determina dos grandes regiones naturales: la de las llanuras y selvas orientales, que representan el 59 por 100 de la superficie nacional, y la montañosa, que comprende las altiplanicies y el litoral, que representan el 41 por 100 restante.

Colombia es el primer productor mundial de café suave, el primer

productor de esmeraldas, el primer productor de oro de Suramérica, el segundo productor mundial de café, el segundo productor de platino en América, el tercer productor mundial de bananos, el tercer país territorial de Suramérica, el cuarto productor de petróleo de Latinoamérica, el quinto productor mundial de platino, el quinto productor de petróleo en América, el octavo productor mundial de oro y el noveno productor mundial de petróleo.

Las principales industrias de Colombia son: café, petróleo, textiles, metales, cueros, minerales, maderas, tabaco, ganado, aceites industriales, etcétera.

La producción agrícola de Colombia es diversa. Se cultiva en gran escala: ajonjolí, algodón, anís, arroz, banano, cacao, café, caña de azúcar, cebada, coco, fique, frijol, frutas, leguminosas, maíz, papa, plátano, tabaco, trigo, etc.

Las minas que se encuentran dentro del territorio de la República comprenden: a) metales preciosos: oro, platino, plata; b) metales no preciosos: cobre, hierro, plomo, mercurio, cinc; c) yacimientos de combustibles y minerales no metálicos: sal, carbón, yeso, cal, cemento, asbesto, y d) piedras preciosas: esmeraldas.

PETROLEO

LA riqueza petrolífera de Colombia, de propiedad del Estado, se explota por medio de concesiones o contratos con compañías nacionales o extranjeras.

Entre 1886 y 1890 se celebraron los primeros contratos con compañías extranjeras para la explotación de carboneras y fuentes de petróleo en la Sierra Nevada y el golfo de Urabá. Estos contratos no dieron resultados satisfactorios. En 1916 se celebró la llamada «Concesión de Mares», con la Tropical Oil Company,

para la explotación de la zona petrolífera que se extendía desde la margen derecha del río Magdalena hasta las derivaciones de la cordillera Oriental, en terrenos de suave pendiente, cubiertos de bosques, que fueron cediendo a las obras de limpieza y exploración de la compañía, la que, en 1921, entró en producción mediante la localización definitiva de la estructura de Infantas, la primera que produjo también los productos refinados de Colombia, en una pequeña planta de destilación simple.

El área de la concesión comprendía 517.080 hectáreas cuadradas, dentro de las cuales se encuentra la «zona industrial», integrada por las estructuras de La Cira, El Colorado, Galán y las Infantas.

En 1926 se inició la exportación del petróleo

colombiano a varios países, especialmente a los Estados Unidos, Canadá, Suecia, Holanda, Trinidad, Alemania, Francia, Argentina y Brasil. En dicho año de 1926, la exportación del petróleo colombiano ascendía a 337.797.600 barriles de 42 galones, con un precio promedio de 2,19 dólares barril. La producción de la Tropical, un año antes del vencimiento del contrato, presentaba un total de 200 barriles diarios.

En Barrancabermeja (Barranca), centro de la industria del petróleo en Colombia, empezó a funcionar, en el año 1922, una pequeña planta de destilación simple, con un ritmo de 5.770 barriles anuales. En el año 1950, la planta de destilación de Barranca trabajaba con 25.000 barriles diarios.

EMPRESA COLOMBIANA DE PETROLEOS

EN el año 1951 se verificó la reversión al Estado colombiano de la Concesión de Mares. Desde esta fecha, la Empresa Colombiana de Petróleos asumió la dirección de los negocios petroleros de la República.

La creación y organización de la Empresa Colombiana de Petróleos fué autorizada por la ley 165, de 1948. A su cargo estaría la

administración y explotación de los campos petrolíferos, oleoductos, refinerías y, en general, todos aquellos bienes muebles e inmuebles que revertieran a la nación, de acuerdo con los contratos entonces vigentes en materia de concesiones de petróleo.

Con fecha 9 de enero de 1951, y en desarrollo de las facultades conferidas por la ley 165, el Gobierno procedió a dictar el decreto orgánico de la empresa, que lleva el número 30 de dicho año. En virtud de tal reglamentación, la Empresa Colombiana de Petróleos es un organismo autónomo, con personalidad jurídica propia, que debe regirse por las disposiciones legales pertinentes y por los estatutos constitutivos que reglamentan su funcionamiento. El decreto ejecutivo número 1.124, de 18 de mayo de 1951, aprobó los estatutos de la empresa.

Consecuentemente, la empresa inició su vida jurídica, como entidad netamente oficial, con capital constituido por una aportación oficial del Gobierno de \$ 500.000, moneda legal colombiana, y por el conjunto de los bienes revertidos de la Concesión de Mares, de la cual era beneficiaria la Tropical Oil Company. Posteriormente, el capital se aumentó a \$ 200.000.000.

El 26 de agosto de 1951 todos los bienes muebles e inmuebles, la refinería, el oleoducto de Galán a Cantimplora, así como el petróleo recuperable dentro del área de la concesión, pasaron a ser propiedad de la nación, la cual, el mismo día, y por actas debidamente protocolizadas y legalizadas, traspasó la totalidad de estos bienes a la recién fundada Empresa Colombiana de Petróleos.

Para los efectos de la administración y explotación de los bienes revertidos, facultada por la ley y los decretos reglamentarios, la empresa celebró dos contratos con la International Petroleum Company de Colombia (Intercol), referentes, el primero, a la asesoría técnica, y el segundo, al uso y manejo de la refinería revertida y de la nueva planta de cracking catalítico.

La International Petroleum (Colombia) Limited (Intercol), junto con la Esso Colombiana, S. A., y la Andian National Corporation, dependen directamente de la International Petroleum Company Limited, la cual, a su vez, es filial de la Standard Oil Company (N. J.).

REFINACION

Como ya se expresó, la refinería de Barran-cabermeja empezó a funcionar en 1922, dentro de la Concesión de Mares. En 15 de agosto de 1954, el Gobierno nacional inauguró la nueva planta de refinación, capacitada para refinar 12.785.700 barriles por año, los cuales corresponden específicamente a los siguientes productos:

Barriles por año

Propano comercial	250.000
Gasolina de aviación 100/300.	554.000
Gasolina motor	5.230.000
Disolventes	37.700
Tractorina	284.000
Kerosone	488.000
Diesel oil	800.000
Fuel oil liviano	2.490.000
Fuel oil pesado	1.835.000
Aceites lubricantes	210.000
Asfaltos	607.000

Las unidades principales del ensanche están constituidas por las siguientes instalaciones: unidad de *topping* y *vishbreaker*, unidad de *cracking* catalítico y de recuperación de vapor, unidad de *alkilación*, planta de recuperación de ácidos, unidad de tratamiento de gasolina, planta eléctrica generadora de 11.500 kilovatios, unidad de tratamiento de agua y torre de enfriamiento. También existen instalaciones adicionales en número de 36, como tanques para almacenamiento, con una capacidad de 1.496.112 barriles; tuberías interconexión, instalaciones contra incendio, sistema automático de 600 líneas y 100 líneas de extensión, radioteléfono, sistema completo de atracadero para despachos de refinados en planchones, muelle fluvial, provisto de una grúa fija de 75 toneladas de capacidad, y otras instalaciones para el normal funcionamiento de las nuevas unidades de la refinería, cuyo desarrollo en las operaciones requiere una sincronización técnica.

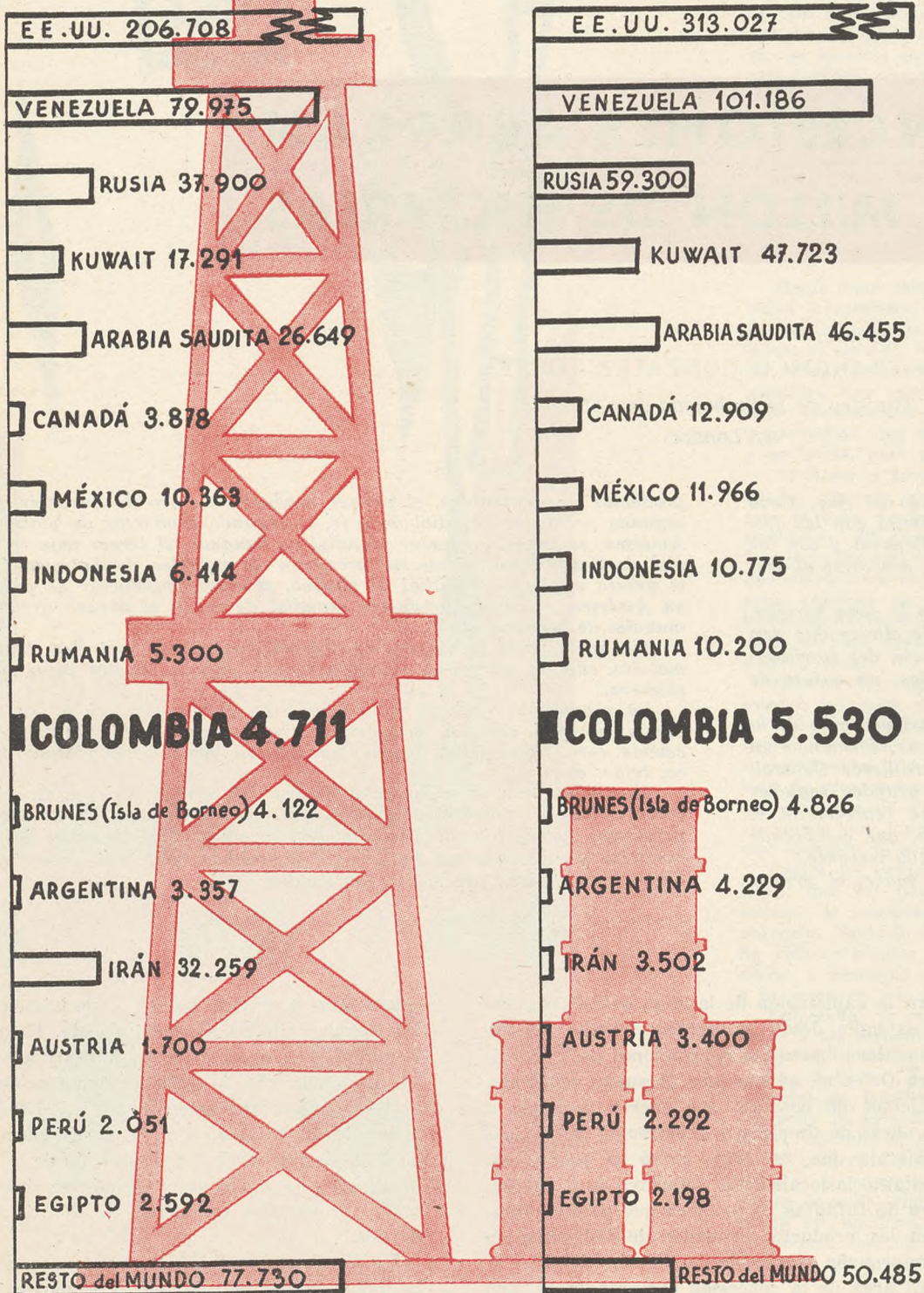
Los beneficios que está reportando a la nación la nueva refinería han significado, hasta el momento, una disminución en las importaciones por valor de 20.850.000 dólares, ya que,

PRODUCCION MUNDIAL de PETRÓLEO

(En miles de toneladas)

1950

1954



antes de entrar en funcionamiento los ensanches, las importaciones que tenía que hacer Colombia para suplir sus necesidades eran de valor de 31.340.000 dólares anuales.

La refinera abastece las necesidades de la naci3n en la siguiente proporci3n:

Gasolina de aviaci3n	100 %
Gasolina de motor	78 %
Tractorina	22 %
Kerosone	78 %
Diesel	68 %
Fuel oil	128 %

NUEVAS PLANTAS DE REFINACION

La Colombian Petroleum Company instal3 en 1953, en la regi3n del Catatumbo, una nueva planta de refinaci3n para 2.200 barriles diarios y una planta de gas natural, con capacidad para producir 60.000 galones de gasolina natural por d3a. La Intercol construye, en la costa del Caribe, una gran planta, cuyo costo se calcula en 100 millones de pesos, y la cual debe estar en funcionamiento a fines de 1957.

OTRAS PLANTAS

La Colombian Petroleum Company tiene en Petrólea (norte de Santander) una planta con capacidad de 900 barriles diarios; la Esso Colombiana tiene en La Dorada (Caldas) una planta con capacidad de 2.000 barriles diarios, y la Texa Petroleum Company tiene en El Guamo (Tolima) su planta, con capacidad de 1.000 barriles diarios.

OLEODUCTOS

EN Colombia, los oleoductos son las v3as m3s econ3micas y seguras para el transporte del petr3leo crudo y sus derivados.

El m3s extenso de los oleoductos es el que va de El Centro (Barrancabermeja, Santander) hasta Namonal, en Cartagena. Es de propiedad de la Andian National Corporation, y tiene una extensi3n de 538 kil3metros.

La South American Gulf Oil Company tiene un oleoducto que va de Petrólea, en el Catatumbo, hasta Coveñas, en el golfo de Morrosquillo, en una longitud de 421 kil3metros.

El oleoducto de Barrancabermeja-Puerto Berr3o tiene una extensi3n de 111 kil3metros. El que conecta el campo de Casabe, en la concesi3n Yond3, con el de la Andian, en Gal3n, tiene una extensi3n de 10 kil3metros. El que conecta el campo de Cantagallo con el oleoducto de la Andian, en Puerto Wilches, tiene una longitud de 2.760 metros. El oleoducto que conecta el campo de El Dif3cil con el oleoducto de la Andian en Plato tiene una extensi3n mayor de 150 kil3metros. Entre Bogot3 y Salgar hay un oleoducto de 140 kil3metros y medio. La Texas tiene un oleoducto entre Velásquez (Bocay3) y La Dorada, con 74 kil3metros de extensi3n. Esta misma compa3a tiene, entre Anisales (Ortega) y el Guamo (Tolima) un oleoducto de 34 kil3metros de extensi3n. En el departamento del Magdalena existe el de Aguachica a Puerto Mosquito, con una extensi3n de 16.959 metros. Y el oleoducto entre Totumal y Puerto Mosquito tiene una extensi3n de 19.610 metros.

El incremento de la producci3n y las nuevas explotaciones han obligado a la ampliaci3n de los oleoductos existentes y el trazado y construcci3n de otros nuevos.

El estado de los oleoductos, en 30 de junio de 1953, era el siguiente:

Empresario	ESTACIONES		Longitud en Km.	Capacidad	Estado
	Inicial	Terminal			
Andian Nat. Corp. ...	El Centro	Mamonal	538	70,0	Operaci3n.
South American Gul.	Petr3lea	Coveñas	421	27,0	Operaci3n.
C3a. El C3ndor	Casabe	Gal3n	10	60,0	Operaci3n.
Anglo-Colombiana ...	Cantagallo	Pto. Wilches ..	2	1,0	Operaci3n.
C3a. El C3ndor	El Dif3cil	Plat3	85	13,2	Operaci3n.
Texas	Puerto Niño	La Dorada ...	74	4,0	Operaci3n.
Texas	Tetu3n	Guamo	35	2,0	Operaci3n.
Empresa Colombiana de Petr3leo	Barranca	Pto. Berr3o ...	111	6,5	Operaci3n.
Dpto. Antioqu3a	Puerto Berr3o	Medell3n	166	6,2	Operaci3n.
Empresa Colombiana de Petr3leo	Cantimplora	La Dorada	146	12,0	Operaci3n.
Gob. Nal. y Departamento Valle	Btura	Cali	117	9,1	Proyecto.
Dpto. Cundinamarca.	Puerto Salgar ...	Bogot3	143	8,9	Operaci3n.
Dpto. Caldas	La Dorada	Cartago	174	—	Proyecto.
Colombian Petroleum.	Petr3lea	Pto. Le3n	34	1,0	Operaci3n.

MILLON Y MEDIO DE HECTAREAS DEDICADAS EN LA ACTUALIDAD A LA EXPLORACION Y EXPLOTACION DE PETROLEO

En estudio publicado por el Departamento Estadístico del Ministerio de Minas y Petr3leos

a mediados del a3o 1954 se revela que hasta dicha fecha se hallaban vigentes treinta y seis contratos sobre exploraci3n y explotaci3n de petr3leo en el territorio nacional, en desarrollo de las leyes 37 de 1931 y 160 de 1936, cubriendo una zona de 1.488.039,76 hect3reas de las diferentes concesiones que operan en el pa3s.

Concesiones en explotaci3n	Departamento	Hect3reas
Yond3	Antioqu3a	46.878,71
Cantagallo	Bol3var	21.190,46
Dif3cil	Magdalena	45.931,48
Aguachica	Magdalena	49.920,06
Totumal	Magdalena	49.938,84
Tetu3n	Tolima	49.684,66
TOTAL		263.545,21
Concesiones en exploraci3n		Hect3reas
Manat3	Atl3ntico	49.345,00
Juan	Atl3ntico-Bol3var-Magdalena	24.383,00
Arroyogrande	Atl3ntico	46.978,00
La Rompida	Bol3var-Antioqu3a	24.084,50
Magangu3	Bol3var-Antioqu3a	46.451,21
Ermita3o	Boyac3-Santander	24.902,32
Floresanto	C3rdoba-Antioqu3a	15.108,19
Guavio	Cundinamarca-Bocay3-Meta	100.000,00
Girardot	Cundinamarca	13.021,55
Buchad3	Choc3	49.063,50
Bojay3	Choc3-Antioqu3a	48.273,50
Sitionuevo	Magdalena	40.812,00
Torcoroma	Magdalena	49.799,21
Becerril	Magdalena	46.642,00
Aguasfr3as	Magdalena	24.719,60
Potreri3lo	Magdalena	20.586,16
Los Venados	Magdalena	14.712,10
Bajalar	Magdalena	34.610,00
Chilloa	Magdalena	49.985,40
B3lsamo	Magdalena	49.000,00
R3o-C3sar	Magdalena	49.085,00
Chaqu3	Nari3o	49.930,89
Salahonda	Nari3o	49.724,00
Tasajero	Santander (N.)	24.268,52
C3cuta	Santander (N.)	27.737,93
Las Mercedes	Santander (N.)	49.916,27
San Pablo	Santander-Antioqu3a-Bol3var	49.814,70
Sogamoso	Santander	48.000,00
Lebrija	Santander-Magdalena	49.770,00
Simit3	Santander	49.980,00
TOTAL		1.224.404,55

En este cuadro no figuran las concesiones de Barco y de Mares, por estar ellas constituidas por contratos especiales, lo mismo que las referentes a los terrenos de las de Guaguaqu3 y Ter3n, de propiedad privada, que siguen el mismo r3gimen.

VOLUMEN DE EXTRACCION

La extracci3n de petr3leo marca un noto-

rio aumento en los 3ltimos a3os, seg3n se demuestra en el siguiente cuadro:

A3os	Barriles
1949	29.676.000
1950	34.060.000
1951	38.398.000
1952	38.682.734
1953	39.430.461
1954	39.773.820

El total de la producción de petróleo en el año 1953, determinando las concesiones de origen, es el siguiente:

Concesión.

	Producción barriles de 42 galones
Yondó	14.844.491
Cantagallo	558.367
Difícil	411.250
Tetuán	106.741
Aguachica	43.845
Totumal	11.214
De Mares	12.536.924
Barco	9.331.224
Guaguaquí	1.586.405
Total	39.430.461

PROPUESTAS PARA EXPLORACION Y EXPLOTACION

El Ministerio de Minas y Petróleos había recibido desde 1931 hasta el 31 de diciembre de 1953 «seiscientos noventa y seis» (696) propuestas para adjudicación de contratos de exploración y explotación de petróleos de diversas zonas, de las cuales 438 fueron aceptadas, pero solamente 102 completamente legalizadas. Prescribieron 66 de tales contratos y quedaron vigentes en dicha fecha los 36 cuyas cifras se han especificado en cuadro anterior.

PRODUCCION COLOMBIANA RELACIONADA CON LA PRODUCCION MUNDIAL

Según índices estadísticos elaborados por el Ministerio de Minas y Petróleos, Colombia ocupó, durante el año 1955, el décimo lugar entre los países productores de petróleo en el mundo y el segundo entre los países productores de Suramérica. En relación con la producción mundial durante tal período, Colombia tuvo el 1 por 100.

RESERVAS PETROLIFERAS

Las reservas petrolíferas existentes en pozos de explotación en el país ascienden aproximadamente a 543 millones de barriles, en la siguiente proporción:

Concesión.

	Reservas de barriles Millones
De Mares	133
Yondó	250
Barco	135
El Difícil	1,5
Guaguaquí	15
Cantagallo	9

PERFORACIONES

El total de pozos perforados hasta el 28 de febrero de 1954 fué de 2.380, distribuidos en las siguientes concesiones:

Concesiones en explotación.

De Mares	1.472
Barco	381
Yondó	395
Difícil	29
Cantagallo	22
Guaguaquí	53
Tetuán	14
Totumal	9
Aguachica	5

Total	2.380
Pozos en concesiones en explotación	212
Gran total	2.592

COMPAÑIAS CONCESIONARIAS

Las principales compañías concesionarias que se encuentran operando en Colombia son las siguientes: Richmond Petroleum Company, en el departamento del Chocó; Texas Petroleum Company, en los departamentos de Bo-

yacá y Tolima; la Shell-Condor Petroleum Company, en el municipio de Puerto Wilches, en el departamento de Santander, en Remedios, en el departamento de Antioquia y en Simití, en el departamento de Bolívar, a través del valle del río Magdalena; la Empresa Colombiana de Petróleos, en los departamentos de Santander y Antioquia; la International Petroleum Colombia Limited, en el departamento del Magdalena; la Compañía de Petróleos El Cóndor, en el departamento del Magdalena; la Compañía de Petróleos del Valle del Magdalena, en el departamento del Magdalena; la Socony Petroleum Company, en la Isla de Mompos.

LEGISLACION

La ley 37, de 1931, reglamentada por el decreto número 1270, del mismo año, reglamentó toda la materia de petróleos, regulando las diversas disposiciones que venían rigiendo.

Vinieron luego las leyes número 160, de 1936, y 13, de 1937, y los decretos número 1694, de 1939; 805, de 1947; 313, de 1949; 2169, de 1950, y 072, de 1951.

El Congreso Nacional de 1952 reglamentó nuevamente la materia por la ley número 18, de dicho año, reglamentada por el Decreto ejecutivo número 2270, de 1952.

En la actualidad, el Código de Petróleos está comprendido en el Decreto legislativo número 0332, de 17 de febrero de 1953; en la Resolución ejecutiva número 65, del mismo año, y en el Decreto legislativo número 1886, de 1954.

El Código de Petróleos contiene lo relativo a exenciones y deducciones, cánones y regalías, renuncia de contratos, tramitación de propuestas, oposiciones y avisos, procedimiento en la aplicación de las disposiciones mineras, yacimientos de asfaltos, oleoductos, refinación, distribución, etc.

VICENTE GARCIA ARRAZOLA

Casa fundada en 1918

FLETAMENTOS

**SERVICIOS PORTUARIOS - ADUANAS - TRANSITOS - CONSIGNACIONES
SEGUROS - TRANSPORTES**

Casa central: TETUAN (Mohamed Torres, 4. Teléfono 2813)

Dirección telegráfica para central y sucursales: VIGARZOLA

SUCURSALES

CEUTA: Aduanas, Tránsitos, Consignaciones, Transportes, Seguros. (Plaza de Africa, 3. Teléfonos: 1717 - 3943 - 3944. Apoderado: 3490. Apartado de Correos 29.)

CEUTA: Servicios Oficiales Contratados, Seguros. (Plaza de Africa, 14. Teléfonos: 1530 - 1527.)

MELILLA: Servicios Oficiales Contratados. (Teléfono 1756. Apartado de Correos 46.)

ZONA NORTE IMPERIO MARROQUI

TANGER: Aduanas, Tránsitos, Consignaciones. (La Haya, 1-A-6. Teléfono 18847.)

LARACHE: Servicios Oficiales Contratados y Portuarios. (Muelle. Teléfono 1482.)

VILLA SANJURJO: Servicios Oficiales Portuarios. (Teléfono 225.)

RIO MARTIN: Servicios Oficiales Portuarios, Aduanas, Consignaciones.

CASTILLEJOS: Aduanas. (Teléfono 16.)



Dieciséis años tenía Carlos Ydígoras cuando marchó voluntariamente a luchar contra Rusia, a vivir estas escenas. En Possad, el Wolchow, Leningrado, el lago Ilmen..., protagonizó las hazañas de su trascendental libro «Algunos no hemos muerto», auténtico reportaje de una guerra que había de decidir los destinos del mundo.

Carlos Ydígoras y ALGUNOS NO HEMOS MUERTO

Por MANUEL CALVO HERNANDO

CUATRO nombres—se ha escrito en la prensa española e hispanoamericana—son los exponentes máximos de la literatura de guerra del siglo xx: Remarque, con *Sin novedad en el frente*; Curzio Malaparte, con *Kaput*; Theodor Plivier, con *Stalingrado*, y Carlos Ydígoras, con *Algunos no hemos muerto*.

Carlos Ydígoras es un vasco injerto en Castilla. Nace en Burgos el 14 de septiembre de 1924, de familia procedente de Guipúzcoa. Estudia el bachillerato en su tierra natal y en Madrid. También en la capital de España cursa Derecho, y asiste luego a las clases del Instituto de Investigaciones Diplomáticas de París. Pero estaba escrito que él no aprendería las cosas en los libros, sino en la vida. No tenía más que dieciséis años cuando

marchó a Rusia, voluntario a una guerra que había de decidir los destinos del mundo.

«VAMOS A VER TODO ESTO»

Fué una lucha impresionante y feroz. Una parte de esta lucha se cuenta en las páginas de *Algunos no hemos muerto*. Cuarenta y cinco mil españoles cubrían 60 kilómetros de frente ruso. Se batió como un héroe en Possad, el Wolchow, Leningrado, el lago Ilmen... Regresa a España con esa melancolía del ex combatiente, y reanuda sus estudios de Derecho. Pero la vida cómoda y burguesa no se ha hecho para Carlos Ydígoras. Cuando no le faltan más que dos asignaturas para

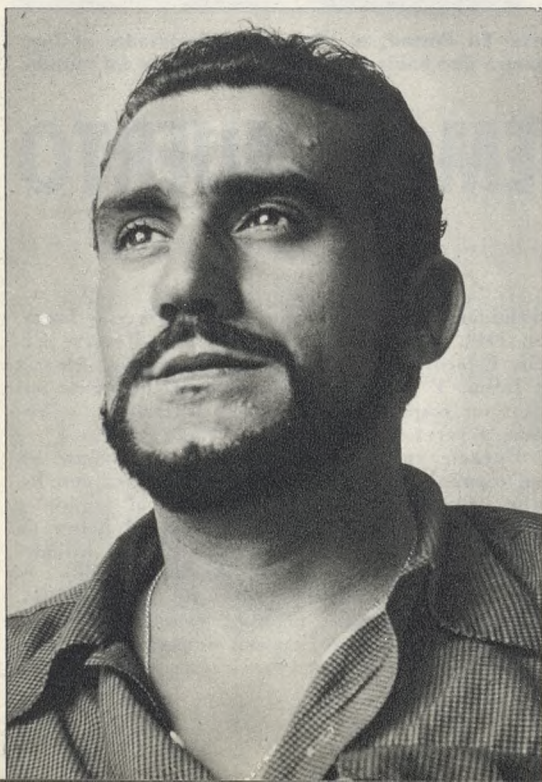
terminar, abandona de nuevo su patria y se lanza, en 1949, al mundo «ancho y ajeno». Recorre París, Estocolmo, Londres, París de nuevo, Austria e Italia. Y es en Italia donde, abriendo ante sus ojos un mapamundi, se dice a sí mismo: «¡Vamos a ver todo esto!»

Durante cuatro años y medio se convierte en un español andariego, que mira y remira con los ojos abiertos. Tres veces la vuelta al mundo y más de catorce oficios distintos son el haber de esta nueva etapa. Centenares de miles de kilómetros en barco, en tren, en camión, en mula, en canoa y, naturalmente, a pie. Ha sido soldado, marinero, estudiante, maestro, vaquero, tractorista, *cow-boy* marítimo, taxista, descargador de barcos, corrector de pruebas en una editorial, tra-



Carlos Ydígoras. Un vasco injerto en Castilla, un luchador, para quien no se hizo la vida burguesa.

Las tropas alemanas avanzan sobre la nieve, dejando atrás cadáveres de soldados rusos. Esta lucha feroz en extremo movería después la pluma de Carlos Ydígoras para lograr el hondo patetismo de su libro.



ductor, vendimiador, actor de cine y teatro y otras muchas cosas que ya se le han ido de la memoria. Conoce no sólo los cinco continentes, sino otros dos, difíciles de olvidar: el hospital y la cárcel, y no de un día.

TRES AÑOS SOBRE LA MAR

Hablamos con Carlos Ydígoras en el ambiente burgués de un café madrileño. Trae cartas extrañas, documentos en lenguas desconocidas, un certificado de haber pasado el ecuador en un barco sueco... Y le pido que cuente a los lectores de MUNDO HISPÁNICO algo de estos últimos años.

—Cuando tomé la decisión de ver qué era el ancho mundo, me hice marinero y me enrolé en un barco sueco. Tuve que vencer enormes dificultades, primero, para entrar en el recinto del puerto, y luego, para que me admitieran. Porque —no es necesario decirlo—yo ni sabía sueco ni conocía el oficio de marinero.

—¿Cómo acabó aquello?

—Acabar, acabó bien. Lo trágico fué el comienzo. La mitad de las horas de trabajo tenía que hacerlas de timonel. Las órdenes me las daba el piloto en sueco, y por si faltase algo, yo no sabía de grados ni minutos. Hasta el capitán se dió cuenta de ello—nos dice, y añade—: He vivido

cerca de tres años en barcos suecos, griegos, ingleses, italianos, pero ninguno de habla española.

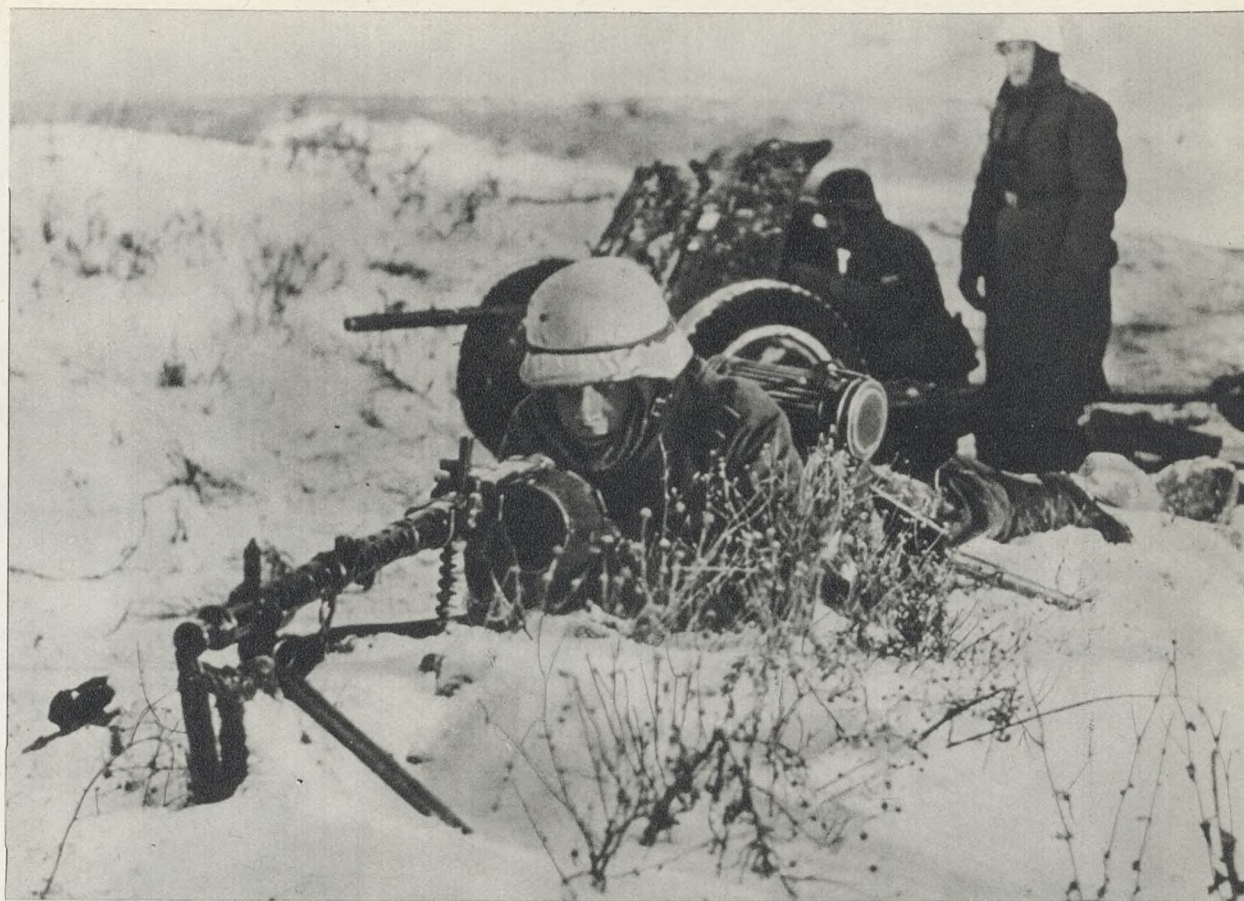
LA FIESTA DE LAS LINTERNAS

De este modo, Carlos Ydígoras ha estado en Melbourne, en Borneo, en Shanghai, en Singapur, Calcuta, en Bombay, en Beirut, en los puertos de Marruecos... Ha conocido la vida en las estepas rusas, en la pampa argentina, en el desierto africano, en los fiordos noruegos...; ha padecido el calor húmedo del trópico, el frío del desierto en la noche, los climas árticos de Narvik y los anárquicos de los canales fueguinos...

—He visto—nos dice—templos chinos llenos de bullicio, y he percibido el extraordinario foco espiritual de la religión hindú; he asistido a las prácticas religiosas de mahometanos, judíos, sintoístas, taoístas, etc. De esta última religión he presenciado la fiesta de las linternas...

—¿Qué es esto?

—Según sus tradiciones, Dios había decidido, ante la maldad de los hombres, enviarles fuego sobre la tierra. Entonces ellos encendieron hogueras, y cuando Dios miró a la tierra, creyó que sólo con el poder de su pensamiento había bajado el fuego, y no envió más. Desde entonces, los taoístas encienden todos los años las hogueras para que el dios crea que sigue enviando fuego. Esta



Arriba: Junto al antitanque, la ametralladora ligera alemana en el frío y desolado paisaje de Rusia.

Abajo: La lucha ante Sebastopol. Ingenieros alemanes vuelan los formidables cañones de 308 mm.



Después de ocho largos años de ausencia—en los cuales el autor de «Algunos no hemos muerto» dió tres veces la vuelta al mundo—, Carlos Ydígoras saluda al veterano bedel de la Universidad de Madrid.

es la fiesta de las linternas—nos refiere Carlos Ydígoras, y sigue contando—: En París me ganaba la vida una temporando escribiendo direcciones en sobres. Un franco cada sobre. Pero eran direcciones muy largas y en inglés. Hasta que encontré un tal Juan Ortega, que fué mi salvación: yo calculo que debió de recibir unos 4.000 sobres, porque desde aquel día todos fueron para aquella dirección, tan fácil de escribirla.

IMPULSADOS POR LA FE Y EL PATRIOTISMO

Ahora acaba de aparecer en España un libro cuya primera edición se agotó en Buenos Aires en tres meses. Ya en la capital argentina se habló, con motivo de la aparición de *Algunos no hemos muerto*, de «aquel racimo humano impulsado por la fe y el patriotismo». Los diarios en alemán dicen: «En este libro revivimos la guerra en la cual los españoles, con el machete en la mano y el cuchillo en los dientes, eran famosos y temidos». Es un «¡Despierta!» que llega hasta los lugares lejanos, donde algunos parecen dormir aún.» *Algunos no hemos muerto* ha conseguido interesar y apasionar en América y en España. Pronto se editará en otros idiomas, y la literatura heroica tendrá, a partir de este instante, una nueva obra maestra.





La bahía de Ceuta, que es también la ciudad, forma un arco siempre tenso, pendiente del horizonte por donde llegará la realidad asombrosa de sus azules sueños.

Origen y belleza de Ceuta, adelantada de España en Africa

LA CIUDAD SE MODERNIZA CON VIVIENDAS RESIDENCIALES, AMPLIAS AVENIDAS Y JARDINES
EL MORRO, JADU, PRINCIPE, ALMADRABA, JOVITA, BENITEZ, BENZU... PUEBLOS SATELITES QUE SERAN ANEXIONADOS

SON tan remotos los orígenes de Ceuta, que se pierden, confundidos, en la nebulosa donde se diluye la Historia con la leyenda. No se delimitan sus eras, sino que se funden íntimamente, para dejar sólo la fisura por donde penetre la fantasía y forje las más inverosímiles concepciones.

Por complicar aún más su estudio, hasta se esfuman los vestigios que pudieran servir de referencia documental. Se desconoce en su recinto toda huella de época protohistórica, y, en cambio, sus alrededores plagados están de dólmenes, menhires y demás rastros de civilizaciones paleolíticas.

El historiador que la indaga—fueron muchos y buenos—paladea así el regusto de no saber cuándo es fábula o verdad tanta originalidad como descubre en su génesis.

Si curioso es su «ayer», donde surgen Leovigildo, Don Julián, Don Juan I, Camoëns o Don Sebastián, mucho más sugestivo y atrayente es su «anteayer», con Noé, Ulises, Hércules o Calipo.

Hanon, Strabon, Euhmero, Plinio, Hecateo de Mileto y otros más la nombran admirados. Uno la localiza a continuación del Diluvio, con Set; otro considérala fundada por algún rey pastor del Egipto..., y así la hallamos como Septien, de los caldeos; Essilissa, de los fenicios; Heptadelphos, de los griegos; Septon, bizantina; Septen Frates, de Roma; Sebtsa, árabe, y Ceuta, cuando ibérica. Pero la brevedad obliga a prescindir de tan interesantísimos relatos, consignándolos tan sólo por si el lector quiere saciar su curiosidad en la copiosa bibliografía que de Ceuta existe.

* * *

Su nombre aparece en la Historia allá por el 240 antes de Jesucristo, relacionada con las guerras púnicas, junto a Lelio y Adherbal. Ya existe. Ya es real su personalidad. Escapó a la bruma mitológica para cobrar el perfil auténtico de una ciudad predestinada a sublimes coinci-

dencias. Además sabe hacerlo tan bien, que se convierte a poco en el centro de interés de una época. Quien la conoció en pleno auge musulmico la describe así:

«Ceuta era ciudad amurada, noble y de gran riqueza, comercio y población, con Universidad muy celebrada, a la que concurrían jóvenes de toda Africa. La ennoblecieron más que los romanos y los godos, porque establecieron en ella su morada personas muy principales. Fue residencia de príncipes, reyes, emperadores, y la embellecieron con palacios. Vergeles rodeaban la ciudad, embalsamándola con naranjos y limoneros; viñedos y caña de azúcar...»

Esta era la belleza de Ceuta. Conquistada por los lusitanos en 1415, pasó a ser española al incorporarse Portugal a España en aquella bendita unión que jamás debió desgajarse. Años después, al desligarse ambas coronas, Ceuta expresó su deseo unánime de seguir siendo española, por lo que el rey Felipe, para premiar su adhesión y conservar el recuerdo, dispuso que las «quinas portuguesas» permanecieran figurando en el escudo ceutí.

Y tan dichosa se sintió la plaza, que, no obstante saberse defendida por su propia geografía (al sur, el contrafuerte del Atlas, y al norte, un mar con dos nombres cargados de hispanidad), construyó el pétreo cinturón de sus murallas centenarias, aprestándose a subsistir eternamente.

RECUERDO Y ACTUALIDAD

Ceuta, situada en la parte septentrional de Marruecos y frente a Gibraltar, ofrece una configuración horizontal peculiar y armónica: constituye una pequeña y alargada península—de nombre Almina—, rematada por la suave loma del monte Hacho, donde uno de los mejores faros de España ilumina con su ángulo de luz las noches del estrecho. En el istmo, fuertemente estirado, se asienta la ciudad, ahita de cal-



Clásico minarete de la mezquita, construido con las españolas piedras de Belchite, Teruel y Alcázar de Toledo.

Gentes de todo el mundo a diario en las multicolores calles de Ceuta. Al frente, los muelles, siempre llenos.

Para defenderla, para impedir la fuga de algún preso (antaño hubo aquí un penal), y con idea de facilitar el paso de su flota pesquera de un mar a otro, evitándole así una jornada de rodeo, cortaron la franja de terreno por su parte más estrecha, convirtiéndola en isla, mediante un foso marino con puente levadizo, que la conectaba con el resto del territorio.

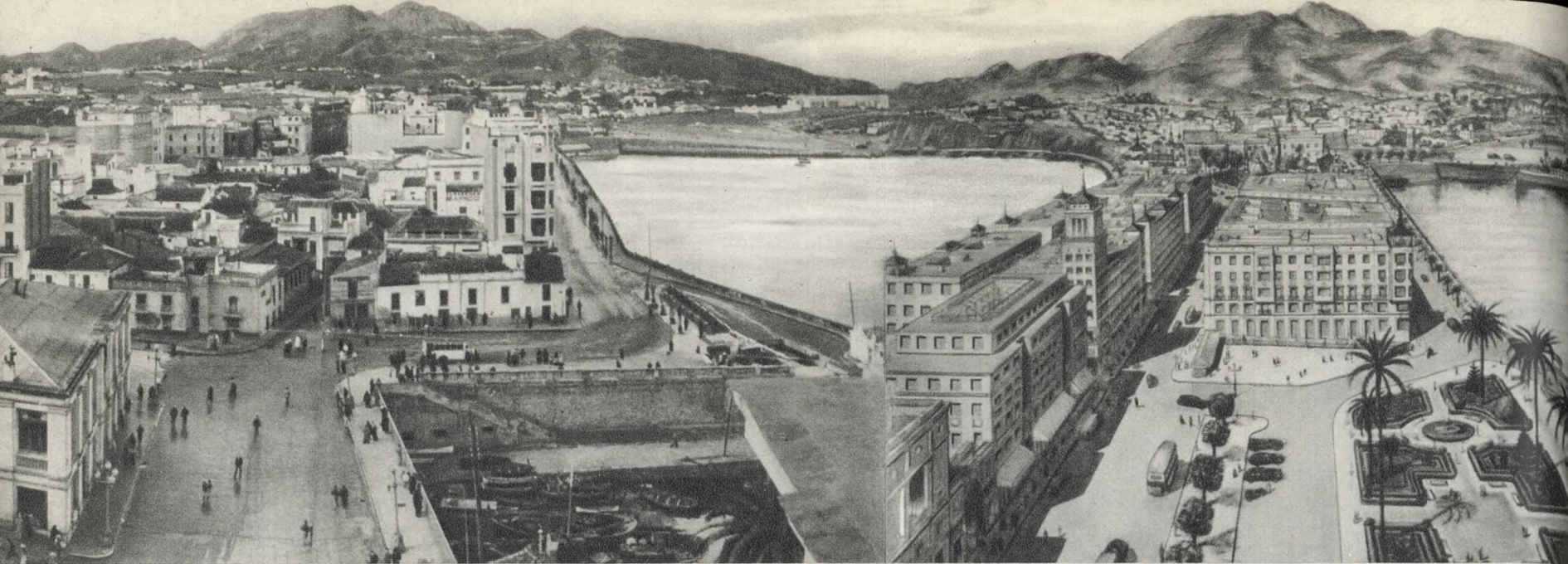
Cada mañana y tarde bajaban y subían el portalón del puente, quedando Ceuta, por la noche, aislada—nunca mejor aplicado el vocablo—del continente. Y hasta regalaba su sueño con el sordo rumor de las olas y el eco lejano de unas «soleares», entonadas con doble sentimiento por algún preso insomne.

Pero «eso» ya pertenece a un pasado remoto. Olvidó sus temores la ciudad, borró de su memoria el recuerdo aquel y supo sustituir el puente levadizo por otro amplio, moderno, de hormigón, conservando únicamente del pretérito un Cristo crucificado que se veneraba en el pasadizo. Ahora, en el mismo lugar, en una hornacina siempre con velas y flores, y saludado con un respeto que impresiona, continúa la milagrosa imagen presidiendo el paso de todos por el puente.

La ciudad no es grandiosa. Amplitudes fantásticas aquí no cabrían. Es pequeña: unos dieciocho kilómetros en total. Pero bonita. Con algo indescriptible de simpatía y atractivo..., como una mujer menudita en la que todas las gracias concurren. Así de adorable. Hay calles estrechas, de casas enjalbegadas con exceso, tejas de barro y rejas con macetas, impregnadas de solera andaluza. Rincos confundibles con cualquiera del barrio de Triana o del Perchel. Y tiene también calles grandes. El Revellín es donde el comercio, la animación y la vida local coinciden. Edificios altos con letreros rutilantes de la moderna iluminación: exótico, pero al mismo tiempo impreso de un sello genuinamente localista.

No necesitó Ceuta construir nada gótico ni plateresco, como otras regiones—para llamar la atención del viajero, que las recorre indiferente hasta tropezar con algún monumento maravilloso—, porque aquí





A la izquierda: Un panorama real de Ceuta. A la derecha: Un proyecto que será realidad inmediata y gozosa. Ceuta, sin perder su espíritu, está pronta a remozarse.



Palmeras y balcón al mar. Esta es la avenida del Generalísimo, arteria principal y paseo hasta «el Cristo». La ciudad es como una mujer menudita y graciosa.

«Tendida como el mar, como Afrodita, ya la veis indolente sultana que se reclinaba en un césped azul...» Esto dijo de Ceuta Espinosa de los Monteros.





Riada incesante de automóviles por el Revellín, a cuyas orillas se sientan los ceutíes en las terrazas de los bares, que son como los escaparates luminosos de la ciudad. El plan de urbanización de Ceuta, una ciudad histórica, necesitaba el concienzudo estudio llevado a cabo para encauzar su resurgimiento dentro del anhelo más exigente.

todo es monumental y de maravilla por naturaleza. Bella la confluencia de dos mares siempre azules con olas mansas o embravecidas; cielo añil que reverbera con carmín en ocasos insospechados; perspectivas deliciosas a cualquier luz y hora... Un monte cuajado de pinos y eucaliptos... ¡Y la ciudad!..., la ciudad con sus casas como encaramadas unas sobre otras para asomarse al puerto, que es su balcón inmenso y su regalo. Con esto tuvo de sobra. No ambicionó más.

Franco mismo ha escrito: «La naturaleza le dió todo a Ceuta.»

Y Dios le dió lo demás por añadidura.

Esa añadidura fué un régimen especial de fueros, privilegios y exenciones, mediante el cual su vida se deslizó en el más paradisíaco de los ambientes.

Perezosamente adormecida en el dulce «nirvana» de la descansada vida que cantó el poeta, se recuesta apacible sobre el mar que la arrulla, y, contemplando el arco de cielo que une a España con Africa, permaneció mucho tiempo en un narcisismo casi perjudicial en lo evolutivo, pero lleno de romántica poesía en lo ancestral e inmutable.

DIBUJANDO EL MAÑANA

En el regio salón del Ayuntamiento ceutí se ha ofrecido al público una grandiosa exposición de proyectos y planos de la Ceuta futura, la deseada. Y todo estudiado, medido, representado, con tal minuciosidad, que, al contemplarlo, el verlo en maqueta, da sensación de ser real cuanto aun no existe; como si el día soñado estuviese ya ahí, llamando a la puerta de un mañana cercano. Ello es el milagro realizado por el deseo y la satisfacción, viendo plasmado en dibujos, color y escayola el resurgir de la ciudad amada.

El plan de urbanización de Ceuta, de una ciudad histórica, necesitaba este concienzudo estudio para encauzar el resurgimiento dentro del anhelo más exigente. Y eso era difícil. Estaba construida en una ciudadela fortificada, de suelo ondulado y con desnivel hacia ambos mares, teniendo además adoptada una alineación algo anárquica en su simpático trazado, donde no hubo más índice urbano que aprovechar lo posible con originalidad localista. Aquel plano resulta ahora imposible de enmendar, al menos en la parte comprendida entre los puentes del Cristo y Almina, es decir, la más antigua. Pero queda resuelto el problema con derribar lo primitivo y construir una planta «tirada a cordel», aunque solamente en esa zona, pues lo demás ya fué subsanándose con reformas sucesivas y modernizadas.

Habrían podido quizá hacer como en otras ciudades españolas que se asfixiaban en su recinto amurallado (resto de olvidadas resistencias

cuando la Reconquista), que, demoliendo el dogal de piedra, derramáronse impetuosas por amplitudes sin término y se convirtieron así en ciudades grandes y modernas. Pero Ceuta no hace eso. Ni debe. No por cuanto puedan suponer como defensa efectiva o estratégica, pues la guerra futura, con su nueva y potente destrucción, convierte en inútil cualquier foso o muralla, sino por distinto objeto: las murallas de aquí son la medula histórica de la plaza. Los recios cantones de la ciudad, los altos vértices que hienden el mar por cada esquina, como quillas de inmóviles navíos, están plenos de encanto, con la pátina del recuerdo milenario. Este foso, surcado por gráciles barcas, de mansas y verdes aguas, cuyo fondo mandó enlosar con mármol de Carrara el genial conde de Echarny hará un siglo, es un relicario sentimental harto sublime para cegarlo. Sería aplastar con escombros la rancia solera «caballa». (En el típico argot ceutí, llaman «caballa» a lo íntimamente localista.)

Puede muy bien expansionar sus ambiciones y respetar la estructura singular del recinto, pensando en el espacio libre que le queda en el campo, a continuación de las murallas.

Esta ha sido la tónica tenida en cuenta para la proyección. Equipos técnicos de reconocida competencia han logrado dejar impreso el estudio —humano, tradicional, social y económico— que necesitaba, ordenación de tal envergadura como es transformar a Ceuta en la ciudad grandiosa, hermosísima, que responda al título de «Adelantada de España en Africa».

Sólo concebido en términos colosales y de un máximo equilibrio orgánico se pudo compaginar lo ancestral y humanístico con el futuro realista, capaz de solventar todo problema del exigente y dificultoso porvenir.

Aunque algunas de las etapas a recorrer están esbozándose y otras ya fueron superadas (nuevas carreteras, acceso a la ciudad, muelle de pescadores, construcción de soberbios y céntricos edificios e instalaciones de servicios inaplazables), queda lo más difícil y costoso: tirar y levantar; pero al mismo tiempo lo más efectivo y espectacular, que, en próximos años, constituirá el comienzo de la maravillosa metamorfosis.

Dada su configuración—ya definida al principio, hay que considerar a Ceuta como una trinidad indivisible, aunque bien diferenciada: el Hacho, la ciudad y el campo exterior.

Al Hacho, por su desnivel y recortado perímetro, únicamente se le mira como centro de atracción turística, sin pensar por un momento en extender la ciudad por sus laderas. Se transforma a base de chalets, construcciones modernas, airosas y elegantes, con la múltiple y variada característica de estas viviendas ajardinadas y residenciales. Grandes depósitos de agua y repoblación forestal, para que haya superávit de espacios verdes, cosa ya iniciada con tiempo (Pasa a la pág. 49.)



Así es de bella y luminosa la señorial plaza de San Martín en Lima. Al fondo vemos uno de sus mejores edificios, de nobles líneas: el del Gran Hotel Bolívar.



LIMA, LA CIUDAD DE LOS REYES

(1535 - 1958)

Por CARLOS MANUEL CHAVEZ

EL 18 de enero se ha conmemorado un aniversario más de la fundación de Lima, la «Ciudad de los Reyes». Así la bautizó el Conquistador, así la llamaron durante tres siglos nuestros abuelos, dando sentido de eternidad a lo perecedero. Después, la dorada ciudad virreinal, trocada en la capital republicana, reducirá su nombre, simplemente, a Lima. Nombre que para don Gregorio Marañón «tiene sabor de mujer y de fruta», y que Lope de Vega definiera como «alto, sonoro y significativo».

Poetas, pensadores y artistas, cuanto espíritu superior supo de las excelencias de la ciudad insigne, la comprendieron, amaron y ensalzaron con lírico entusiasmo; de ahí la frase nacida al conjuro de la Historia: «Lima, quien no te ve no te estima». Chocano, el «cantor de América autóctono y salvaje», le dedica sus más hermosos versos:

*¡Oh Lima! ¡Oh dulce Lima! Ciudad de los amores:
en ti sí que los tiempos pasados son mejores...
Tus fiestas y tus damas, tus cortes y tus lances,
tus glorias llenarían diez tomos de romances...*

*... ..
¡Ciudad de los amores! Tú siempre grande has sido;
por eso no te emboza la capa del olvido:
fué grande tu jolgorio, fué grande tu aventura,
y fueron también grandes tus días de amargura...*

Con título real nació de la voluntad indomable de Francisco Pizarro, el Alejandro anciano de la expansión española. Se envaneció de su opulencia de ciudad colonial, blasonada por los reyes; de la riqueza barroca de sus templos y palacios; de su predominio indiano de primera y única capital del virreinato austral; metrópoli universitaria, alma mater de la Universidad de San Marcos—que cimentó la primera piedra angular y sólida de la cultura hispanoamericana—, sede central de la académica y soñolienta cultura criolla. De ella dijo el erudito historiador chileno Vicuña Macken: «Es la primera ciudad de Suramérica y la segunda de España.»

A los peruanos de hoy nos asiste la conciencia orgullosa de no ser vanos ecos del pasado brillante, fantasmas de un magnífico pretérito abolido, sino ejecutores afanosos de la tradición profunda y palpitante, de reflejar y servir las altas ideas que plasman los (Pasa a la pág. 50.)

El embajador de España en Lima, don Antonio Gullón, acompañado de los miembros de la Embajada y de las autoridades locales y provinciales, ante el monumento a Francisco Pizarro, al conmemorarse el cuatrocientos veintitrés aniversario de la fundación de la ciudad de Lima por el conquistador del Perú.

CON EL PINTOR KRISTIAN KREKOVIC

Por FELIPE SASSONE

...Polvo, sudor y hierro,

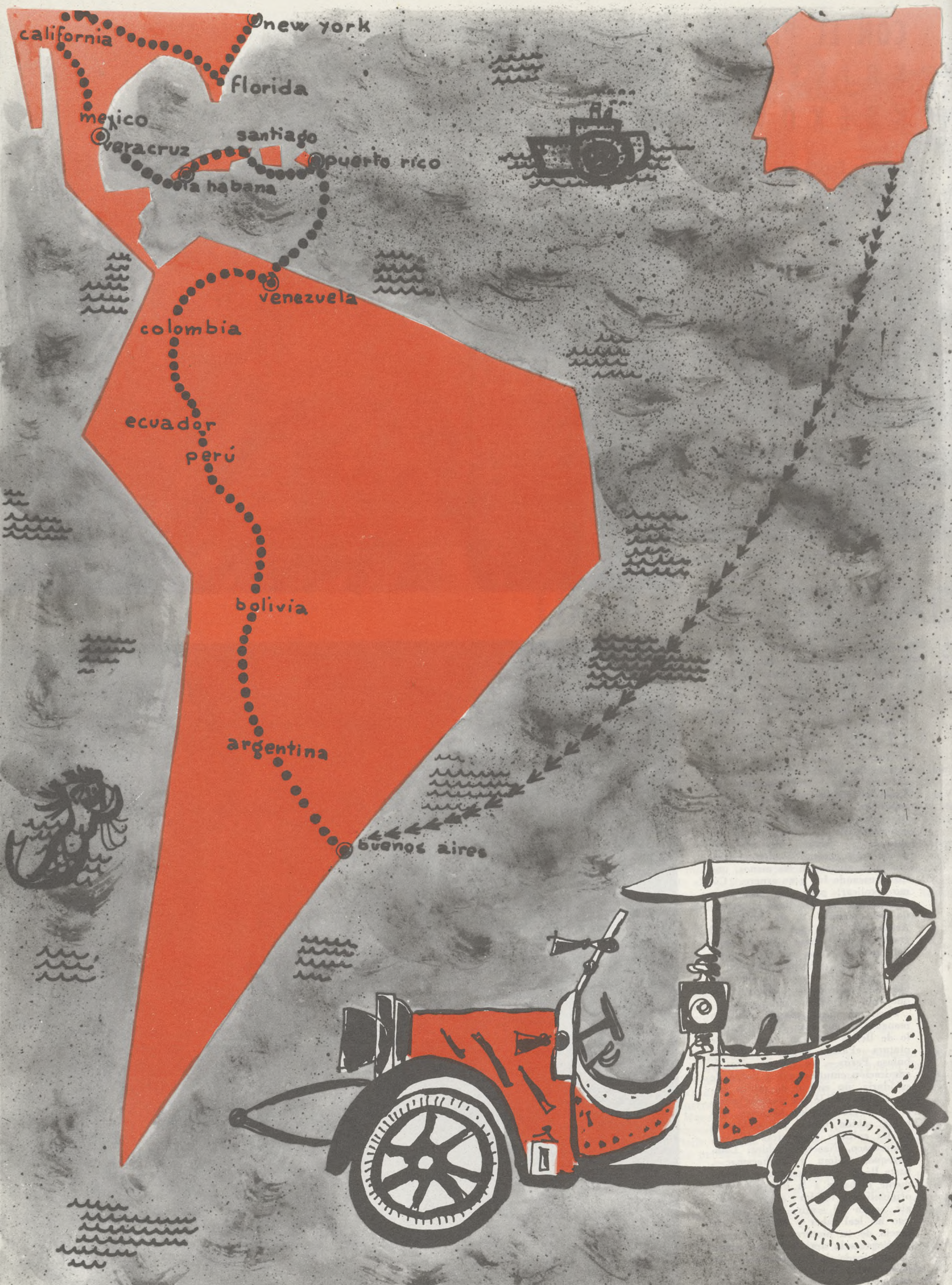
[el Cid cabalga.]

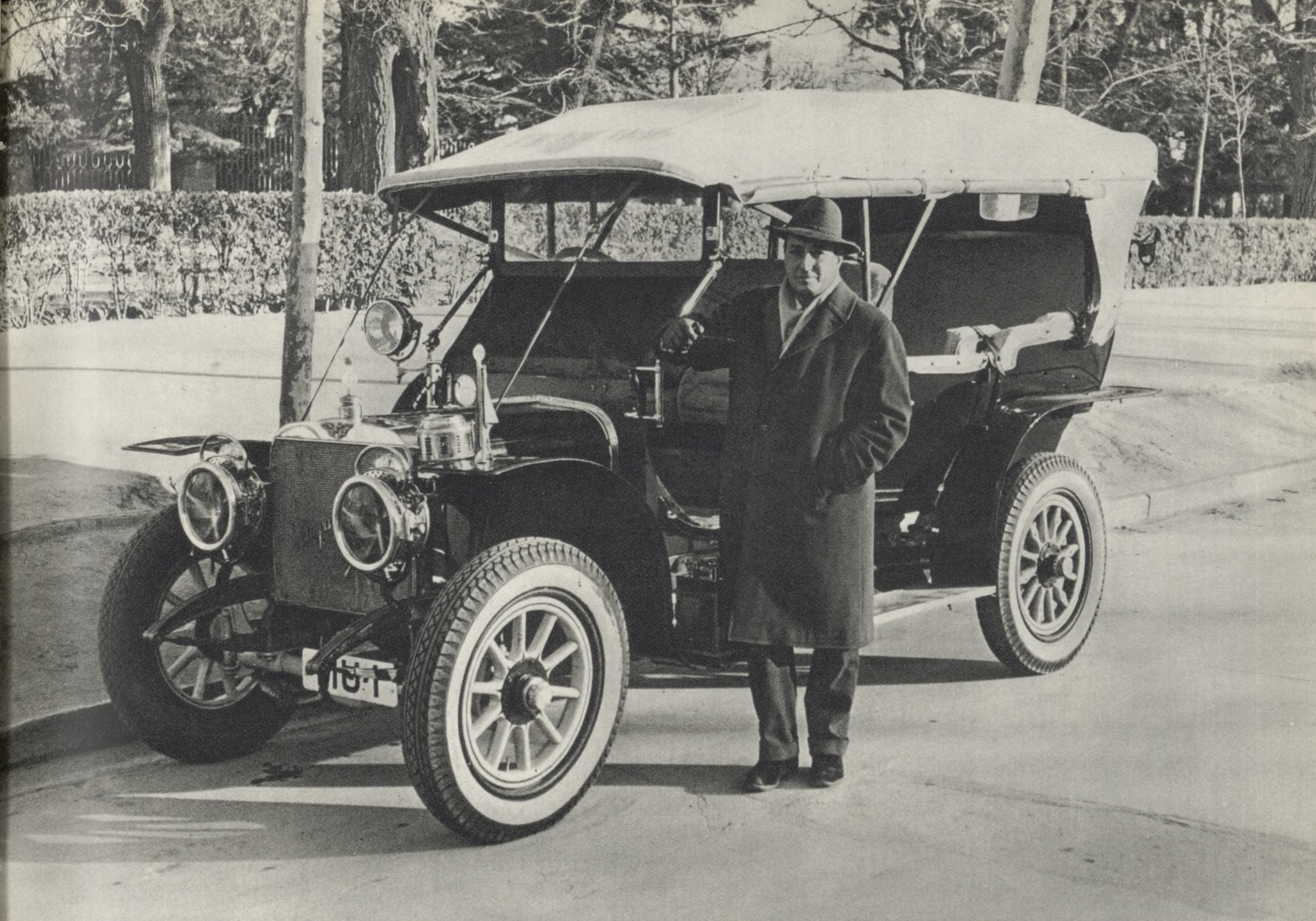
MANUEL MACHADO

POR qué me baja desde la mente a los puntos de la pluma un endecasílabo heroico de mi inolvidable camarada Manuel Machado cuando me dispongo a hablar de un pintor contemporáneo? («Polvo, sudor y hierro!») Al lector podrá parecerle una incongruencia este recuerdo del Cid y de su cantor, ya que Kristian Krekovic, cuyo es el nombre del artista en cuestión, no se ajetreó nunca en andanzas guerreras. Su inquietud viajera, ansiosa de visiones y de paisajes exóticos que pudieran regalarle una luminosidad nueva, le llevó al antiguo Perú legendario e histórico de los incas, y no fué en aventura de codicia y de guerra—a veces tanto da—, ni por exaltación religiosa; y así no llegó con cruces misioneras ni jinete y armado en trance de catequización y de conquista. Tal vez no cabalgó nunca, ni siquiera como caminante pacífico y curioso, por no llevar al ambiente adonde había sido extraño antes, el caballo, que fué, al fin y al cabo, el héroe más eficaz de la gran aventura española. Porque fueron cuadrúpedos los pioneros de la conquista, los caballos de Hernando de Soto, inexplicables centauros de fábula cierta para los indios, asombrados entre el piafar de los cascos y el estallido de los arcabuces, los que encrespaban sus crines en una mimesis altiva ante las rizadas espumas del mar nuevo y llevaron resplandores de fuego al azul, y llenaron con el agrio vibrar de sus relinchos los Andes escarpados y la Pampa inmensa. Krekovic anduvo, anduvo, anduvo, reposado, lento y paciente, según convenía a su deleitoso propósito contemplativo. Ni polvo que le cegara en su camino, ni sudor por donde se le expandiera el cansancio, ni hierro alguno en las manos, que iban buscando luz y no sangre. ¿Cómo explicar, pues, la cerebración inconsciente que me llevó al recuerdo del epígrafe? Y, sin embargo... Acaso todo fué por la magnitud grandiosa del trabajo y por lo vasto del ambiente, que me hizo pensar que Krekovic, caballero ideal en el raro pegaso de su arte, llevaba también blando escudo y dulce lanza, que eran su paleta y su pincel.

Hace un mes, cuando Kristian inauguró en una gran sala del Círculo de Bellas Artes su exposición de pintura—«Pasado y presente del fabuloso Perú»—, yo intenté, rico de admiración entusiasmada y pobre de sabiduría, un ensayo de crítica impresionista. Hablé del singular acierto de su gran sentido histórico, que había sabido captar los ambientes de las culturas preincaicas—Chavín, Tiahuanaco, Nazca, Mochica, Lambayeque, Chimu y Pachacamac—, hasta llegar a la cultura inca propiamente dicha, y a la hispánica y el originalísimo folklore actual, y elogí, según mi sentir—más y menos que mi leal saber y entender—, la gracia de su pintura, muy antigua, sin llegar a la simplicidad de estampa iluminada de los primitivos, sin aire y sin relieve, y muy moderna, sin perderse en la descomposición de los cubistas y (Pasa a la pág. 53)







Gregorio Prendes posa con orgullo ante su Hispano-Suiza. Un modelo construido en 1906, con el que se dispone a viajar desde Buenos Aires a Nueva York.

Abajo: Otro aspecto de esta auténtica reliquia del automovilismo español. Tan perfectamente original es el coche, que aun conserva la primera pintura.

DE BUENOS AIRES A NUEVA YORK CON UN «HISPANO-SUIZA» DE 1906

ESTE es el atrevido proyecto que próximamente llevará a efecto un español enamorado del automovilismo y conservador de los coches históricos del Real Automóvil Club de España. El, Gregorio Prendes, nos va a decir lo que piensa de este viaje colosal. Y nos contará también los trabajos por él realizados en la conservación y puesta a punto de los automóviles antiguos.

UN POCO DE HISTORIA

En el año 1953, el Real Automóvil Club de España celebró sus bodas de oro, y entre los diversos actos conmemorativos figuró un desfile de automóviles antiguos por las calles de Madrid. El éxito fué tal, que los directivos del veterano Club decidieron desde entonces recoger y restaurar todos los coches que fueran in-

teresantes para en su día fundar un museo.

En aquel desfile figuró un Mercedes de 1904, por el que se interesó la fábrica alemana, ya que se trataba del único coche existente de ese tipo. Invitados por la Daimler-Benz, recorrimos toda Europa Occidental y visitamos la fábrica de Stuttgart, cubriendo en total más de 6.000 kilómetros en cincuenta días sin el menor contratiempo.

Pese a que, tarde o temprano, los coches han de ir a «reposar» a un museo, nuestra intención es que todos funcionen, ya que para eso ha sido concebido el automóvil. Porque no hay duda de que sus propietarios, lo mismo en España que en otros países, disfrutaban más celebrando desfiles, excursiones y rallies que dejándolos languidecer en una exposición o en un garaje.

Por el momento, son más de 40





El Fiat de 1906 con el que viajó Gregorio Prendes desde Madrid hasta su fábrica de origen, en Turín (Italia), haciendo un recorrido de más de 5.000 kilómetros. A su regreso, desfilando en Oviedo en el Día de América en Asturias.

los automóviles anteriores a 1914 que se han vuelto a poner en funcionamiento.

En el año 1955, con ocasión de celebrarse en Madrid la clásica subida al puerto de los Leones de Castilla, y aprovechando que el primer automóvil que en 1900 había efectuado ese recorrido figura en nuestra colección, decidimos repetir—y por cierto, con éxito completo—la experiencia. Se trata de un coche francés Delahaye, de 1898, con dos cilindros, transmisión por correas, que fué legado en testamento por el conde del Valle al Real Automóvil Club de España.

En el año 1956 fuimos con un Fiat de 1906 a su fábrica de origen, en Torino (Italia), haciendo un recorrido de algo más de 5.000 kilómetros. Regresamos por Asturias, y par-

ticipamos en el desfile que anualmente celebra Oviedo con motivo del Día de América en Asturias. Por cierto que subimos el duro puerto de Pajares sin el menor inconveniente, y efectuamos el recorrido Oviedo-Madrid en diez horas.

El mismo año, en el mes de noviembre, invitados por el Veteran Car Club of Great Britain, participamos en la clásica prueba anual Londres-Brighton (90 kilómetros) con el coche número 1, es decir, el más antiguo de los 232 que se presentaron, todos anteriores a 1905. El nuestro es el famoso «Don Quixote»: un Panhard-Levassor de 1893, con llantas de hierro, que es, sin duda, el más viejo del mundo, que funciona normalmente. Hizo el recorrido con toda facilidad en poco más de cinco horas, ante cerca de tres millones de espec-

tadores estacionados a todo lo largo del recorrido, y ocupó el puesto de honor en el desfile de Brighton, que se celebró a continuación.

En 1957 fuimos también invitados para participar en los rallies de veteranos en Neckarsulm y Bad-Homburg (Alemania), en Le Mans (Francia) y en Como (Italia). Para estos cuatro rallies usamos un automóvil Renault de 1908, de seis cilindros, con el que recorrimos en total algo más de 12.000 kilómetros, regresando también de Italia vía Asturias, para de nuevo participar en el desfile del Día de América.

EN BUSCA DE UN HISPANO

Todos estos viajes los hicimos con coches alemanes, franceses e italianos. No disponíamos de un Hispano-

Suiza, que parece lo más indicado para representar a España internacionalmente, y no descansamos hasta encontrarlo. Recientemente, y después de laboriosas gestiones, conseguimos adquirir lo que hoy consideramos para nosotros el mejor automóvil del mundo. Se trata de un Hispano-Suiza construido en 1906, y tan perfectamente original, que aun conserva su primera pintura.

Podemos hablar de la Hispano-Suiza sin que suene a propaganda, puesto que ya no fabrica. De sus productos puede decirse—como reconocen los historiadores ingleses—que fueron en su época lo mejor del mundo. Tan sólo comparables a los de la marca Rolls-Royce, pero muy por encima de los que se fabricaban en los demás países. No ha habido, según ellos, un coche construido con la precisión de relojería del Rolls, pero tampoco ha habido ninguno con el rendimiento del Hispano.

Hacer historia de la Hispano-Suiza sería laborioso; pero sí recordaremos que, en la primera guerra mundial, el ochenta por ciento de los aviones de los aliados llevaban motor Hispano, y que hace más de treinta años, Jiménez e Iglesias, en el *Jesús del Gran Poder*, y Barberán y Collar, en el *Cuatro Vientos*, cruzaron el Atlántico con motores de nuestra marca. ¡Ya son expresivos los datos!

Nuestro automóvil es como el «abuelo» de todo aquello, y el modelo es además igual que el primer Hispano que tuvo Don Alfonso XIII, experto automovilista, que en adelante lo adoptó como su marca favorita.

CON MIRAS A AMÉRICA

¿Por qué no decirlo? Desde que hicimos el primer viaje a Alemania soñamos en recorrer los países hermanos de América, aunque las carreteras no sean siempre tan buenas y sí las distancias tan fabulosas. Lo único que no nos decidía era el no poder ir con un coche netamente español, porque a los españoles de allá había de satisfacerles el recordar que, cincuenta años atrás, en España había buena mecánica. Y tampoco estaría mal hacerlos recordar a los norteamericanos que, en contra de la creencia general, no fué el Ford el primer automóvil, como piensan algunos por aquellos países.

Conocemos ya, por haber vivido en América durante diez años, parte del recorrido de Suramérica y Cuba, México y Estados Unidos, y estamos seguros de que el Hispano-Suiza, con su motor de gran potencia y robusto, aunque no rápido, hará sin dificultad los 20.000 kilómetros, aproximadamente, de que consta el viaje.

El proyecto es desembarcar en Buenos Aires, y de allí partir hacia el norte; cruzar Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia y Venezuela. En Venezuela embarcar hasta Puerto Rico, y nuevamente de allí a Cuba, para recorrer toda la isla, desde Santiago hasta La Habana. Nuevamente embarcado, a Veracruz, para subir a México, y de allí a California, volviendo a Florida por el mal llamado Spanish Trail (el Camino Español), recorrido por los conquistadores españoles. Y de Florida a Nueva York.

No pretendemos hacer ninguna heroicidad. Quienes vivimos el deporte del automovilismo sabemos que, en 1905, hubo quien fué de París a Pekín en automóvil y que, aproximadamente por aquella época, ya hubo quien dió la vuelta al mundo, si bien es verdad que, además de los inevitables trayectos por mar, utilizando bastantes veces el tren.

Lo que sí pretendemos es llevar un saludo de España a todos nuestros compatriotas de América y a quienes, por descender de nosotros, sienten como propio todo lo que sea español.



BANCO IBERICO

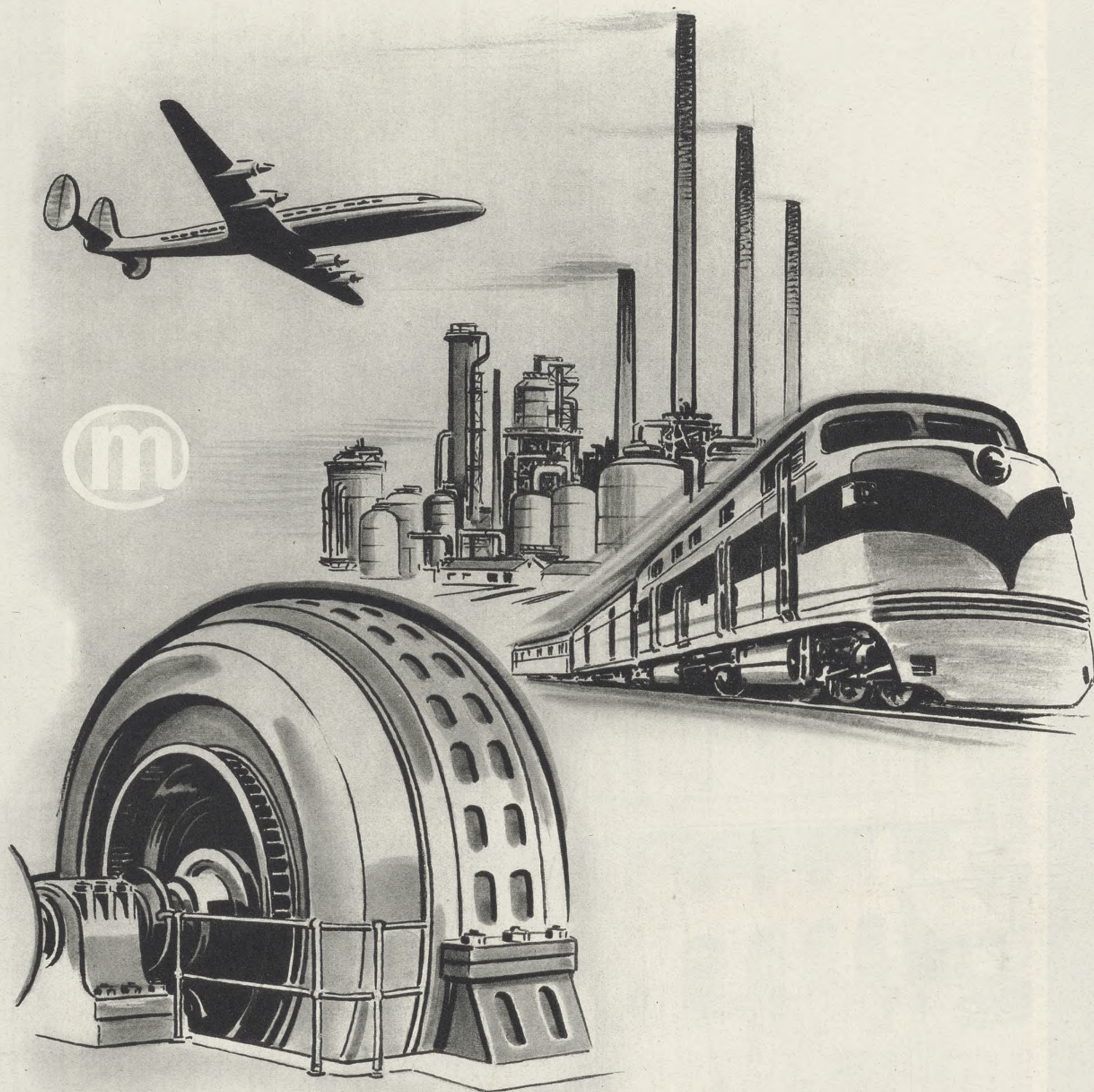
CAPITAL: 80.000.000 de pesetas
RESERVAS: 48.500.000 » »

REALIZA TODA CLASE DE OPERACIONES BANCARIAS

CASA CENTRAL: MADRID - Avenida José Antonio, 18 - Teléfono 21 10 70 (8 líneas)
SUCURSAL EN BARCELONA - Avenida José Antonio, 629 - Teléfono 22 46 40 (5 líneas)

DIRECCION TELEGRAFICA: BANKIBER

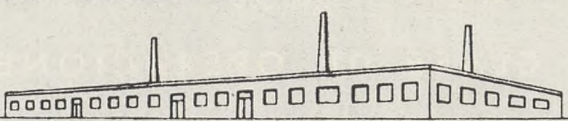
(Aprobado por la Dirección General de Banca y Bolsa con el número 1.965)



Toda la industria usa CARBONES ELECTRICOS

GELTER

Fábrica:
MADRID
Antracita, 10 al 16


C. Móstoles S.A.
GELTER MARCAS REGISTRADAS 

Fábrica:
BARCELONA
Esplugas del Llobregat



ATAULFO ARGENTA, DIRECTOR MULTITUDINARIO

EL MAESTRO DEL QUE AMERICA HUBIESE HECHO UN IDOLO

Por ANTONIO FERNANDEZ CID

HA sido tan grande el estupor dolorido que la muerte de Ataúlfo Argenta causó en la familia musical española, es tan rica su personalidad de artista, que por fuerza los comentarios se multiplican, diversificándose los ángulos y puntos de partida. Entre otras cosas, porque ni aun el más amplio y detenido trabajo periodístico puede recoger todas las facetas que perfilan su figura, que—el símil se utilizó en justicia mucho—se diría desprendida de un cuadro del Greco; que, en el momento de recrear con su batuta lo por otros compuesto, parecía transfigurado, como dueño de un misterioso talismán que imantaba primero las voluntades de sus profesores; inmediatamente, las de todos sus oyentes.

No hace sino meses que, como huésped del Departamento de Estado norteamericano, recorrí aquel país, en busca del mejor conocimiento de su actividad musical. Fué entonces, al descubrir a sus orquestas, sus públicos, sus marcos y organizaciones, cuando pensé que Ataúlfo Argenta

sería maestro ideal para ese ambiente, tontamente desdeñado por muchos que, sin conocerlo, se afirman pontífices del viejo clisé de la civilización europea, sin querer saber nada sobre un Nuevo Mundo con poso y peso ya de muy nobles ambiciones y medios envidiables.

Pensé, digo, en Argenta y en que, salvo un viaje a la Argentina casi en los comienzos de su carrera, no había realizado la experiencia de América.

Ahora, en el dramático recuento biográfico, cuando saltan al recuerdo los datos de triunfos en toda la geografía musical europea, de Berlín a Londres, de Viena a París, Suiza, Bélgica, Italia, he vuelto a recordar con tristeza que en Norteamérica no pudieron conocer directamente la personalidad de Argenta, siquiera sólo a los tres días de mi entrada en el país me sorprendiese muy satisfactoriamente un largo artículo del *New York Times* sobre los discos de zarzuela española y la espléndida labor directorial de Ar-

genta. (Y he aquí otro tema, entre paréntesis: el disco, documento que impide olvidos y desconocimientos y concede al intérprete una medida de futuro que jamás tuviera.)

Argenta, director apto para despertar pasiones sin cuento entre los aficionados y profesionales de los Estados Unidos. Y ahora veamos por qué.

Hay directores de suma calidad artística, en los que destaca fundamentalmente la tarea, importantísima, del ensayo y la preparación previos. En esas fechas anteriores al concierto, la sala de trabajo se convierte en un laboratorio, en el que todo se aquilata y depura. Luego, en el concierto, las versiones son de extrema pulcritud, siquiera no den la medida emocional, ni aun la espectacular. Se trata de artistas de relativo «gancho» ante los oyentes, a los que pueden llegar a vencer, pero sin arrebatárselos. Hoy la dirección de orquesta se ha convertido en un espectáculo. Se va a «oír», pero también «a ver». El maestro es el «divo». Todo cuanto le rodea parece disponer-



se a su servicio. El menor gesto se vigila. Desde la entrada, el saludo, el ataque, la expresión, el juego técnico y la correspondencia final a las ovaciones.

Tal estado de cosas ha conducido a petulancias y excesos culpables, en que el director, convertido en pavo real, no es sino un modelo de vanidad, que, afectado, externo, se sirve de las obras a su propia conveniencia y abandona líneas para lograr efectos. Vemos así a muchos maestros de nulo contenido musical, capaces, en primeros y hasta segundos contactos, de sorprender y arrebatar a los espectadores. Un tanto por ciento de memoria, más o menos verdadera—que a veces basta con seguir una línea melódica—; otro de sangre fría y estética, para la que no es ajeno el espejo, son el bagaje de ciertos simuladores, incluso más afortunados que el maestro de sólido concepto y menos feliz apariencia externa.

El ideal surge cuando el artista con preparación auténtica y voluntad de entrega a la música elegida tiene al tiempo la capacidad de atracción directa, de seducción multitudinaria, que conduce a

los plebiscitos de adhesiones abrumadoras y unánimes.

Ataúlfo Argenta, director que llega a esta disciplina luego de una vida profesional muy azarosa y difícil; pianista de clase y violinista de menor entidad, luce, cuando se pone por vez primera al frente de los profesores, una particular autoridad. Hay mando, porque el gesto es contundente. Hay belleza estética, porque el gesto es eficaz. Hay brillantez, porque el rector es hombre joven, de aventajadísima estatura. Hay comodidad para el oyente—saber que todo irá bien, que no hay vacilaciones y peligros—, porque los primeros en sentirse a gusto son los profesores. Y todo ello, venturosamente, para que las mejores músicas resplandezcan dentro del estilo adecuado.

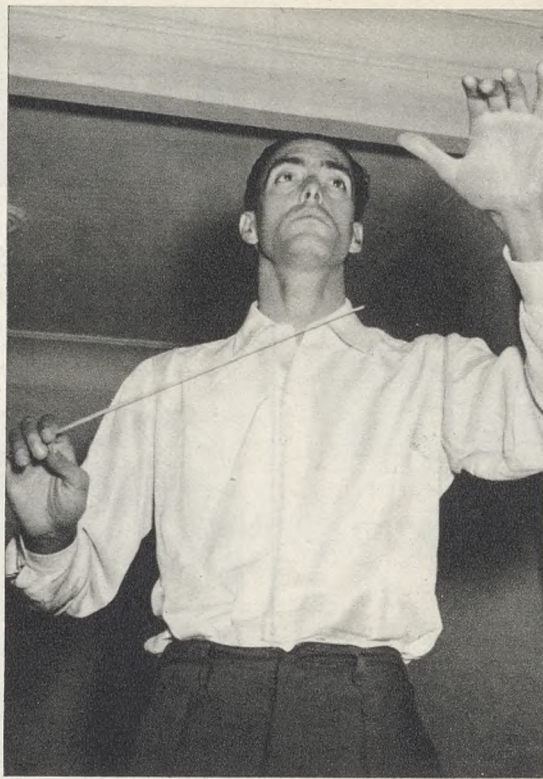
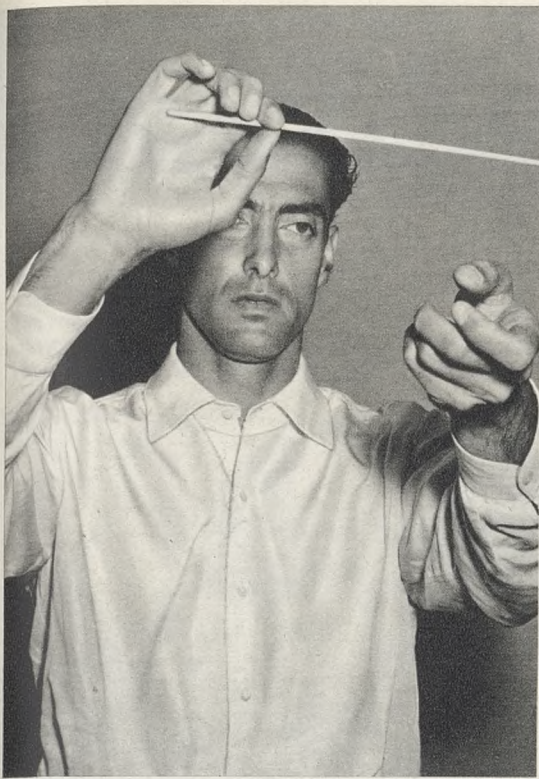
En América pude comprobar que hay un cierto vicio de velocidades rítmicas. Argenta, capaz del dinamismo y el aceleramiento máximo, conservaba, en cambio, un especial respeto a los *tempos* remansados, en que todo canta y expresa con arreglo al ideal sentido por los autores. Pero nunca

en él se daba la sensación de pesantez, de que el discurso podía caerse, derrumbarse por precipicios de sopor.

Luego, claro, otras calidades adquiridas en años de práctica y trabajo: la técnica directorial, que permite un exquisito y nada fácil tacto sonoro para el empaste de timbres; la sensibilidad para el contraste: nervio, ternura, expresión, acento; la ductilidad, que permite abordar todos los estilos; el garbo castizo, que anima las partituras españolas, y el sólido sentido formal, que construye los monumentos insuperables del sinfonismo germano...

Después, la figura. Alto, de brazos muy largos, afilados los trazos, los ojos parecían salirse de las órbitas al ordenar pasiones; las manos se dirían con independencia absoluta al aclarar medidas encontradas; el cuerpo, sólidamente asentado, apenas se movía, para que brazos y cabeza obtuviesen los resultados convenientes.

Sí; Argenta era un típico ejemplo de director contemporáneo, con esencias de completo «divo», ídolo de multitudes. Pero antes, de director tra-



«Ataúlfo Argenta y las nueve sinfonías.» Este fué el reportaje que publicó MUNDO HISPANICO en su número 69, correspondiente al mes de diciembre de 1953. «El meridiano de la música sinfónica en España—decíamos entonces—pasa por unas barbas venerables, una cabellera clara y rizada y una enjuta y nortea figura de jóvenes facciones. Hablamos de Enrique Fernández Arbós, Bartolomé Pérez Casas y Ataúlfo Argenta. Tres nombres clave en el repertorio nacional de directores de orquesta.» En la foto de la derecha, correspondiente a la página tercera del reportaje, vemos a Ataúlfo Argenta con el gran guitarrista español Andrés Segovia.



dicional, que nace en la música y de ella sabe arrancar las razones de su legitimidad. Por eso creo en su extraordinario triunfo americano. Porque habrían descubierto al director para muchedumbres y sentido al artista capaz de hablar uno a uno a sus oyentes con la voz persuasiva de la musicalidad y la emoción expresiva.

Ya nada es posible. A los que le admiramos, a los que fuimos destinatarios de su esfuerzo ejemplar, nos queda la evocación. A los demás, el refugio en unos discos ya convertidos en documento histórico, exponente de una época en que España consiguió el punto culminante de sus aportaciones en la dirección orquestal.

BREVE NOTA BIOGRAFICA DE ATAULFO ARGENTA

Ataúlfo Argenta nació en Castro Urdiales (Santander) en 1913. Su padre era el jefe de estación en dicho punto. De gran sensibilidad para la mú-

sica, impulsó pronto al estudio del solfeo y el piano a su hijo, que desde los seis años cultiva estas disciplinas y, en menor escala, también la enseñanza del violín. A los doce años celebra su primer concierto y se traslada a Madrid, en cuyo Conservatorio cursa toda la carrera, que concluye con premios extraordinarios. También ha de realizar en Bélgica un curso de virtuosismo. Luego puede verse a Ataúlfo Argenta en la vida azarosa del profesional, como pianista de café, de fosos líricos, de misiones múltiples como acompañante, al tiempo que actúa de maestro interno de campañas operísticas y realiza sus primeras experiencias de director con una orquesta estudiantil.

Nuestro Movimiento coge al músico en pleno desarrollo de un contrato por tierras de Galicia. Es movilizado y sirve en el frente de Madrid. Luego, al concluir la guerra, siguen sus trabajos en Madrid, en donde inicia su carrera de concertista de piano hasta que una beca le permite el traslado a Alemania. Es allí en donde por vez primera conoce la celebridad como protagonista de recitales y conciertos y también como pedagogo.

Es el rigor de la guerra, en sus últimas etapas, el que obliga al retorno. Poco después gana unas oposiciones a la plaza de piano, celesta y timbres en la Orquesta Nacional. Y a los meses, luego de un concierto a guisa de experiencia, se le nombra director de la orquesta de Radio Nacional, con la que desarrolla una actividad decisiva para su formación; de la Orquesta de Cámara de Madrid, en sus magníficas series del Español, y, por fin, de la Orquesta Nacional de España, a la que lleva a triunfos incluso allende fronteras, mientras para su arte excepcional no existen. Puede afirmarse que en diez años Argenta se había convertido en una de las figuras cumbre de la dirección universal, cuando, por la juventud, tanto podía esperarse de él. La muerte repentina, pocas horas después de una de sus más gloriosas actuaciones—como director de «El Mesías», de Haëndel, con la Orquesta Nacional y el Orfeón Donostiarra—, ha causado viva consternación en los ambientes musicales. Con Argenta desaparece la figura más representativa de nuestra posguerra.



no en ochenta días



EN OCHENTA SEGUNDOS, el

BANCO EXTERIOR DE ESPAÑA

le orientará en sus operaciones

- Una amplia experiencia.
- Una organización especializada.
- Una red de filiales en el extranjero.
- Una extensa relación de corresponsales.

Todo al servicio del comercio internacional



Oficina principal: Carrera San Jerónimo, 36 - Madrid

Dirección telegráfica: EXTEBANK - Telex.: n.º 41

Extebank Madrid

PAISAJE Y

Las más importantes ciudades españolas están conociendo, precisamente ahora, cuando este número de MUNDO HISPANICO llega a tierras americanas, la Exposición de Paisajes Cubanos, que, patrocinada por la Compañía Cubana de Aviación, fué presentada en Madrid recientemente. En la inauguración, el gran escritor Jorge Mañach pronunció la bellísima conferencia cuya primera parte damos en nuestras páginas, y a las que sirven de ilustración tres de los excelentes cuadros expuestos.



PINTURA EN CUBA

Por
JORGE
MAÑACH

De La Habana ha venido un barco cargado de...

Pero no; no ha sido un barco, sino un avión de «La Cubana», quien ha traído a España una veintena de cuadros con paisajes de mi tierra. Para celebrar tan fausto acontecimiento, como dicen las crónicas, se me ha pedido que les hable a ustedes sobre «Arte pictórico cubano», y así lo prometen anuncios e invitaciones. No habrá más remedio que hacerlo brevemente después, aunque el tema sea algo desmedido. Mas lo que el alma antes me pide es otra cosa. Me pide que, asistido de vuestra imaginación y mi memoria, ensaye mi propio vuelo de palabras hacia el querido escenario lejano de donde esos pintores sacaron sus imágenes.

En guardia contra los excesos de alabanza a que la nostalgia expone, empezaré por decir que Cristóbal Colón exageró un poco al proclamar a Cuba la tierra más hermosa que ojos humanos vieran. Claro está que el globo es demasiado grande y pródigo en bellezas naturales para autorizar tamaños superlativos. El Almirante de la Mar Oceana fué el primer gran publicitario de los tiempos modernos, y si sus cartas y su diario, cuando relatan el descubrimiento, muestran el natural arrebatado de entusiasmo ante el mundo nuevo que su genio sacó a relucir, no abundan menos en hipérboles calculadas para deslumbrar a sus consignatarios y destinatarios españoles.

Sin embargo, tampoco es cosa de negarle por entero la veracidad de su dicho al primer gran testigo europeo de América. Aquella costa de Bariay, al norte y oriente de Cuba, que fué lo primero que Colón vió de la isla, se alza, en efecto, con una trémula dulzura de torso femenino yacente. Desde la inmensa bahía de Nipe—que, en realidad, son tres bahías en una—hasta Baracoa, cerca ya de la punta oriental, el azul intenso característico de la mar del Golfo se torna, según yo lo recuerdo, como nacarado y casi lechoso. Es mar batida, que se mete por entre cayos y rocas, formando hirvientes ensenadas, y sólo a trechos se deslía en el nítido festón de alguna playa. A lo lejos, el lomerío es de un tenue verde azulado y plácidas ondulaciones. Hay que acercarse ya mucho al extremo oriental de la isla para percibir un bronco perfil de montañas. Una de ellas tiene, cerca de Baracoa, la forma de un yunque, y así la llaman. Por allí abre otra vena de dulzura el bien llamado río Miel. Las anchas ramas en ojiva de los bananos, las pencas de los cocoteros graciosamente inclinados, las opulentas matas del cacao forman, desde sus orillas, un dosel sombrero. Por uno de esos tropicales arcos de triunfo poderosos, si les parece a ustedes, internarnos en la tierra cubana.

Las seis provincias cubanas

Administrativamente, Cuba tiene, como es sabido, seis provincias. Bucólicamente, las zonas rebasan esos linderos, fundiendo partes de unas provincias con otras en un mismo paisaje físico y hasta humano.

La región oriental es la única de cierta violencia, no demasiada. Solemos llamarla «el indómito oriente». Con ello se alude, desde luego, a su fibra rebelde, a que fué cuna de revoluciones y Maceos; pero también a lo que cría en las gentes

ese espíritu, a lo indomeñable y abrupto del paisaje mismo. Es la zona más montañosa de Cuba. Por el sur de ella, algunos picos de la Sierra Maestra ponen, en pleno trópico, la paradoja de sus cimas envueltas en niebla. Decía Martí que en aquella región las palmas son como más altas. No parecen allí, sin embargo, tanto como en el resto de la isla, las protagonistas del paisaje. Es que las montañas las reducen como a escarapelas prendidas a sus laderas, y a veces se las ve sacar de la espesura penachos frenéticos, como braceando del sofoco de la selva.

Porque Oriente es la parte de Cuba donde aun quedan esas cosas primigenias: bosques vírgenes, de húmedos hervores; estribaciones volcánicas de «fuego andino», que a veces hacen temblar ominosamente el suelo; majases que se sorben jutías enteras, venados raudos que no renuncian a su libertad. La tierra es allí, por lo común, prieta y espesa, o bien roja, con un rojo como de sangre seca a la sombra, o de llama viva cuando la enciende el sol. Es la tierra que da los frutos más fragantes, como el café y el cacao, y las maderas preciosas de nombres sonoros—guayacán, jiquí, ácana, quiebrahacha, júcaro, sabicú, caoba—, que sirvieron antaño para las puertas escurialenses y los anaqueles sevillanos de Indias, y algunas de cuyas especies se disputan todavía hoy los armadores de todo el mundo para los timones más finos de sus barcos. Por doquier se abre esa tierra en simas tremendas que guardan en su seno los minerales más recios, como el hierro, el cobre, la diorita... Del Cobre se llama precisamente el santuario donde se venera, entre aquellas montañas, la pequeña Virgen mulata, que es la Patrona nacional.

Porque en cierto modo Oriente condensa y extrema a la isla entera, arrogándose el espíritu de ella. Los de la capital de la provincia no dicen que son de Santiago, sino «de Cuba». Por allá se dieron, para todos los cubanos, los «gritos» mayores de la independencia. Recios e intensos, los orientales, en general, le van bien a su paisaje. Son criollos de varia raíz blanca, a veces entreverados del indio taíno, siboney o caribe, que todavía en ciertas zonas se les asoma muy visiblemente a la greña lacia y a la cara cetrina de ancho pómulos. Otros, y no pocos, son negros netos, de brillos azules en la tez y de hablar sosegado y sentencioso, que maravilló a Martí cuando anduvo por allá, en las vísperas de la muerte, recaudando fervores para la guerra decisiva y sin odio. Muchos, en fin, son mulatos de media sangre catalana o francesa, de los franceses que, a principios del siglo pasado, huyeron de sus dotaciones sublevadas en Haití, y cruzaron el poco de mar entre las dos islas para ir a levantar cafetales en Oriente. Sobre la tez quemada, los ojos azules de esos mestizos recuerdan un poco la ceniza en el tabaco. De las mulatas, lumbre pura, más vale no hablar.

Del Baracoa al Camagüey

Los pueblos del Oriente cubano rechazan toda uniformidad. Baracoa, la villa primada de la isla, es casi un milagro fuera del mundo, incomunicada como está por las montañas. Acunado también entre las cumbres y el mar, Santiago tiene una voluptuosa cordialidad, templada de rones y ritmos. Manzanillo y Guantánamo son ardientes y levantiscos, con espíritu más popular que la seño-

ril Bayamo, la Numancia cubana, que todavía muestra al sol los muñones quemados de un holocausto heroico. Por el norte, todo se emblanquece un poco y se ve más la huella hispánica; por ejemplo, en la lindas acuarelas de Gibara y Puerto Padre. Banes tiene mucho residuo indio. Tierra adentro, Holguín es eso que su nombre sugiere: todo holgura, una provincia casi él solo. Pero ya por sus llanuras espaciales y por las de Victoria de las Tunas se va saliendo a otra región del paisaje cubano: al Camagüey.

Tierra de sabanas, de cañaverales inmensos y, sobre todo, de potreros, como por allá decimos. Camagüey es un poco la pampa cubana, con sus altos herbazales salpicados de palmas pequeñas e hirsutas, que se hinchán a medio tronco. Tierra de ganados, sabia en todas las viejas artes de la doma y la monta, servidas por peones de ancho sombrero de yarey, polaina enjuta y breva al labio, que hablan de «vos», como en las otras pampas del Plata.

Con todo y ser tierra tan abierta, la tradición se ha conservado allá casi herméticamente. De los primeros conquistadores en fundar por aquellas llanuras fué un personaje impetuoso de nombre épico: Vasco Porcayo de Figueroa. Señor de fusta y palenque, es fama que distribuyó su tiempo y sus energías entre matar indios y amar indios. El sólo pobló, según se dice, toda la región... Sin embargo, los camagüeyanos pueden blasonar de más claros linajes. Segundones hidalgos afinaron también por allá, estableciendo familias patriarcales, que se casaron entre sí, vedando lo indio y lo negro. Llamaron a la región Puerto Príncipe. Tuvieron Audiencia ilustre. Andando el tiempo y las ideas, dieron en la flor neoclásica de bautizarse con nombres griegos y romanos. En Puerto Príncipe se escribió, a principios del xvii, un poema cuasi épico—octavas reales sobre un tema de pírrica—y los primeros sonetos a lo criollo. De allá salieron, mucho más tarde, la Avellaneda—típica de las bellezas opulentas de aquella tierra—, un costumbrista que logró la construcción del primer ferrocarril de Cuba, un marqués de barba fluvial que liberó a sus esclavos cuando la primera guerra de independencia, un abogado romántico—Agramonte—, cuya caballería la sirvió con un largo fulgor de machetes, y un filósofo que en aquel rincón antillano llegó a familiarizarse con casi todo el saber de su tiempo: Enrique José Varona...

Pero yo no me propongo hablarles a ustedes de personalidades egregias, sino de tierras y gentes sencillas. En Camagüey, las poblaciones de algún tamaño son escasas, como si la llanura tendiese a dispersar lo humano. Aquí y allá, las grandes centrales azucareras alzan sus chimeneas por encima de los mares de caña. Los nombres criollos sobre los vastos techos de cinc de esos ingenios ocultan los de las razones sociales que los poseen, algunas con sede en Nueva York; pero a la sombra de ellos hierven de cubanía las pequeñas comunidades de los bateyes. Algunos de los pueblos mayores tienen hasta en el nombre el regusto de España, como Morón y Ciego de Avila. Junto a Morón hubo antaño una bellísima laguna de lecho calcáreo o yesoso, a la que, por el color de sus aguas, llamaban la Laguna de la Leche. Creo que la han desecado ya, por mor de las inundaciones. La ciudad de Camagüey, con sus torres de iglesias y conventos, sus casonas holgadas de roja techumbre y jardines con enormes tinajones de barro cocido, sus caballeros de fino jipi, que llevan el hierro de su ganadería en la sortija, ostenta con intenso regionalismo el timbre de «legendario» que a todo el Camagüey se da.

Hacia el centro

de la isla

Sigamos hacia el centro de la isla. Más allá de Sancti Spiritus, que pertenece ya a otra provincia, pero cuyas sabanas son una extensión de la inmensa llanura camagüeyana, la tierra vuelve a quebrarse. No ya, sin embargo, con los fragosos perfiles de Oriente, sino en plácidos lomeríos, valles y cañadas. Los cañaverales alternan con los llamados «sitios» de labranza y, al sur, las vegas de tabaco. Torna la palma real a hacerse soberana de los campos. Estamos en la región de Las Villas. Llámase así porque en ella se fundaron algunas de las primeras poblaciones de esa inveterada que en Cuba hubo. Esta porción central de Cuba—acaso la de más entraña «guajira»—es mi tierra, y me han de perdonar ustedes si hablo de ella con un poco de regodeo.

Las villas en cuestión no son todas de la misma pinta. Las del norte, como Caibarién, son villas blancas. Parecen espolvoreadas por el polvo de los caracoles molidos en las playas. Gustan del enjalbegado a la andaluza, de las techumbres de teja clara. Son alegres y miran al mar a través de sus persianas verdes de mimbre y de los penachos de las palmas. Ya un poco más adentro, a Sagua la Grande, donde yo nací (también es tierra de ostiones y de mujeres lindas), la van ganando unos grises perlados o argenteos, y acaso por eso, tanto como por la pulcritud de sus casas y calzadas, la llaman «tácita de plata». Se mete uno más tierra adentro y apenas si se digna saludarle al paso Remedios, la Villa Roja que dicen. Roja es, en efecto, la tierra que la rodea y la calza. Tiñe las calles, las fachadas, los vestidos, dándole a todo un aire un poco truculento, como de aleluya de ciego. Es, además, población ensimismada, con iglesia barroca de agitados altares, rumor de campanas y de rezos, pujos de vieja hidalguía. Al centro mismo de la provincia, la capital de ella, Santa Clara o Villa Clara, que por ambos nombres se la conoce, es eso que ellos dicen: «clara», pero no deslumbradora como las villas del norte. Predomina la tierra parda bajo las cañas o en la eglógica intimidad de los sitios de labranza, que son como pequeños feudos rurales, rumorosos del «punto guajiro». En la ciudad reina como un ambiente de gran familia, no exento de malicioso cabildeo, que inventa los apodos personales más agudos. En el parque, bellísimo, las frondas de los laureles están llenas de nidos, y la caída de la tarde es como una vasta ternura. Lleva Villa Clara su capitalidad provinciana con cierta indiferencia y hasta ironía. Cuna de políticos «de mano izquierda», querendones y jugadores de gallos, es principalmente responsable de que a toda la región la llamemos «las inquietas Villas». Pero en Placetas, alta y fría, y en Cienfuegos, al sur, es donde más se incuban las tormentas.

Haciéndole honor a su nombre, Cienfuegos es ya villa dorada. Y no sólo por lo cremoso de azoteas y fachadas, sino hasta por lo crematístico de su espíritu. Franceses la fundaron, dejándole mucho ímpetu de progreso, de luces claras y de gustos áureos. Su puerto, el de Jagua, fué por mucho tiempo emporio del Caribe. El salto del Hanabanilla, que le cae cerca, es un hermoso Niágara en pequeño; mas no contentos con eso, los cienfuegoseros se lo están dejando aprovechar como central hidroeléctrica, para inquietar aún más a la provincia o dominar mejor a Santa Clara, con quien tienen mucha rivalidad. Por la Vuelta de Arriba, como allá decimos, ninguna otra población ha tenido más ínfulas de pequeña gran ciudad, ni más derecho a tenerlas; pero en alcurnia y solera le gana—la verdad sea dicha—su vecina Trinidad.

Alguna vez escribí que Trinidad de Cuba, en lo más bajo del centro de la isla, es como la marca de origen en las tazas de fina cerámica. La marca española, se entiende. Pues Trinidad podría ser, en efecto, cualquier villa noble de la alta Andalucía trasladada al Caribe. Las mismas calles pinas y estrechas, soladas de guijas redondas; las mismas casas de una sola planta, con ventanas de reja hasta el rizado alero; los mismos patios umbríos, con galerías, aljibes y zócalos de azulejos; algún que otro palacio con portada de blason; plazuelas recoletas, hornacinas votivas en muros conventuales, viejas fuentes y abrevaderos... Sólo que en la villa cubana las rejas de las ventanas suelen ser «de palo», es decir, de la madera resistente del trópico, delicadamente torneada, y en las fachadas domina más que en Andalucía el azul añil, con que parece querer anunciarnos la vecindad del mar. Es una villa de íntima poesía hasta en los apellidos hidalgos asociados a sus casonas solariegas, como el de doña Monsa

de Lara, y al igual que Sancti Spiritus, que no le queda muy lejos, tiene Trinidad en su nombre mismo como un dejo de mística española. Del resto de la isla la separa un anfiteatro de lomas y la curva del río Agabama, tendida entre ellas como un alfanje. Vale la pena, señores, ir a Cuba, aunque sólo sea por ver Trinidad.

Vista la isla en el mapa, muestra un perfil de pez volador, impetuosamente curvado hacia el sudeste, como si quisiera descargar en el extremo oriental, que es el más ancho, todo su brío. Pero, en realidad, se trata de una especie de contenida fuga, pues parece ser que Cuba estuvo unida, milenios atrás, a la cuenca mexicana, a Yucatán, y se diría que esa raíz submarina aun la retiene, accidentando de recesos y retrocesos todo el perfil insular. Así, por el norte, va dejando, a lo largo de la costa, una estela de minúsculos cayos o islotes, como la cauda de un cometa. Por el sur da de sí reiterados henchimientos hacia la mar profunda, y la orilla meridional de Matanzas repite, en pequeño, el mismo contorno como de cuña o chapín que tiene Oriente, dándole así su nombre a la península de Zapata.

Esta es la gran zona inhóspita y misteriosa de Cuba: en su mayor parte, ciénaga inmensa, cunida de manglares, cangrejos y mosquitos, pero también con porciones firmes de maderas preciosas todavía casi inaccesibles. Ambito, en fin, de piratas antaño, y en nuestros tiempos prosaicos, de carboneros y fugitivos de la ley.

Por fortuna, nada nos tienta a extraviarnos en esa terrible *hinterland*, pues al norte de ella está la provincia de Matanzas, que—contra todo lo que su nombre sugiere—es la tierra más benigna e idílica del mundo. A la capital de esta provincia, que lleva el mismo nombre infortunado, preferimos llamarla, con un poco de provinciana cursilería, «la Atenas de Cuba», porque es cuna de letrados y de poetas. Tiene además la ciudad una incursión de mar azul, que la llena de su propia poesía, y desde sus alturas puede la mirada dilatarse, en éxtasis de veras inefable, contemplando el famoso valle de Yumurí, desafío de pintores, al que luego volveré a referirme. Ni defraudan tampoco la expectación de los turistas las no menos célebres Cuevas de Bellamar, en cuyo laberíntico seno se tocan doseles y pequeñas catedrales de translúcido cuarzo.

En fin, al norte de Matanzas, junto a Cárdenas, villa de patrio abolengo, porque allí se produjo y frustró la primera invasión para libertar a Cuba, está la gloria de Varadero. Aquí es lícito el superlativo. No mienten los folletos de turismo al afirmar que Varadero es una de las playas más grandes y más bellas del mundo. Cerca de la arena, fina y blanca como talco, el mar tiene increíbles transparencias glaucas u opalinas; más lejos, irisaciones y tornasoles, como la cola del pavo real. Yo no sé que pintor alguno haya logrado todavía remedar siquiera la imponderable vibración de aquella luz sobre la costa y el mar, la gracia de aquellas lejanías de cocoteros y palmeras o la suntuosidad de aquellos crepúsculos. Lo único que empieza a sobrarle a Varadero son los chalets y la gente. Huelga decir que es ya paraje clásico de turistas. Aviones hay que van allá directamente desde la Florida, sin posarse siquiera en La Habana. Pero una carretera ya casi terminada, la Vía Blanca, recorre el largo tramo desde Varadero a la capital, puntuado todo él de pequeñas playas semejantes.

El tabaco

de "Vuelta Abajo"

Vamos a apartarnos de esa carretera. Incluso nos vamos a saltar, por el momento, la provincia entera de La Habana para llegarnos hasta Pinar del Río, la más occidental de la isla. Como su nombre indica, la región se permite el lujo nórdico de tener pinos en las faldas de sus sierras, que en esta otra punta de Cuba hacen *pendant* con las de Oriente. Ese río a que también se refiere el nombre de la provincia, no sé si será uno que por su parte lo tiene también muy sugestivo: el Cuyaguatzeje, voz esta, sin embargo, que a lo mejor es puramente india y nada tiene que ver con los caprichosos meandros y encajes de espuma que entre las rocas va tejiendo la corriente... En todo caso, lo poético del bautismo provincial está justificado: Pinar del Río es acaso la región más pintoresca de Cuba. Casi toda se resuelve en paisaje, sin que esto quiera decir que la capital (del mismo nombre) y villas, como Guanajay y Artemisa, para mencionar sólo las que conozco, no tengan su propia personalidad y en-

canto. Hacia el norte, las estribaciones de la Sierra de los Organos abriga, por el lado de la costa, las más recoletas bahías, o vierten nítidas cascadas frente a la boca azul y rosa de las cavernas. De la comarca de Soroa se elogia la extravagante belleza de sus flores, y en particular unas orquídeas de exquisita retórica.

«Vuelta Abajo» solemos llamar a toda la provincia, principalmente por la zona central de ella, donde se cosecha el mejor tabaco prieto del mundo, en vegas cubiertas amorosamente de gasa, como cunas de recién nacidos. Por esas tierras pinareñas, cuya gente tiene fama de conservadora, los guajiros hablan todavía con giros del castellano del siglo XVII e invocan en sus saludos la paz de Dios. Cuando llegó allá la invasión de Maceo, tras una cabalgata fulgurante por toda la isla, diz que los mansos ayuntamientos recibieron al general de chistera y levita, aunque también con brevas y café.

Pero me urge ya hablaros del blason más notorio de la provincia, que es el Valle de Viñales. Aunque una tácita rivalidad lo opone al de Yumurí, en Matanzas, son, en realidad, muy distintos. Si se me permitiera la pequeña pedantería de aplicar al caso fórmulas pascalinas, yo diría que Yumurí tiene «espíritu de finura», en tanto que Viñales lo tiene más bien «de geometría»... Aquí, en efecto, las luces no se ciernen sobre sutiles y ondulantes declives constelados de palmeras, sino que—en los momentos más característicos—caen a chorros sobre el paisaje, de suyo escueto, cortándole aún más las formas. Unos montículos casi cúbicos, que llevan el feo nombre de mogotes, surgen bruscos del fondo del valle, más bien como sobrepuestos a él. Andan ahora los geólogos debatiendo cómo se formaron esas excrecencias orográficas, de textura calcárea, cuya singularidad ya Humboldt admiró. Pero lo que a nosotros nos importa es que son ellos, y no las palmeras, ni las dulces oscilaciones del llano, como en el Yumurí, los que dominan el panorama. Cuando el sol cae a plomo, los mogotes parecen piedras preciosas—esmeraldas, zafiros o crisoberilos—montadas sobre el oro del valle; cuando los hiere oblicuamente, se doblan de suntuosas vertientes moradas, y las lianas que por ellas trepan los estrían como jaspes. Los pintores cubanos tienen a Viñales como un reto de la naturaleza. Quien con más denuedo aceptó ese desafío fué Domingo Ramos, el popular paisajista, recién muerto, a quien, todavía en vida, los amantes de Viñales le erigieron un busto a la entrada del valle. Sobre eso del reto, sin embargo, hemos de volver después.

La isla

del Tesoro

Tornemos ahora para recobrar la provincia de La Habana. Parte administrativa de ella es la isla de Pinos, única con categoría de tal en la galaxia que hace coro a la isla mayor. Con su tremendo espíritu de inventario, las geografías escolares os dirán que abunda en mármoles, cotórras y frutas cítricas. Añaden las historias que fué antaño tierra de bucaneros, y hasta hay quienes han querido identificarla, un poco aventuradamente, con *La isla del Tesoro*, de Roberto Luis Stevenson. Pero los únicos piratas que, certificada y notoriamente, se establecieron en ella fueron, a raíz de la independencia, numerosos colonos norteamericanos, que pretendieron cogérsela para los Estados Unidos, obligando a Cuba a librar una considerable batalla diplomática para reivindicarla. Hoy tenemos allá un presidio más o menos modelo y numerosos turistas.

Frente a la isla de Pinos, y ya en la isla mayor, está el pueblecito de Batabanó, fragante a esponjas y manglares, donde una tarde y casi una noche enteras le estuvimos oyendo a Federico García Lorca improvisaciones inolvidables; y una humilde playa cercana es—si no me equivoco—donde Hemingway descubrió al férreo protagonista de *El viejo y el mar*... El resto de la provincia, a la verdad, no cuenta mucho. Haced excepción de unos cuantos pueblos perdidos entre lomas o adornados junto a las carreteras, y sólo queda La Habana, la ciudad misma.

Ella es también paisaje, si no le damos a esta palabra sentido demasiado estricto y bucólico. O sea, es también *país*, con todo, y su mar y su cemento, su artificio y su opulencia. Como todas las ciudades viejas, La Habana tiene su alma en su almario. Yo lo sé bien, pues hace años escribí un librito titulado *Estampas de San Cristóbal* (la capital se llama históricamente San Cristóbal de

la Habana), que me obligó a mirarla con ojos de forastero amor. Es verdad que aquellas páginas eran ya un poco elegía de una Habana que se nos estaba yendo a pasos agigantados... Pero aun queda algo de lo que entonces quedaba. Aun quedan los barrios de arrabal, como el del Cerro, con sus residuos de colonial señoría: casonas de anchos patios, techos de alto puntal, arcos de medio punto y abanicos de vidrios de colores, mamparas gemelas decoradas con paisajes románticos, jardines de cuajado sosiego, sobre cuyas bardas se derraman las buganvillas... Aun queda la plaza de la Catedral, cuya fachada, de modesto pero gracioso barroco, encaran viejos palacios blasonados; queda la plaza de Armas, con su Ayuntamiento de noble traza, y los viejos conventos, puestos hoy a servicio oficinesco, pero donde, con sólo levantar la mirada por encima de los burócratas, hacia las piedras y los patios, se sueña uno en La Habana de la factoría y la escolástica... Quedan el Morro y la Cabaña y algún que otro castillejo accesorio, cuyos grises y corales enciende todas las tardes el sol al hundirse en el mar, frente al Malecón... Quedan, en fin, los largos soportales, cuyas altas arcadas parecen de acueducto, y esas calles de La Habana castiza, hoy ya algo aplebeyada, que tan bien ha sabido pintar Mirta Cerra—aceras increíblemente angostas, largos balcones que discos de lanzas dividen, abigarramiento de lilas, ocre y azules en las fachadas, azoteas de color de rosa que el añil del cielo recorta...

¿Y por qué no hemos de añadir a todo esto el esplendor de la ciudad nueva, vértigo de luces y de ruidos, muestrario de la estética osada de nuestro tiempo, pregonera de voluptuosidades por las noches, bajo la serenidad irónica de las estrellas, y por el día enfebrecida de sol y de trajes, entre la intimidad tranquila del Vedado, a quien

los opulentos «repartos» le quitaron su cetro residencial, y la larga cintura del Malecón, salpicada del que Alfonso Reyes llamó nuestro «caldo de tiburones»?... Todo eso es también paisaje, y no de los menos amados—sobre todo cuando lo miramos (¿verdad, cubanos que me escucháis?) con estos ojos melancólicos de la distancia...

Pero resumamos ya nuestro paseo volandero. A pesar de toda esa diversidad, el paisaje criollo mantiene una cierta unidad de tono y de forma, comparable sólo, en los campos, al de alguna otra Antilla, como Puerto Rico. Le dan esa unidad, sobre todo, el sol, el verde y la palmera. Por algo los hemos llevado como símbolos heráldicos a nuestro escudo.

La palma, emblema de Cuba

Al sol le debemos los cubanos nuestro modo de vivir, de sentir, de vestirnos y hasta de hablar y gesticular; tan consustanciado está con nuestra general naturaleza. Parece que recorriera en su órbita exactamente la curva misma de la isla, pues nace entre las montañas de Oriente y se va a poner—como si sólo le gustaran por lecho las cumbres—entre las de Pinar del Río. Durante esa jornada reina soberano sobre el paisaje, pero no implacablemente, como dicen, sino tutelándolo y potenciándolo a su manera: le saca de mañana unos verdes claros e ingenuos; lo dora al medio-

día con unos amarillos citronados intensos; en la siesta, lo rinde en espeso sopor, aliviado por las sombras cárdenas de los árboles, a cuyo amparo acuden las bestias; por la tarde le va dando unos misteriosos tonos lánguidos, hasta dejarlo arropado en las tintas azules de la noche. Y cuando él mismo se retira a descansar, parece aún querer devolverle algo a la tierra, y entre el rubor de su despedida emite su famoso «rayo verde» postrero...

Porque el verde es, en efecto, el color más propio y patrimonial del campo cubano. Un verde perenne, ubicuo, a veces un poco agrio. Sobre él, la otra ubicuidad de las palmeras o de las palmas, como nosotros preferimos decir. Hay quienes las consideran excesivas. Eça de Queiroz, por ejemplo, dijo acerca de ellas cosas cruelmente humorísticas. Reconozcamos que a veces le dan cierta monotonía erizada al paisaje, de suyo llano y sin fondos. Pero cuando forman pequeños grupos junto a una ceja de monte, cuando se aíslan en las cañadas o acuden a mirarse en las aguas de un arroyo, tienen las palmeras una graciosa intimidad, una eglótica poesía de rebaño vegetal. En las guardarrayas forman las más nobles columnatas, y tendidas en palmares a lo lejos parecen, en efecto, como dijo algún poeta, un ejército con sus banderas desplegadas al viento...

Son si, la marca y emblema de Cuba. Por eso Heredia las echaba tan de menos junto al Niágara, y Martí siempre tenía la estampa de una palmera tras su mesa de trabajo. Con su fuste claro, limpio y recto, con su esbeltez egregia, con su corona de penachos bebiéndose el cielo, tiene la palma no sé qué de símbolo ideal, como si representara el espíritu de un pueblo que, a pesar de sus voluptuosidades, no quisiera resignarse a ser del todo terreno...

JORGE MAÑACH

Corresponsales de venta de MUNDO HISPANICO

ARGENTINA: Eisa Argentina, S. A. Calle Araoz, 864. Teléfono 54-04-35. Buenos Aires.—BOLIVIA: Gisbert y Cía. Librería La Universitaria, Casilla núm. 195. La Paz.—BRASIL: Fernando Chinaglia. Distribuidora, S. A. Avenida Vargas, núm. 502. 19 andar. Río de Janeiro.—Consulado de España en Bahía.—COLOMBIA: Librería Hispania, Carrera 7.ª, números 19-49. Bogotá.—Carlos Climent. Instituto del Libro. Calle 14, números 3-33. Cali.—Unión Comercial del Caribe. Apartado ordinario número 461. Barranquilla.—Pedro J. Duarte. Selecciones Maracaibo, números 47-52. Medellín.—Abelardo Cárdenas López. Librería Fris. Calle 34, números 17-36-40-44. Santander. Bucaramanga.—COSTA RICA: Librería López. Avenida Central. San José de Costa Rica.—CUBA: Oscar A. Madieto. Presidente Zavas, núm. 407. La Habana.—REPUBLICA DOMINICANA: Instituto Americano del Libro. Escofet Hermanos. Arzobispo Nouel, número 86. Ciudad Trujillo.—CHILE: Inés Mújica de Pizarro. Casilla número 3916. Santiago de Chile.—ECUADOR: Selecciones, Agencia de Publicaciones. Nueve de Octubre, núm. 703. Guayaquil.—Selecciones, Agencia de Publicaciones. Venezuela, núm. 589, y Sucre, esquina. Quito.—REPUBLICA DE EL SALVADOR: Librería Cultura Salvadoreña, S. A. Edificio Veiga, 2.ª Avenida Sur y 6.ª Calle Oriente (frente al Banco Hipotecario). San Salvador.—ESTADOS UNIDOS: Roig Spanish Books, 575. Sixth Avenue. New York 11. N. Y.—FILIPINAS: Andrés Muñoz Muñoz, 510-A. Tennessee. Manila.—REPUBLICA DE GUATEMALA: Librería Internacional Ortodoxa, 7.ª Avenida, 12. D. Guatemala.—Victoriano Gamarra. Centro de Suscripciones, 5.ª Avenida Norte, núm. 20. Quezaltenango.—HONDURAS: Señorita Ursula Hernández. Parroquia de San Pedro Apóstol. San Pedro de Sula.—Librería IDEA. Apartado postal 227. Tegucigalpa.—Reverendo Padre José García Villa. La Ceiba.—MEXICO: Eisa Mexicana, S. A. Justo Sierra, núm. 52. México, D. F.—NICARAGUA: Ramiro Ramírez V. Agencia de Publicaciones. Managua.—Agustín Tijerino. Chinandega.—REPUBLICA DE PANAMA: José Menéndez. Agencia Internacional de Publicaciones. Plaza de Arango, núm. 3. Panamá.—PARAGUAY: Carlos Henning. Librería Universal. Catorce de Mayo, número 209. Asunción.—PERU: José Muñoz R. Jirón Puno (Bejarano), número 264. Lima.—PUERTO RICO: Matías Photo Shop, 200 Fortaleza St. P. O. Box, núm. 1463. San Juan de Puerto Rico.—URUGUAY: E. I. S. O. Uruguaya. Calle Obligado, 1314. Teléf. 41 22 21. Montevideo.—VENEZUELA: Distribuidora Continental. Caracas.—Distribuidora Continental. Maracaibo.—ALEMANIA: W. E. Saabach. Auslan-Zeitungs-Handel Gereonstr. núms. 25-29. Köln. 1. Postfach. Alemania.—IRLANDA: Dwyer's International Newsagency, 268, Harold's Cross Road. Dublin.—BELGICA: Agence Messageries de la Presse. Rue du Persil, núm. 14 a 22. Bruselas.—FRANCIA: Librairie des Editions Espagnoles, 72, rue de la Seine. Paris (6.ªme).—Librairie Mollat, 15, rue Vital Carles. Bordeaux.—PORTUGAL: Agencia Internacional de Livraria e Publicações. Rua San Nicolau, número 119. Lisboa.

Origen y belleza de Ceuta, adelantada de España en Africa

(Viene de la pág. 35.) suficiente, pues comienza a izarse de entre la aromática y perenne jara la melenuda copita de los jóvenes pinos desplegados con profusión por la ladera sudeste y la fresca cañada de San Amaro. Arriba, en lo que fuera fortaleza, un magnífico parador acondicionado con el máximo confort, desde cuyas ventanas se contemplan los bellísimos paisajes de toda la costa norte de Marruecos y la orilla de la amada España. Por si fuese poco, la radical y completa reedificación de la ermita de San Antonio, lugar de típicas romerías anuales a través de la rumorosa fronda de millares de pinos, con trazado incomparable de terrazas y pérgolas escalonadas en un conjunto tan perfecto como armónico.

El recinto urbano es lo que se rememora de forma insospechada. A partir de la Almina, se ensancha el puente, prolongando los jardines de San Sebastián. Desde el arranque sale una fastuosa avenida de corte cosmopolita, con elegantes edificios de común alzada y porches a lo largo de ambas aceras, preservando de este modo el gran paseo, convertido en principalísima arteria local, prolongada a continuación de la plaza de Africa hasta finalizar en la explanada que salva el túnel de San Felipe, después de haber atravesado el foso sobre un nuevo y anchuroso puente de superestructura idéntica al últimamente inaugurado.

El campo exterior es la gran reserva expansional de la plaza. Su área quedará triplicada con la anexión de cuanto hoy supone sus barridas extremas, haciendo suyos esos núcleos rarales hasta convertirlos en parte integrante de la ciudad, homogénea y uniforme, y al mismo tiempo, centros vitales de admirable simbiosis: el Morro, Jadú, Príncipe, Almadra, Jovita, Benítez, Beñú..., casi pueble-

citos satélites, que dejarán de ser aledaños para asimilarse en un todo armonizado.

En resumen: un alarde de buen gusto, técnica, armonía y sana ambición, conseguido heroicamente merced a un concepto empírico de «cirugía urbanística», tan loable como difícil de conseguir; pero factible cuando anima esta ansia de resurgir el aliento de todos y cada uno de los moradores de Ceuta.

EL PUERTO, ALMA DE CEUTA

El gran escritor y africanista Enrique Arques ha dicho:

«Ceuta es un puerto nada más. El mejor de Africa, que ya es bastante. Providencialmente junto a Europa, en el cruce de las más importantes rutas del mundo; estación también del ferrocarril directo Berlín-París-Algeciras-Ceuta-Dakar. Es decir, punto central del camino de América, con los ferry-boats para cruzar el estrecho. En cuatro días se podrá ir de uno a otro continente, por la vía transafricana, que arrancará de Ceuta, según un genial proyecto español.»

Magnífica perspectiva, de gran verdad, en pocas palabras.

Por eso merece este puerto ser conocido de todos. No puede permanecer ignorado, pues supone un deber de españoles—extensivo al mundo entero—saber cómo y dónde está este refugio naviero, ideal en las rutas universales, que el destino histórico nos ha legado.

Hállase el puerto de Ceuta en la zona más angosta del estrecho de Gibraltar, cuyas coordenadas geográficas son 35° 30' 53" de latitud norte y 5° 18' 36" de longitud oeste. A partir de la apertura del canal de Suez, en 1869, el estrecho de Gibraltar se convirtió en la

ruta más concurrida del mundo, cuyo tráfico crece por años. De 15.000 barcos que lo atravesaron durante el año 1928 ha llegado a la cifra actual de 100 buques diarios, superior al número que Panamá y Suez arrojarían juntos.

Tenido en cuenta este auge comercial, merece concentrar la atención en el puerto de Ceuta, único bueno en esta zona, concurridísima por buques de todas las nacionalidades. Además de enclavado en la estrategia de los caminos, es lugar céntrico de aprovisionamiento de combustibles, agua y hielo.

En los croquis insertos en el presente trabajo pueden verse los dos grandes diques que cierran el puerto ceutí. El de Poniente, conocido por el original nombre de la «Puntilla», y el de Levante o Alfau. Entre ambos abrazan una dársena de 124 hectáreas, hendidas por el espigón del muelle España y el de Pescadores, donde se cobija la flota pesquera, con su lonja y demás servicios.

La protección natural ofrecida por el monte Hacho—que evita grandes líneas de agua y desvía corrientes—y Punta Bermeja, por la izquierda, le hacen puerto perfectamente resguardado de perturbaciones de importancia en su interior, aun cuando reine fuerte temporal afuera. Es accesible en cualquier tiempo y hora del día o la noche, sin necesidad de extremadas precauciones, ya que la bocana se halla perfectamente balizada. Durante la niebla, señales sonoras marcan la entrada al muelle, además de una estación radiofaro direccional que facilita las operaciones de entrada y salida a los buques.

Dispone asimismo de numerosos y grandes almacenes de hormigón para toda clase de mercancías, ferrocarril con ramales a lo largo de los muelles bajo las arcadas de potentes grúas—con fuerza de tres hasta 30 toneladas—, cintas estibadoras eléctricas, carretillas automáticas y un eficiente servicio de buenos remolcadores. Todo esto convierte a Ceuta en el puerto ideal del norte de África, que es tanto como decir África entera, el continente de inmensas posibilidades aun sin explotar, separado de Europa por 21 kilómetros, que los transbordadores salvan en cuarenta y cuatro minutos.

Posee además un formidable servicio para suministro de combustibles. Dos compañías reparten, a lo largo de todo el puerto, múltiples conducciones y bocas, capaces de una entrega de 500 toneladas hora de fuel-oil, diesel-oil y gas-oil, con siete bombas centrífugas accionadas eléctricamente.

Para el aprovisionamiento de carbón existe en el muelle de Levante un puente-cargadero con cinta automática, cuyo índice de entrega es de 300 toneladas hora, aparte de grúas acondicionadas para tal servicio.

También el hielo representa una necesidad, resuelta en Ceuta por la fábrica montada con los últimos adelantos en esta clase de técnica, con puentes de suministro que depositan hielo en la misma bodega del barco, a razón de 300 toneladas diarias.

Para terminar, el agua. La Junta de Obras del Puerto instaló una red de conducciones al borde de atraque, con 50 bocas, capaces de dar 300 metros cúbicos a la hora y hasta 1.800 toneladas diarias de agua inmejorable, garantizada en su pureza por la estación depuradora colocada en sus manantiales, susceptible de aumento en el suministro.

PRIMEROS FRUTOS

A lo largo de la vida de toda ciudad suele presentarse una oportunidad, una ocasión propicia de renovarse, y a Ceuta le llegó también. El desarrollo de los acontecimientos mundiales sitúan el enclave de nuestras coordenadas idealistas en África, con la permanencia hispana en el vértice ceutí. España es Ceuta, porque Ceuta es Abyla—el otro bastión del estrecho—, que, con Calpe, forman las dos columnas de Hércules de nuestro escudo nacional, con el imborrable «Más allá», símbolo de permanente promesa.

Pero Ceuta, que quedó rezagada en su pasado bienestar, adormecida en su regalo geopolítico, ha de realizar ahora un gigantesco esfuerzo para identificarse con el ritmo universal. La corriente actual precisa modernismo, nueva fisonomía en las ciudades y especial concepción de tiempo y espacio. No puede proseguir amoldada en estilos añejos y exige cauces apropiados a la realidad. Reconquistará su puesto preeminente a costa de una tarea ardua y perseverante, incansable y eficaz, afanándose, luchando por el resurgimiento ansiado. No por ambición o desquite, sino consciente de la misión hispana que le ha correspondido desempeñar en esta otra orilla.

Y al decidirse a recuperar tiempo desperdiciado, comienza por lo oficial, dando norma y ejemplo en una construcción arquitectónica moderna en los edificios estatales: Palacio de Comunicaciones, edificio de la Aduana, cárcel del partido—con la máxima salubridad y caritativas comodidades—, Telefónica con servicio automático, casa-cuartel de la Guardia Civil—tal vez la mejor de Andalucía—, Juzgados (Municipal y de Primera Instancia), Instituto de Enseñanza Media y Escuela de Comercio, en soberbio edificio, y campo de deportes; grupos de pabellones militares y, en construcción, una sucursal del Banco de España, con todo el empaque señorial de tales edificaciones. Si se unen a ello las numerosas barriadas de casas, grupos de viviendas protegidas y la incesante construcción de numerosos bloques, se tendrá un panorama de la eficacia con que se solventa el problema de la vivienda, tan generalizado.

Alentada la propiedad particular ante ese índice oficial, se ha unido al común esfuerzo, y ha levantado cines suntuosos, edificios modernos y elegantes almacenes con ese estilo cosmopolita tan ambientado dentro de lo local. Paradores en los lugares más pintorescos y rincón especial de la bahía para atracción de un turismo siempre fluctuante por mar y tierra.

Y a la espera de algún régimen especial, modalidad apropiada

o beneficio peculiar que la compense del *handicap* que le supuso la pérdida de antiguos fueros, prebendas y beneficios con que la premiaron pretéritos reyes y gobernantes, prosigue laborando siempre con la permanente y maternal protección de la patria. Ultimamente, por el Ministerio de Obras Públicas, se le concedió la traída de aguas y distribución, y sufraga una cantidad que rebasa los 23 millones de pesetas, aparte de los otros millones dedicados al muelle Cañonero Dato y dársena de pescadores.

Agreguemos a este «momento» especialísimo la constitución de las provincias españolas en África y atención nacional a las plazas de soberanía para completar el cuadro de esperanzas a punto de cristalizar.

Cuando pasen los años, en su impasible transcurrir, y la ciudad se encuentre renovada; cuando su industria, comercio, puerto y desenvolvimiento sean tangible realidad de lo que ahora es anhelo, tal vez vuelva la cara hacia atrás, dedicando el mejor de sus recuerdos a cuantos hoy agotaron su esfuerzo y vida para lograr esta santa ambición de destino.

LEOPOLDO CABALLERO

Lima, la ciudad de los...

(Viene de la pág. 36.) hechos y el alma de nuestra cultura, defendiéndola sin que nos detengan el olvido de los frívolos, el desmayo de los pusilánimes, la abyección de los apóstatas ni los ruines dictados de sus adversarios.

Lima es el símbolo de la acción

esforzada y fecunda, del triunfo de la voluntad, la inteligencia y el espíritu. Es decir, de todo lo que constituye la luminosa cultura española, que se nos hizo consustancial. Lima es la espada de Pizarro, de la que dijo el maestro boliviano Lira Girón:

Si no hay Cuzcos, ni Túbmez, ni Kori-canchas, nada confiable al cubilete como aquel áureo disco, frente al Crucificado, jugaremos tu espada para siempre tullida, capitán don Francisco...

Es también la ciudad contradictoria. Severa y galante, religiosa y frívola, la que nunca dejó de serenar el ánimo turbulento con el tañido de sus bronces dolientes y de embriagarla con la furtiva esencia de sus madreselvas y jaz-

mines. Por eso otro gran poeta limeño, José Gálvez, en frase de doble significado, musical y floral, la llamó «ciudad de campanas y campanillas». Pero es José Santos Chocano quien, con su inconfundible estilo, le dedica estos versos:

Bajo tu sol, que es tibio, no hay nieves ni hay ardores; por eso son tan bellas tus damas y tus flores. Y así, como en ninguna región, se ve en tu suelo entreverados frutos del trópico y del hielo; que sólo en ti se juntan, cual si milagro fuera, los dos enamorados: el pino y la palmera. Como tu clima, extraño también lo tienes todo.

Esta es la Lima del momento solemne en que el gran Conquistador, símbolo y augurio, herido por la revuelta, traza con su sangre el signo de la cruz, que marca el destino misionero del Perú y el

destino católico del continente. Es la Lima del Arte, del Ensueño y de la Historia, a la que en esta fecha hemos querido recordar y decirle:

¡Lima, tú siempre grande has sido; jamás te embozará la capa del olvido!!

CARLOS MANUEL CHAVEZ



HOTEL CRISTINA
SEVILLA




Único Hotel en Sevilla dotado de esta modernísima instalación.

AIRE ACONDICIONADO
EN TODAS LAS HABITACIONES Y SALONES

PARRILLA DEL CRISTINA
Bailes andaluces durante todo el año
TERRAZA JARDIN

BUZON
FILATELICO

ECKART WISSMANN.—(23) Bremen 1. Donaustrasse, 53. Alemania Occidental.

PABLO LOPEZ MARIN. Calle Meléndez Valdés, 43, Madrid (España).—Desea canje de sellos de países americanos por españoles y europeos.

(Viene de la pág. 8.) entre los administradores de tales territorios y los no administradores. Las decisiones se toman en el Consejo de Administración Fiduciaria por simple mayoría de votos, teniendo en cuenta que cada país tiene derecho a un solo voto. El fin primordial de este Consejo es promover en todo lo posible el bienestar de los habitantes de esos territorios, asegurando su adelanto político, económico, cultural y educativo.

LA CORTE INTERNACIONAL DE JUSTICIA

La Corte Internacional de Justicia es el órgano judicial más importante de las Naciones Unidas; funciona por su propio estatuto, que forma parte de la Carta, y está basado en el de la Corte Permanente de Justicia Internacional. Todos los miembros de las Naciones Unidas están sujetos al estatuto de la Corte.

La Corte está compuesta por 15 magistrados, elegidos, entre otros tantos países, por la Asamblea General y el Consejo de Seguridad, por un período de nueve años. Sólo los Estados que son parte de su estatuto pueden recurrir ante la Corte. Su jurisdicción comprende todos los litigios que las partes le sometan y los asuntos previstos en la Carta o en tratados y convenios. Todos los países se han de comprometer a aceptar las decisiones de la Corte. Si alguna de las partes dejara de cumplir las obligaciones emanadas de un fallo de la Corte, la otra parte podrá recurrir al Consejo de Seguridad. Las decisiones se toman por

simple mayoría de votos. La Corte Internacional de Justicia elige a su propio presidente y vicepresidentes. Su sede permanente está en La Haya.

LA SECRETARIA GENERAL

La Secretaría está formada por todo el personal que trabaja al servicio directo de la Organización Internacional de las Naciones Unidas, desde el Secretario general hasta el último empleado de conserjería.

El secretario general es el más alto funcionario administrativo de las Naciones Unidas. Lo elige la Asamblea General—ya lo hemos dicho—previa recomendación del Consejo de Seguridad y por un período de cinco años.

Bajo las órdenes directas del secretario general hay varios subsecretarios sin cartera, cinco Subsecretarios, cuatro Direcciones Generales y la Administración de Asistencia Técnica. Estas oficinas se encargan de los Asuntos Jurídicos, del Control Administrativo, del Personal, de Asuntos Políticos, Económicos y Sociales, de Relaciones Públicas y de otros servicios derivados de los diferentes organismos de las Naciones Unidas.

El personal de la Secretaría, nombrado por el secretario general, tiene un carácter marcadamente internacional. Los funcionarios de la Organización de las Naciones Unidas no pueden recibir instrucciones de ningún Gobierno, y se comprometen a respetar el carácter puramente internacional de las funciones de la Organización.

TEATRO

EL GOYA, NUEVO TEATRO MADRILEÑO.

Es indudable que el arte dramático español, tan de capa caída y sin aliento en los todavía próximos años cuarenta, ha emprendido, de un tiempo a esta parte, un rumbo ascendente y en muchos sentidos esperanzador: proliferación de agrupaciones experimentales que dan a conocer al público español los mejores logros del teatro universal y contribuyen a la aparición de nuevos valores para nuestra escena: irrupción de autores de calidad, tales como Buero Vallejo, Miguel Mihura, Alfonso Sastre, Alfonso Paso y algún otro, y, por fin, inauguración o reapertura de nuevos locales destinados a las representaciones teatrales, son los factores más visibles y significativos de esta indudable revitalización del teatro hispano. Así, a la clausura o transformación de varios coliseos ha sucedido, en un lapso de apenas dos años, la reapertura de dos de aquellos teatros clausurados—el Eslava y el de la Zarzuela—, adecuadamente remozados; la iniciación de actividades dramáticas en un local expresamente acondicionado para tal fin, con características de «teatro de bolsillo»—el Recoletos—, y, ahora, la transformación en teatro de un cinematógrafo, hecho que por su radical excepcionalidad hay que situar en la frontera misma del reino de lo prodigioso. Todo lo cual prueba, a mi modo de ver, que este sempiterno enfermo que es el arte dramático español goza, en el momento actual, de buena salud.

La Sociedad General de Autores de España, que ya en su día tuvo que rescatar del limbo al teatro de la Zarzuela, ha adquirido la propiedad del que hasta hace poco fué cine Goya para transformarlo en teatro. Y, sacada a concurso público la explotación del local, ésta fué adjudicada a Carmen Troitiño y Manuel Benítez, los mismos esforzados empresarios del Recoletos.

Para la inauguración del teatro se eligió el estreno de la obra póstuma de don Jacinto Benavente, titulada *El bufón de Hamlet*, dando de este modo al acto carácter de homenaje a la máxima figura del teatro español contemporáneo. Un cuadro interpretativo en el que destacan actores de gran talla artística, tales como Berta Riaza y Manuel Dicenta, dió vida sobre el escenario del Goya al último conflicto dramático ideado por el autor de *Señora ama*, en perfecto montaje de Manuel Benítez y Diego Hurtado.

RICARDO III, de Lawrence Olivier.

CINE

Sir Lawrence Olivier nos brinda con la realización de *Ricardo III* una nueva oportunidad para reanimar la polémica latente desde sus primeras versiones filmicas del teatro shakespeariano en torno a la licitud o ilegitimidad de la postura que en tales versiones viene manteniendo, concretada en la supeditación de los valores puramente cinematográficos a las exigencias teatrales de las piezas de Shakespeare. Acaso los teóricos del cine tengan serios reparos que oponer al criterio que sigue manteniendo a este respecto el gran actor e inteligente director inglés, semejantes a los que ya expusieron a raíz de sus anteriores realizaciones: *Hamlet* y *Enrique V*. Por mi parte, estimo absolutamente legítima la utilización de los recursos que el cine admite al servicio del genio dramático del autor de *Macbeth*, tanto más cuanto que la rigurosa fidelidad atestiguada por Lawrence Olivier hacia el texto original no es obstáculo para que, en cuantas ocasiones resulta conveniente, la cámara actúe como factor expresivo independiente, viniendo a ser entonces la imagen un eficaz complemento de la palabra.

Resulta innecesario consignar la calificación óptima que merece el trabajo interpretativo de Lawrence Olivier. Desde su prodigiosa caracterización del deforme Ricardo III hasta la fina matización de cada gesto o frase, que ha de darnos íntegra su compleja personalidad, todo en la actuación del gran intérprete posee un rango artístico excepcional y contribuye a situar al espectador nitidamente ante la tragedia de un rey ambicioso y despiadado, irónico y siniestro, pero nunca exento de grandeza dramática. Es de justicia una mención elogiosa para la dúctil y muy sensible labor realizada por el actor español Fernando Rey en el doblaje de la voz de Lawrence Olivier.

En el resto del reparto destacan John Gielgud, Cedric Hardwicke—extraordinario en su creación del rey Eduardo IV—, Ralph Richardson, Claire Bloom y Alec Clunes.

DOCE HOMBRES SIN PIEDAD, de Sidney Lumet.

Ha llegado a España esta película precedida de una gran expectación—consecuencia sin duda de los importantes galardones obtenidos en diversos festivales internacionales—, y a fe que su infrecuente calidad testifica el acierto de los jurados que premiaron esta gran realización del cine norteamericano. Sidney Lumet, experto director del teatro y la televisión, pero totalmente novel en los quehaceres cinematográficos, ha entrado en el séptimo arte por la puerta grande con esta su primera película, en la que no sabe uno qué valorar más alto: si la trascendencia y ahondadora humanidad de su trama o el asombroso virtuosismo con que son superadas, mediante el empleo de recursos técnicos de origen estrictamente cinematográfico, las dificultades inherentes al hecho de que la acción transcurra—salvo en dos breves secuencias—entre las cuatro paredes de la sala en la que doce miembros de un jurado deliberan sobre la culpabilidad o inocencia de un muchacho acusado de parricidio.

El recuerdo de Hitchcock es inevitable, pero hay que decir—y no sé si cabe mayor elogio para Sidney Lumet—que, en tanto en las realizaciones de aquél el espectador es consciente en todo momento del alarde de tecnicismo que el director hace, manteniendo la acción en un escenario único, en *Doce hombres sin piedad* solamente al final caemos en la cuenta de las múltiples dificultades que ha sido necesario vencer en una trama en la que el predominio de la palabra sobre la acción es absoluto.

La interpretación, excepcional en Henry Fonda y más que buena en sus compañeros de reparto.

JUAN EMILIO ARAGONES

OPORTUNIDADES COMERCIALES

MADRID FILATELICO.—La mejor revista mensual para filatélicos. Suscríbase, Príncipe, 1. Madrid (España).

APIDYK, la mejor fórmula de la jalea real. Laboratorios Dykinson. Calle Meléndez Valdés, 61. Madrid (España).

PARA VENTA de «Christmas» y grabados de España monumental necesitamos representantes en todos los países. Ediciones JHERR. Velázquez, número 124. Madrid (España).

PERROS DE PASTOR ALEMÁN. Pura sangre. Pedigríe oficial. Adolfo Coñiño. Cruz, 25. Madrid (España).

PERSONA SOLVENTE próxima visitar Península. Óptimas referencias España. Acepta toda clase gestiones. Mayor. Doce de octubre, 5235. Mar del Plata (Argentina).

ADMINISTRACIONES, INVERSIONES en España. Estudio, control, evisiones, etc. Referencias profesionales y morales a satisfacción. E. P. Vallejo (economista). Demetrio de los Ríos, 1. Sevilla (España).

LASO, GESTORIA OFICIAL. Administración, venta fincas toda España. Exportación, Representamos a extranjeros en todo asunto en España. Laso. General Ricardos, 23. Madrid (España).



Las notas para insertar en esta sección deberán remitirse directamente a la Administración de MUNDO HISPANICO, Alcalá Galiano, 4. Madrid. Tarifa: 5 pesetas por palabra. Tratándose de suscriptores, bonificación del 25 por 100.

El baile indígena colombiano

(Viene de la pág. 24.)

Tomemos, por ejemplo, el «Baile del Chontaduro». Llámase *Meétmeigue* en Miraña; *Moono* en Muinane; *Meeneba* en Bora. Entre estas tribus y en los Yukunas, Matapies, Tanimukas, etc., es un verdadero baile de disfraces. En él vemos representados:

1. El venado (*Kabaya* en Yukuna), con su correspondiente careta y con un palo en la mano.
2. La Sanguijuela (*Maparé* en Yukuna), que va pellizcando a los otros, y éstos, para librarse de ella, tratan de echarle polvo de tabaco en los ojos.
3. El Armadillo (*Jeé* en Yukuna), que canta siempre, y con un palo en la mano.
4. El Oso hormiguero (*Mulo* en Yukuna), que pacíficamente se pasa ratos sentado y ratos pescando.
5. La Hormiga magiña (*Mai* en Yukuna), que procura molestar con las ortigas que lleva en la mano.
6. El Chimbe o murciélago (*Pizirí* en Yukuna), que canta sin cesar, con una especie de silbido.
7. La Ardilla (*Meebé* en Yukuna), que sube y baja continuamente, y va con un palito en la mano.
8. La Chucha (*Gichirí* en Yukuna), que va persiguiendo las pepas de los demás, que a su vez le arrancan las suyas.
9. El Tigre, que salta sobre los demás cuando están descuidados.
10. El Venado, que corre y salta con presteza, y sale de la escena cuando lo destripan.
11. Sapos vivos (*Maaba*), que llevan colgando, golpeándoles para que canten.
12. El Churruco (*Boina* en Yukuna), que trepa y pasa de un palo a otro sin parar ni un instante, midiendo miles de veces la longitud de los pilares y la circunferencia del techo. Como verdadero mono, curioso como él solo, busca y registra todo lo que encuentra a su paso, metiendo las manos y llevándose a la boca, con el chasco correspondiente al tropezar con el aji, que guardan en canastos colgados. Cuando da con el canasto del maní y pepas tostadas—maraca, marañón, guabas, etc.—, sin previo aviso cae una granizada de ellas sobre los espectadores, que no esperan otra cosa.
13. El Viento también está personificado (*Karená* en Yukuna), que lleva ramas que agita, y baile ligero.
14. La fealdad también está personificada. ¿En sentido moral o estético? A ciencia cierta no lo he podido averiguar. Lo llaman loco (*Torí* en Yukuna, y *Uariko* en Huitoto). Según un informador Yukuna, es algo feo, deshonesto. Cuando se les pide informaciones se sienten embarazados. Persigue a la gente.

Ultimamente he presenciado una pantomima especial entre los indios Huitotos y Okainas de La Chorrera-Oriente. Me hizo la impresión de una representación tan pueril como las de nuestros payasos populares y callejeros. ¡Pero con qué gravedad seguían la trama grandes y chiquitos! Y cuando llega la hora de reír y gritar, no hubiera nadie capaz de igualarlos.

Se representaba el papel de dos huérfanos, desempeñado por indios adultos bien disfrazados, cubiertos de pies a cabeza; uno, con el tejido vegetal llamado *Jibuimakuru*, de color marrón, y el otro, de color blanco, pintado, llamado *Joma* en Huitoto. Pendía del vestido una larga y anchísima cola, que arrastraban. Salieron de la casa, y todo el mundo tras ellos. Se sentaron en la puerta y hablaron largamente entre los dos. Todo eran oídos en los espectadores, que, al unísono, unas veces asentían, otras reían y se alborozaban con un sonido característico gutu-nasal, pero con la boca siempre cerrada. Después gimieron y lloraron, y cuando se cansaron, en un arranque de malcrianza simulada, arrojaron sobre la gente tortas de yuca, cazabe, maní, etc., que en grandes canastos ya tenían preparadas. Es fácil imaginarse la gran chichonera que se armó, sin distinción de sexo ni edades. Cada uno calculaba que cuanto más recogiese más fácil le sería pasar los dos días después del baile, en que no hay qué comer en sus propias casas, por dedicarse todos únicamente a descansar y a dormir. Para muchos, que viven a dos o tres días de distancia, eso, junto con la poquita carne que les puede quedar, será todo el avío para el viaje...

Con esto han llegado ya las perumbras del atardecer. La débil claridad que todavía alumbraba es el reflejo de las teas que iluminan el interior de la casa, y que llega por entre las rendijas y el boquete que sirve de puerta. Poniendo atención se oirá quizá un dúo o un solo que empiezan los indios a cantar...

VI.—EMPEZO EL BAILE

Esos mismos cantos, más o menos variados, y ese mismo ritmo, se repetirán una y mil veces durante toda la noche, y no cesarán ni un instante hasta el canto del gallo a la madrugada.

En la danza indígena el bailar es, al mismo tiempo, músico, con su canto; director de rítmica, con sus pies y cuerpo; y, finalmente, improvisador de esos mismos cantos, adaptados a las circunstancias, y con lenguaje castizo del propio idioma. En todos los bailes se distinguen los grupos y los que bailan individualmente. Unos van siguiendo los grupos, pero con ritmo más lento, y con el fin de tener el salón suficientemente iluminado llevan grandes teas encendidas. Otros constantemente van rodeando el interior de la casa, cantando y parándose en los ángulos y ante ciertos espectadores. Ordinariamente van con la escopeta a cuestas, como supliendo a la antigua lanza de guerra. Estos son los espanta-espíritus malos, según la primitiva costumbre conservada aún como ritual. En las manos llevan, además, alguna ramita, que sacuden cuando se paran a cantar. Estos mismos salen de vez en cuando afuera para ahuyentar al mal tiempo y amenazarle con la escopeta.

Los grupos se forman paulatinamente. Empiezan dos, que, cogidos por

los hombros y de lado, cantan y se mueven. Al principio apenas se oyen; pero, conforme se van agrupando, aumenta la voz, y el movimiento se anima.

La disposición de los bailadores puede ser o en círculo o en espiral, o en fila horizontal, de frente. Cuando bailan en fila, ordinariamente se colocan uno al lado de otro. Cuando llevan palo para marcar el paso o acompañar, no se cogen, o si lo hacen es sólo con el brazo izquierdo. En este caso el movimiento es lento. Si el baile es en espiral, se cogen con ambos brazos y se mueven saltando o con pasos largos y cruzados de unos con otros. La forma del baile es precisamente la más propia para dar facilidad a los cambios de dirección, pues cuando los de la punta interior ya no pueden encogerse más, deben los de la otra alargar el paso y retroceder. Posición de despliegue: del centro afuera. Posición de recogida: de afuera al centro. Con escasas variantes, así es el baile de esas tribus. Toda la noche el mismo golpe con el pie, el mismo canto sin variantes perceptibles al oído profano, el mismo movimiento del cuerpo.

Las mujeres también toman parte en el baile. A veces, se colocan al centro del círculo formado por los hombres, de cara a ellos; otras, formando ternas y de lado a los hombres, o bien, separadas, cogiendo con ambas manos el palo con que golpean, con movimiento lento, siempre adelante; alguna que otra se coloca detrás de un hombre, generalmente su esposo, y sigue su paso, tocando con una mano el hombro. En todos los casos siguen siempre el mismo ritmo y canto de los hombres, y las mujeres dan, con el contraste de su voz aguda, variedad y acompañamiento al canto de aquéllos. Lo curioso es ver cómo las mamás por nada se desprenden de sus hijitos para bailar. Y ellos, siempre dormidos, penden de sus espaldas, colgados de un tejido vegetal blanco y fuerte, llamado por los Huitotos *Jirifekgue* o *Jifekgué*, y por los Okainas *Maafi*.

El que dirige el canto es el primero que entona, y los demás van repitiendo tras él las frases cortas que va improvisando. No todos se ven con ánimo para dirigir el baile, no sólo por el cansancio, sino porque entran en él palabras ya en desuso y que muchos desconocen. Pregunté varias veces qué significaban ciertas palabras recogidas en el canto, y no supieron responderme, porque dicen que son palabras antiguas que conocen sólo los viejos. Entre tanto el Maguaré suena sin cesar. Llega ese persistente sonido a dominar el ánimo de los danzantes de tal modo que quedan bajo su influjo, como en suspenso y ensimismados en la monotonía tan constante de la danza. ¡Ya no pueden dejar de bailar! Algunos pocos bailan colocados en hilera sobre el *Tjadiko* (en Huitoto), que es un largo tronco hueco al modo de las canoas, artísticamente labrado y pintado, ordinariamente en forma de culebra. Cuando pintan ese tronco todos los asistentes deben dar las espaldas al *Tjadiko*.

Así pasan las primeras horas de la noche, siguiéndose unos bailes a otros. Afuera reina el más completo silencio. Parece que la naturaleza que rodea el ambiente, encandilada por la luz plateada de la joven luna, y participante de la embriaguez sentimental de los hombres, enmudece y contempla.

Nosotros comprendemos ese silencio y sentimos más íntimamente el paisaje nocturno por los rayos de la luna que penetran a través de las hojas de las esbeltas palmeras *Jimekke* que rodean la casa. ¡Qué influjo tan extraordinario en la imaginación el de la luna, contemplada desde la selva! Una débil neblina, propia de las noches de luna clara, se va acercando, nos envuelve, penetrándonos su humedad tan refrescante, que nos avisa y espiritualiza... Las notas profundas y prolongadas del Maguaré se extienden por doquier y se alejan para anunciar y hacer sentir a la naturaleza durmiente los sentimientos del que está encima de ella como rey de la creación.

Dentro de la gran choza reina también el silencio. Todo ruido y alboroto se ha extinguido lentamente. Niños y animales, satisfecho el apetito, descansan plácidamente en profundo sueño. Los muy viejos o enfermos, que no gustan o no quieren bailar, permanecen sentados en cuclillas, siguiendo con atención casi devota el curso de la danza, llenos las carrillos de coca y lamiendo de vez en cuando el palito del tabaco.

Toda conversación se ha cortado. Sólo se percibe una sola voz, un golpe seco de pie, en un ambiente de semioscuridad, débilmente saturado del humo del fuego, que poco a poco se va apagando. En la lucha para dominar el cansancio, esa voz y ese golpe no sé qué tienen de sublime, de espeluznante. Los danzantes siguen uniformemente moviéndose y cantando. Se han alienado, fascinados; como extasiados y autómatas, obedecen a fuerza ajena a su propia voluntad. Las mujeres, sin despegar la mirada del suelo, como si cuidadosamente lo fuesen midiendo, y con su seriedad tan característica, asemejanse a rudas vestales ofreciendo a la divinidad el culto de sus danzas. Este es el momento supremo del baile, y así se mantiene hasta que expira.

VII.—EPILOGO

De pronto canta el gallo madrugador. La luna va perdiendo su fondo oscuro del firmamento, y palidece su brillo. La neblina, ahora más tupida, temerosa de los rayos ardientes del sol, pasa lamiendo cada vez más cerca la tierra, y sobre el cauce del río se esfuerza en profundizar las aguas para no verse desgarrada y derretida. El horizonte del panorama selvático, por cierto tan limitado e infinito al mismo tiempo, se va detallando paulatinamente. Bostezan los niños y despiertan los perros. La danza va perdiendo su ambiente y expira con la vida del nuevo día. Todavía se percibe el eco de los sonidos del último baile, cuando ya la casa va quedando sola.

Nadie se despierta. Esa es la costumbre entre los indígenas. Recogen sus trastos, y unos a pie, otros en canoa, río arriba o río abajo, cada familia se dirige hacia su casa, donde durante dos o tres días descansará completamente de esa fiesta, que todos consideran algo de sus propias vidas...

ALBERTO DE CARTAGENA

estafeta

VACACIONES EN INGLATERRA. Archer's Court, Hastings. Teléfono 51577.—Perfecciona inglés en Hastings, pueblo simpático, habitantes amables, estancia campestre, quince minutos autobús distante población y playa a dos horas tren de Londres. Pensión completa temporada verano, £ 7.7.0. (pesetas 1.235) semanal; primavera y otoño, £ 5.5.0. (pesetas 882) semanal. Dormitorio salón descanso, agua corriente caliente y fría. Biblioteca. Jardines arbolada, extensos. Escriban vuelta correo.

SONIA PEREZ PELAEZ. Carrera, 91. \$ 59-67. Medellín (Colombia).—Solicita correspondencia con jóvenes de dieciocho a veintiocho años de edad, para intercambio de revistas, ideas, etc.

JOSEFINA ARGENTE DEL CASTILLO. Covadonga, 6. Madrid.—Desea mantener correspondencia con chicos y chicas.

MARIAM DE LA MORA. Apartado 21096. Madrid.—Solicita correspondencia con españoles mayores de treinta años de edad.

FELIX ARBOLI. Oficina C. E. M. A. Ministerio de Marina. Madrid.—Desea correspondencia con señoritas de diecisiete a veintidós años de edad, en español, inglés o francés.

BRENDA TAYLOR. 22 Roedean Road. Worthing. Sussex (England). De quince años de edad.—Solicita correspondencia en inglés con jóvenes.

CARMINA AROBES. Fernández de los Ríos, 70. Madrid.—Desea mantener correspondencia con chicos y chicas.

MARIA DOLORES YGARTUA. Víctor, 7. Bilbao.—Desea correspondencia con jóvenes de cualquier nacionalidad, de treinta y cuatro a cuarenta y seis años de edad, en español y francés.

NANCY OSTERMANN. Banco Agrícola Mercantil. Taquara. Rio Grande do Sul (Brasil).—Solicita correspondencia con señoritas de cualquier nacionalidad.

BIENVENIDO GARCIA. «Onena». Mayor, 28. Pamplona.—Solicita cambio de monedas y sellos extranjeros.

NOTA IMPORTANTE.—Advertimos a nuestros lectores interesados en la sección «Estafeta» que, como hasta ahora, seguiremos dando en nuestras columnas, gratuitamente, y por riguroso orden de recepción, todas las notas que se nos remitan para intercambio de correspondencia, cuando éstas se limiten a facilitar las relaciones epistolares culturales entre los lectores de MUNDO HISPANICO. A la nota deberán enviar adjunto el «Cupón de Estafeta» que figura en la misma sección. Pero cuando las notas aludan a deseos del comunicante para cambiar sellos o cualquier otra actividad que pueda tener un beneficio comercial, la inserción de su anuncio se hará contra el abono de 1,50 pesetas por palabra. Esta misma tarifa será aplicada a las comunicaciones normales que deseen que su nota salga con urgencia, y se les dará prelación a las demás, siempre que nos lo adviertan así, acompañando el importe en sellos de correos españoles, o bien remitiéndolo por giro postal a nuestra Administración, Alcalá Galiano, 4. Los lectores del extranjero pueden enviarnos sus órdenes, junto con un cheque sobre Nueva York, a favor de Ediciones MUNDO HISPANICO, reduciendo pesetas a dólares al cambio actual.

NOTA.—En las señas de todos los comunicantes de esta sección donde no se indica nacionalidad se entenderá que ésta es ESPAÑA.

EMILIO MONICA. General Yagüe, 41. Elda (Alicante).—Desea correspondencia con señoritas de cualquier parte del mundo, de quince a veinte años de edad.

FULGENCIO MUÑOZ y JESUS GASCON. Banco Hispano Americano. Sabadell (Barcelona). De dieciocho años de edad.—Solicitan correspondencia en inglés, español, francés, italiano y portugués con señoritas de cualquier nacionalidad.

CARL JANSSON. Box, número 5608. Borås J. Suecia.—Desea correspondencia con españoles y sudamericanos de uno y otro sexo interesados en los viajes, la religión, exportación e importación, etc.

MANUEL ESCOBASA. Ave María, 22. Madrid.—Solicita correspondencia con jóvenes de uno y otro sexo de cualquier parte del mundo.

GUILLERMO CLEMENTE ALONSO. Tercios de Flandes, 6. Plasencia (Cáceres).—Desea intercambio de sellos de correos.

MARIO E. TRAPENESE. Independencia, 550. Buenos Aires (R. Argentina).—Solicita correspondencia para intercambio de sellos.

FRANCISCO FERNANDEZ LOZANO. Calle Acequia, 2. Sallent (Barcelona).—Solicita correspondencia con señoritas de cualquier parte del mundo, en español o francés.

LUZ MEJIA MORALES. Carrera, 41. \$ 59-90. Medellín (Colombia). De quince años de edad.—Solicita correspondencia con jóvenes de dieciocho a veinte años, de cualquier país, interesados en el cambio de ideas, revistas, etc.

PAMELA ARNOLD. 174, Lewisham Road. Lewisham. London, S.E. 13 (England). De dieciséis años de edad.—Solicita correspondencia con jóvenes de uno y otro sexo aficionados a la música, pintura, viajes, idiomas, etc.

FERNANDO MONIZ. Rua Cavaleiros, 42. 3.ª Lisboa (Portugal).—Solicita correspondencia con señoritas españolas e hispanoamericanas aficionadas al deporte.

Con el pintor Kristián Krekovic

(Viene de la pág. 38) abstractos, que pintan e inventan lo que no ven. Hasta traté de encontrar, sin tino y sin certeza, influencias y reminiscencias ilustres en este pintor inquieto que se acuerda de la lección luminosa del Tintoretto, de los claroscuros de Rembrandt y del buen impresionismo realista de Joaquín Sorolla, como en un lienzo que representa a algún gran inca o sacerdote cubierto de oros, conseguidos sin metal ni purpurinas, por sabios reflejos que descubrió el pincel, que nos trae a la memoria, sin que haya ningún parecido formal, aquel maravilloso retrato que del general mejicano Porfirio Díaz pintó la originalidad vigorosa y osada del valenciano genial. Pero en la ocasión en que me dispuse a escribir esta crónica, preferí prescindir de la crítica de arte. Fué el día en que se clausuró la exposición. Me acerqué al pintor amigo para charlar con él delante de uno de sus lienzos, que él explicaba y comentaba. Kristián Krekovic, croata de nacimiento, la faz dura e inteligente, una remembranza lejana de Alberto Durero, tocaba su frente voluntariosa y abombada con la boina vasca de los Zuloaga y los Zubiaurre. Una sonrisa, acogedora y amable, aparentemente humilde, iluminó su seriedad. Me habló sin jactancia de su voluntad y de su paciencia para conseguir por tierras del Perú, por sierras, llanos y mares, todos los utensilios, las telas, los adornos indispensables para vestir sus figuras y conseguir la impresión de una pintura directa en que la imaginación sólo volase sobre una realidad segura y verdadera. Observé que el sueño del pintor sólo había sido fantasía consciente cuando pintó los ojos de sus retratos. Ya sabemos que un ojo es bello, más que por el color, más que por la brillantez, por el corte de sus párpados y por su disposición. El ojo completamente horizontal tiene una expresión hierática; el ojo oblicuo dice siempre más; si la oblicuidad va hacia abajo desde el lagrimal interno a la mejilla, el ojo parece triste o asombrado; si la oblicuidad descende desde la sien a la nariz, la mirada parece más viva, a la vez amorosa, alegre y astuta. Krekovic

agrandó los ojos de sus figuras y los cortó la mayor parte de las veces, oblicuos hacia adentro, para dar más clara la sensación de amoroso rendimiento, de porfía y de ambición a la vez humilde y callada, que es la característica de toda aquella raza. Con todo ello no renunciaba a pintar la verdad, a embellecer la verdad sin falsearla. Así me contó de los requerimientos y súplicas que hubo de gastar durante cuatro años para obtener que el noble joven de la casta de los Orejones que había escogido para que le sirviese de modelo de un posible Manco Capac se aviniese a ello revestido con todas las precesas y los atributos del Inca. Fué entonces, yo creo que fué entonces, cuando me cantó en el recuerdo el verso de Machado ante el esfuerzo titánico del artista. «...Polvo, sudor y hierro, el Cid cabalga.» Le pregunté al que ya era mi amigo:

—¿Ha vendido usted mucho?

Me respondió dulcemente, ocultando su legítimo orgullo:

—Me han querido comprar mucho, pero yo no vendo nada. ¡Toda la vida no sabe que yo me he nacionalizado peruano! Todos estos lienzos son mi vida en el Perú. son mis espejos. y yo no quiero desprenderme de ellos. Cuando me muera devolveré todos mis espejos al Perú, que me los dio.

Estreché efusivamente las dos manos de este pintor peruano absoluto, totalmente peruano, por la voluntad de su corazón y por el color la forma de su arte.

Mientras estaba escribiendo estas líneas llega a mí como una excepción preciosa un regalo del pintor. Es el retrato de una india moderna en oración. Está arrodillada y parece que sueña entre el paréntesis de sus trenzas negrísimas. Tiene a lado un cántaro, dos cestas de mimbre y aparece envuelta en un chal de vicuña. Retoño de su vieja raza, tejedora y alfarera, cristianada por España, me mira con sus ojos oblicuos, brillantes y tristes, desde la pared fronteriza a mi escritorio, y es como toda mi patria y me hace dulce la nostalgia.

FELIPE SASSONE

TRES MIL ARGENTINOS RESIDEN EN MADRID

(Viene de la pág. 15.) Moreno a dos jóvenes en los que él tenía puestas grandes esperanzas, Marcos y Pérez Román. Tuvo que ser esto obra del crítico José María Moreno Galván (del que ustedes van a oír hablar muy pronto, porque está preparando un libro sobre pintura hispanoamericana que quienes conocen algunos de sus capítulos consideran sensacional). José María preparó la exposición de los «Tres pintores argentinos» en el Instituto de Cultura Hispánica, y ahora se anda moviendo para llevar sus obras a Oviedo, donde ya expuso Marcos en 1955, porque hay que advertir que Juan Carlos estuvo ya en España desde 1953 a 1956.

En la reunión están también, entre otros, el joven novelista Jorge Cela Trulock, hermano del académico Camilo José Cela—que acaba de ganar el Premio Ateneo, de Valladolid, por su cuento largo *Blanquito, peón de brega*, e irrumpe en las letras españolas con voz propia, como la de semejanzas con otras, como la del autor de *La familia de Pascual Duarte*, sólo tiene el apellido—; el periodista Carmelo Martínez, jefe de Redacción del semanario *SP*, que algún día se llevará el Nadal con una de sus novelas inéditas, y el pintor y decorador ar-

gentino Héctor Pascual, que resultó ser amigo de los amigos de Pérez Román. Una nueva coincidencia. Se habla de ello, Pascual, casi borgiano, afirma:

—Yo estoy seguro de que, si me quedo aquí, en España, a lo largo del tiempo veré llegar uno a uno a todos mis amigos.

Se habla de la exposición presentada por el boliviano Iturri Guzmán en el Círculo de Bellas Artes; de la que montará dentro de unas semanas Rosario Moreno en el Ateneo, para recibir la definitiva consagración de la crítica de arte madrileña; se habla de las conferencias pronunciadas en la cátedra Ramiro de Maeztu por don Godofredo Iommi, argentino, profesor de la Universidad Católica de Valparaíso, y se trata de desentrañar por qué su teoría poética seduce a los plásticos. Marcos está entusiasmado. Pérez Román lo está también por eso y por otra razón: lleva una temporada cenando gratis en una «tasca» porque ganó una apuesta al dueño: que Pascual Pérez vencía por k. o. al aspirante al título mundial, Young Martín. Jorge Pérez Román jugó con ventaja. El había visto boxear a Pascualito. Como jugó otro argentino, cuyo nombre no hace al caso, que

ganó 18.000 pesetas en diversas apuestas. Se discute, se toma mate y se cantan taquiraris, huainos y carnavalesitos con el acompañamiento musical de Iturri Guzmán, al que se le asegura que, si se marcha a París, no morirá de hambre con su pintura, porque podrá vivir del charango.

—Lo que nos falta a los argentinos que salimos al extranjero es un poco de apoyo cultural de nuestro Gobierno y un poco de apoyo financiero de unos mecenas que no tenemos, para que podamos ocupar un lugar en el sol, en el arte—se oye decir.

La misma frase se ha repetido una y mil veces, y quizá la conozcan de memoria las estrellas que alumbran esta noche la vidriera del estudio. Uno piensa que, con o sin ayuda, esta juventud ambiciosa, alegre y despreocupada sabrá encontrar su «lugar en el sol».

UNA «REPUBLICA» MENDOCINA

Hace unos años se llamaba «república» al acuerdo entre un grupo de jóvenes, casi siempre estudiantes, que alquilaban una vivienda y hacían vida en común, repartiendo las tareas de la casa. Al cambiar la forma de gobierno, cambió también de nombre en España esta forma de convivencia impuesta por las condiciones de la vida moderna. Sin embargo, y tratándose de argentinos, bien vale que llamemos «república» al departamento que tiene alquilado el matrimonio Maggi en la avenida de las Islas Filipinas, una de las modernas calles que se abren próximas a la Ciudad Universitaria.

Carlos Horacio Maggi, puntano, llegó a España en noviembre de 1956. El Colegio Mayor de Nuestra Señora de Guadalupe lo acogió durante unos meses, hasta que vino a unirse con él su esposa, la mendocina María Elena. Durante el verano pasado, aprovechando las vacaciones, el matrimonio hizo un viaje por Francia, Italia, Suiza, Austria y Alemania, y al regresar a Madrid decidieron fundar una «república» estudiantil y mendocina.

Carlos y María Elena se conocieron en la Facultad de Filosofía y Letras de Mendoza, donde estudiaban ambos. Una beca del Instituto de Cultura Hispánica trajo a Carlos a Madrid, a hacer su tesis doctoral sobre «La poesía de Leopoldo Lugones», y el entusiasmo con que hablaba en sus cartas sobre la vida universitaria española animó a María Elena a dejar al hijo del matrimonio, Carlos Leonardo, de dos años, en casa de los abuelos, y reunirse con su marido hasta que presentara la tesis.

Carlos ha trabajado en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid con los profesores don Carlos Bousoño, don Dámaso Alonso y don Santiago Montero Díaz, y está dando en estos días los últimos toques a la tesis, que le ha dirigido don Luis Morales Oliver. Cuando usted lea estas líneas, Mendoza contará con un nuevo doctor en Madrid, y la bibliografía de Lugones se verá incrementada con un nuevo trabajo, visto desde el ángulo de la estilística de Dámaso Alonso y Bousoño.

María Elena, entre tanto, espera concluir una monografía sobre «Hinojosa en la historiografía española», que le ha sido encomendada por el profesor don Santiago Montero Díaz como una de las tareas de su seminario, que es uno de los más concurridos por los universitarios hispanoamericanos que estudian en España. En el ambiente de esta capital, María Elena, madre y ama de casa, vuelve a ser fundamentalmente una estudiante y a llevar la vida joven de los estudiantes—clases, conferencias, exposiciones—, relegando a un segundo plano—mínimo vital—la cocina y las tareas del hogar, que comparten todos los que habitan el departamento de la avenida de las Islas Filipinas.

Porque hay que advertir que el matrimonio Maggi es la célula original de la «república», pero que, como en el caso de otros matrimonios estudiantiles hispanoamericanos que conocemos, en torno a ella se agrupan otros universitarios, que prefieren esta forma de convivencia a la vida en las pensiones o a esperar la oportunidad de ingresar en uno de los deseados Colegios Mayores, que hoy resultan insuficientes para acoger a los miles de estudiantes hispanoamericanos que hay aquí.

La idea de la «república» mendocina nació del deseo de una mayor libertad de movimientos y la necesidad de silencio para el trabajo intelectual que el matrimonio Maggi no podía encontrar en un hotel o pensión. En una conversación en el bar del Instituto de Cultura Hispánica se pusieron pronto de acuerdo con las universitarias mexicanas Zoraida Vázquez y Edda Panzani, y los cuatro juntos buscaron uno de los tantos departamentos amueblados que se alquilan en Madrid. De este modo cuentan con una vivienda de seis habitaciones, cocina y cuarto de baño—«un pasillo de dieciocho metros de largo», añade María Elena—, y con un presupuesto de 2.000 pesetas por persona cubren todos los gastos e incluso pueden comprar cigarrillos, ir al cine o al teatro dos veces por semana (descuento del 50 por 100 en los teatros Español, María Guerrero y Recoletos para los estudiantes hispanoamericanos) y probar los mariscos que se ofrecen en las «tascas» madrileñas.

Mendoza y México se equilibran democráticamente en la «república», si es que tienen voto las mujeres. La mexicana Zoraida Vázquez Vera prepara su tesis doctoral sobre «La opinión del indio en Fernández de Oviedo», para revalidar el doctorado que ya consiguiera en México. Su compañera Edda Panzani, licenciada en Ciencias Sociales, sigue un curso de Seguridad Social, y en la Directiva de la Asociación de Estudiantes Mexicanos Residentes en España hace que ésta sea una de las más activas organizaciones estudiantiles de la colonia americana en Madrid.

Como el departamento es grande, y si aumenta el número de «ciudadanos de la república» disminuyen proporcionalmente los gastos—y el trabajo de atender las tareas elementales—, otros estudiantes han convivido o conviven allí: Carlos Orlando Nallim, mendocino, compañero de Facultad de Carlos Maggi, profesor adjunto de Introducción a la Literatura en la Universidad de Cuyo, pasó tres meses en el departamento, preparando su tesis sobre «La novela en Pío Baroja», que presentará en Mendoza. A España lo trajo la necesidad de hablar con el sobrino del recientemente desaparecido escritor, el profesor don Julio Caro Baroja, y con tantas personas que lo conocieron. Ahora Nallim está en Vera del Bidasoa, la aldea vasca próxima a la frontera, donde se conservan la biblioteca y tantos recuerdos de don Pío.

Se marchó Nallim, pero poco después vino a reemplazar la vacante mendocina Delia Villalobos, que estudió en la Facultad de Letras de la Universidad de Cuyo y que se ha matriculado en la Facultad madrileña para seguir un curso de Historia del Arte.

Mendocinos y mexicanas reciben en su casa a otros compañeros estudiantes hispanoamericanos: a los argentinos Oscar Alvarado, Roberto Miri, Rubén Ruiz de Galarreta, Beccar Varela, Mihura, Nasser, Héctor Martínez Castro.

—Nosotros ponemos el cariño y Nasser pone el mate—dice Carlos Maggi.

Delia Villalobos toca la guitarra, acompañada por los mexicanos Royo y Lachica, y los términos mexicanos, argentinos y españoles enriquecen el lenguaje de unos y otros en la fiesta, «guateque» o «pachanga» organizados

de cuando en cuando en el departamento.

Otras veces son profesores los invitados al departamento. El matrimonio Maggi espera recibir el giro de primero de mes para invitar ahora a don Angel González Alvarez, que fué profesor de Metafísica de la Universidad de Mendoza y ahora lo es de Madrid; a don Julio Caro Baroja y a don Rafael Benítez Claros, que fué profesor de Literatura Española en la Universidad mendocina y ahora es catedrático en la de Oviedo. Para entonces Carlos Maggi será doctor, y eso y el giro le permitirá recibir en su casa con todos los honores a los catedráticos.

LA HISTORIA: DE CASEROS A BOCCHERINI

Cuando llegó su esposa, Ana María, el profesor don José María Rosa dejó el estudio, que pasaron a ocupar los jóvenes pintores, y se fué a vivir a una modesta pensión en el barrio de Salamanca. El ex catedrático de Historia de las Universidades de la Plata y Buenos Aires lleva ya un año en España, donde está muy próxima a aparecer su obra: *Caseros; la caída de Rosas*, que se refiere a uno de los episodios clave de la historia argentina. La obra, en imprenta, la edita el Instituto de Estudios Políticos, y es tal el interés que ha despertado, aun antes de su publicación, que ya están encargados más de 500 ejemplares por dos librerías de Buenos Aires.

El profesor señor Rosa ha consultado documentos originales, hasta ahora inéditos, en los archivos de Itamaratí (Brasil), Nacional de Montevideo y Urquiza y Rosas, de la capital argentina, y nos dice que en *Caseros* proyecta una luz nueva y aclara definitivamente las relaciones diplomáticas, políticas, militares y comerciales entre Argentina, la República Oriental del Uruguay y el imperio del Brasil durante el período comprendido entre 1843 y 1852.

Colaborador de la *Revista de Estudios Políticos*, donde ha publicado dos monografías, el profesor señor Rosa prepara una nueva obra sobre *La evolución política y económica de la ciudad argentina, desde su fundación hasta la constitución en provincia en 1831*. Conversador lleno de seducción y gran conferenciante, ha realizado recientemente un viaje por Asturias, disertando sobre «Don Quijote y Martín Fierro» en varias cultas localidades donde la Argentina es una palabra familiar que viene enlazada por vínculos de sangre. Nos habla, con palabra pausada y frase colorista, de la feria de Grado; de la torre feudal y la iglesia románica de Salas; nos formula su tesis sobre el origen celta de Tineo, que basa en la estructura de la villa, y de los osos y vinos de Cangas de Narcea. Prologamos la conversación en una taberna de la calle de Jardines, lugar de cita de algunos argentinos: «El Platillo Volante», y escuchamos la historia de Valladolid, que él nos describe en torno a la plaza Mayor, o recorremos de su erudita mano León, Oviedo, Tomelloso, Santander... En las dos últimas ciudades también ha dado conferencias, invitado por centros culturales de las mismas.

Dejamos al profesor señor Rosa para encontrarnos con don José Rodríguez Faure, nacido en Avellaneda, músico, director y compositor, con un amplio historial cinematográfico (las partituras de 40 películas) y radiofónico (director de Radio El Mundo, Radio Splendid y Radio Belgrano). El maestro Rodríguez Faure lleva un año en España, aunque ha hecho breves escapadas a Baden-Baden (Alemania), Zurich (Festival de Música Contemporánea), Viena (donde ha dirigido la Sinfónica) y Milán, Roma y Nápoles. El compositor y director está ahora consagrado a preparar las biografías de Luis Boccherini y Scarlatti.

—Ambos fueron músicos de capilla de la familia real española durante treinta años. Boccherini fué protegido por el infante Don Luis, hermano del rey Carlos III, y por los condes de Benavente y los duques de Osuna, dejando inéditas las óperas *Clementina* e *Inés de Castro*, que se conservan en el Archivo Municipal de Madrid. En Hispanoamérica tenemos la impresión de que eran dos extraordinarios músicos italianos que pasaron temporadas en España, porque desconocemos u olvidamos que vivieron treinta años aquí; que en Madrid se casaron dos veces ambos y dos veces con españolas, y que los hijos que tuvieron fueron españoles. Toda su obra la realizaron en España y bajo el espíritu de España, lo que no ha sido suficientemente destacado por sus biógrafos hasta ahora.

»Yo—prosigue el maestro Rodríguez Faure—he consultado numerosos documentos inéditos y he obtenido fotocopias de los mismos en el palacio de Liria, de los duques de Alba; en la parroquia de San Martín, donde he visto el testamento de Scarlatti y las partidas de nacimiento de sus hijos; en la Biblioteca Nacional. Y he consultado los archivos de Venecia y Nápoles. Fué en estas dos ciudades italianas donde encontré documentos de los ilustres músicos, que tenían el sello real de la casa de España. Aquello despertó mi curiosidad. Al venir a Madrid, vi con sorpresa que nadie podía decirme cuántos y cuáles documentos habían sido llevados a la península italiana, ni cuándo sucedió eso. Toda la obra de Boccherini y Scarlatti en España está sin ordenar y clasificar debidamente. Se encuentran apilados infinitos de documentos de finales del siglo XVII y principios del XVIII, época en que los dos músicos fueron maestros de capilla de la familia real. Estoy absolutamente convencido de que voy a encontrar obras inéditas de ellos entre tantos legajos, que nadie se ha detenido a estudiar. Tengo ya la debida autorización para ello, y estoy lleno de ilusión, considerando que mi trabajo podrá ser una interesante aportación para la historia de la música.

«A MEDIA VOZ» POR RADIO

Radio Intercontinental. Una de las emisoras comerciales más importantes de Madrid. Su director artístico, Alberto Donper, es un porteño. Vino a España en 1953, después de dar tres vueltas por Hispanoamérica y trabajar en Radio Belgrano, de Buenos Aires; Radio Minería, de Santiago de Chile; Radio América, de Lima; La Voz de Antioquia, de Medellín; Radio Popular, de Maracaibo; Radio El Mundo, de Puerto Rico, y La Voz Dominicana, de Ciudad Trujillo. Alberto R. Ventura—Donper es su seudónimo—vino a España en un viaje de turismo, con el propósito de quedarse seis meses. En 1958 sigue en Madrid, comiendo los domingos tallarines con vino de Valdepeñas. Pero en el espacio de estos cinco años, cuatro los ha pasado en Tángier. Se fué a la entonces zona internacional del norte de Marruecos para cambiar unos dólares, le ofrecieron la dirección de Radio Africa-Tángier, aceptó y en ese tiempo hizo de una emisora que transmitía en 10 kilovatios de potencia (programas en francés) y un kilovatio (programas en español), una radio que transmite en 160 y 20 kilovatios, respectivamente. Sus series radiofónicas «Trágico destino» y «Más fuerte que la muerte» llegaron a provocar neurosis en más de un hogar tangerino y de Gibraltar.

Ahora, por Radio Intercontinental, de Madrid, donde está desde hace un año, Donper realiza personalmente cuatro programas «Su majestad el tango», «Rendez-vous con Bernard Hilda», «Cuatro orquestas en la noche» y el serial de radioteatro «Trágica obsesión». Va a iniciar de nuevo un programa «A media voz», que

(Sigue en la pág. 60.)

ALGUNOS NO HEMOS MUERTO

Por CARLOS M. YDIGORAS

ERAMOS millares; en el frente oriental combatían millones de soldados más. Pero los episodios que recogen este libro giran casi exclusivamente en torno a la vida de un pelotón. Un grupo de asalto, con la forzada renovación de sus miembros, se apodera de estas páginas.

Son ellas, simplemente, la Novela de un Soldado.

CAPITULO PRIMERO

POSSAD

—Sordo..., estoy sordo.

No sentí miedo, sólo lástima de mí mismo al saberme perdido, tan absolutamente indefenso. Pero la guerra sin ruido me serenó con brusquedad, porque era increíblemente extraña e inocente. Puñados de seres, de casas, de árboles, de nieve y tierra, morían y saltaban por unos aires que aun debían bramar. Silencio. Parecía una broma o un ensayo; un agitado juego.

El mundo de los sentimientos se había desvanecido con el oír. Hombres y fuego callaban. Todo estaba sumido en un abismo de silencio.

Rusia.

Sector norte del frente oriental.

11 de noviembre de 1941.

El termómetro marcaba 39° bajo cero. Ya había caído la noche sobre nuestras posiciones del río Wischera, pero el enloquecido crepúsculo que formaban los destellos de las explosiones y los incendios seguía mostrando el espantoso escenario del frente.

A mi lado estaba el fusilero ametrallador. Su cabeza, apenas unida al tronco por una sucia mezcla de arterias y músculos, contaba los fugaces soles de los estallidos, que, rasgando la noche, pintaban en ella las múltiples formas de la risa, el asombro o el terror.

En aquel combate sin eco, el cadáver era una protesta contra el salvajismo del hombre.

—Sordo..., estoy sordo—murmuraba en un angustioso sueño.

Una desconocida presión me sacudió las sienes y fué a extenderse por la cabeza. El lenguaje metálico de la guerra volvió a rugir.

—¡Ya oigo, ya oigo!—grité poniéndome en pie de un salto.

El soldado que estaba a mi lado torció su vieja mirada. Pero eran tantos los que enloquecían...

Segundos, horas... ¿Quién sabría decir el tiempo que separó aquellas opuestas sensaciones?

Escondidos en los parapetos, las casas o las simples «cuevas de zorro», resistíamos el feroz bombardeo. Medio sepultados, asfixiándonos en pólvora y miedo, esperábamos el asalto de la infantería moscovita. Allí, a lo lejos, el estorrido de las baterías enemigas, aldabones de muerte llamando a rito, seguían bramando. Dos, tres..., ocho estampidos; una, ocho..., ¡centenares de veces!, en las que el cerebro estremecido repetía: «¡Vienen!...» Los nuevos mensajeros del fin ya salieron, avanzan, ¡caen!..., ¡ya caen! Estallaban. Otros venían, y, entre ellos, el nuestro..., ¡el mío!

Segundos, horas... El alma murmurando la angustiosa letanía:

—¡Vivo! ¡Vivo!

Sólo así tenía conciencia de existir. Y tan instintivamente como los desesperados saltaban al descubierto, yo me fundía con las ruinas del helado parapeto.

Pero otras fuerzas arrancaban a los hombres de sus refugios. Un cañonazo estalló a mi lado y un muerto cayó sobre mí. Y con él, otro obús. Golpeado en su sonido mayor, el mundo pareció romperse. Sentí unas férreas garras que me sacaban del hoyo, un golpe tremendo en el rostro, luego en el costado... Sobre mí llovieron ramas deshechas, piedras y nieve, mucha nieve.

PODRIA decirse que Carlos M. Ydigoras vino al mundo con tres o cuatro siglos de retraso. Tal es su carácter. Su sangre vasca y la profundidad que da Castilla, modelaron en él uno de aquellos hombres que nos recuerdan a los acompañantes de Hernán Cortés y Orellana. Que, como buen español, está siempre dispuesto a romper lanzas por lo que él cree justo y por el buen nombre de su patria. Su vida aventurera y venturosa se cuenta en el reportaje que publicamos en páginas anteriores de este número.

Con "Algunos no hemos muerto", Ydigoras logra, sin duda, acercar a la realidad a muchas gentes sinceras que no tuvieron fácil ocasión de conocer la verdad, el espíritu de unos hombres—los primeros de Europa—que voluntariamente marcharon a combatir el comunismo.

Hoy ofrecemos a nuestros lectores, como muestra de la trascendencia de "Algunos no hemos muerto" y su alto valor literario, no unos textos escogidos del libro, que sería vano trabajo, sino sencillamente sus primeras páginas.



M.P.



La voz íntima seguía susurrando:

—¡Vivo! ¡Vivo!

Y, mezclándose a ella, la humana de un desconocido que gritó:

—¡Chaval, chaval!, ¿estás herido?

Un brazo rozó mi pecho. Me pusieron boca arriba, me palparon el cuerpo y colocaron el casco.

—No es nada, chaval, no es nada.

La tensión epiléptica de mis párpados se quebró. Abrí los ojos y vi una sosegada expresión. Vi a Matías.

—Cálmate, chaval...

El bombardeo, arrastrándose hacia nuestra retaguardia, destruía pueblos, bosques y vías. El monasterio de Otensky y Chewelewo ya quedaban al otro lado de la trampa. Cortado el camino, los refuerzos y las caravanas sanitarias eran interceptados. Continuamente humeaban a lo lejos los rastros de los incendios y la sangre de los heridos y las bestias. Y en torno a nosotros todo ardía o parecía arder: las aisladas «saunas» (1) situadas entre la carretera de Radowscha (que corría hacia Leningrado) y el río Wischera; las villas de Possalok, Possad, los bosques. Hasta la nieve, hasta los hombres semejaban conquistados por la hecatombe de fuego. El aire crujía amenazador, quejumbroso; el suelo aparecía veteado de trozos humanos y chamuscados trapos. Estábamos quemados por el frío, por la melinita de las bombas, asustados por las gigantescas llamaradas. Aquello no tenía remedio ni fin. Una sensación de horrible asco nos envolvía.

—Llevan tres horas tirando—murmuró Matías, regresando a su agujero.

—Tres horas..., y parece una eternidad.

—¡Hurra! ¡Victoria! (2).

Un regimiento de tiradores se lanzaba al ataque.

—¡Los rusos, los rusos!

Negro y desencajado, con el fusil en alto y la otra mano extendida hacia adelante, aquel hombre, que parecía un infernal caudillo, seguía rugiendo:

—¡Los rusos, los rusos!

Calló para temblar en una frase que me llegó perdida en la fisura de dos explosiones:

—Cuánta sangre sale de la cabeza...

Poco después, presa de esa extraña lucidez que a veces envuelve a los hombres momentos antes de morir, lo vi sacudir contra las tierras rotas sus dedos rojos; lo vi levantar la cabeza bruscamente, mirar al cielo e incorporarse.

Se apretó las sienes, rugió en una diabólica carcajada y cayó desplomado. Estaba muerto.

Los cadáveres, que nadie enterraba, se iban amontonando en las viejas tierras de Rusia.

—¡Los rusos, los rusos!

Hombres, armas y gritos se acercaban balanceándose. Ante nosotros la masa aullante y desbocada; detrás, la cortina de artillería, que impedía el repliegue. Encima, millares de obuses y balas segaban el aire. No había posibilidad de rechazar, de retroceder, de huir o de esconderse. Empujado por el frío, aterrorizado, me retorcí en el agujero. Los nervios que el bombardeo no había conseguido romper sólo servían para convulsionar mis mandíbulas, mis piernas y mis puños cuando los primeros arañazos del miedo ya insuperable insensibilizaban el cerebro. Me dejé deslizar al fondo del hoyo y cerré los ojos. Parecía tranquilo y estaba horrorizado.

—¡Hurra..., hurra!

Maquinalmente repetían mis labios los gritos, cada vez más cercanos, de los atacantes.

—¡Cobarde, sal de ahí!

—¡Cobarde!... ¡Soy un cobarde!—rugieron mis entrañas; un extraño impulso movió mi cuerpo.

—¡Cuántos hay vivos!

Mi miedo, por el milagro de una palabra, había sido vencido por ese otro miedo que, convirtiendo a los hombres en héroes o suicidas, los empuja a asomarse a la muerte. Ajusté la culata en el hombro y comencé a disparar.

Un ruso..., diez. Yo, yo también acallaba hombres y armas, ¡yo también mataba! El arma, el triunfo. Una salvaje alegría se apoderaba de mí.

Y como en Sitno y los Cuarteles, ya pude repetir:

—Estoy matando, ¡qué fácil es!

Pero el empuje enemigo era arrollador. Por la derecha, alguien se iba.

—¡Todo el mundo atrás!... ¡Retirarse!

Comenzamos a correr en dirección a Possalok.

Detrás, gruñendo salvajemente, venían los rusos. Debimos detenernos, y una sincronizada andanada de bombas, produciendo una cruel carnicería, causó en ellos movimientos de pánico. Pero, aun así, sus vanguardias entraron en el pueblo con nosotros.

Y en aquel mísero escenario, entre las construcciones ardiendo, el silbar del viento y el azote de las nieves, se libró uno de los más despiadados combates de la guerra. Durante horas nos apuñalamos casa por casa, agujero por agujero. Desde las puertas y las ventanas, desde detrás de nuestros camaradas muertos disparábamos a quema ropa. De *isba* en *isba* (1), de esquina en esquina, de cadáver en cadáver..., las bombas de mano, las ráfagas de ametralladoras se cruzaban al tuntún. A veces abatíamos a los mismos compañeros, porque sólo matando creíamos vivir. Hombres enloquecidos corrían sobre las heladas calles. Los desmayados por tanto horror caían; los agotados se recostaban en cualquier pared para ver cómo ante ellos, persiguiéndose cual despiadadas fieras, pasaban otras fieras que eran hombres; para ver cómo los caídos en manos de aquellos mongoles eran degollados o estrangulados. Los exhaustos..., había algunos que dormían.

Pudimos replegarnos. Un clamor de agonía y un montón de ruinas quedaban en manos del enemigo. Era Possalok.

Había visto desplomarse ante mi arma, para sólo experimentar miedo y el angustioso deseo de sobrevivir, puñados de hombres. Y cuando, ya sin hostigar, entrábamos en Possad, recordaba el golpe de mano con que conocí la guerra y el remordimiento que lo siguió; la apatía de Sitno y la crisis, también remordimiento, que tras ella vino. Recordaba y confrontaba con el presente. ¡Cómo había cambiado! ¡Qué metamorfosis la de mi alma!

Matías. ¡Cuánta razón tenía Matías.

Aquel amanecer venía a grabarse para siempre en mis entrañas. No disponíamos de adecuados uniformes; apenas quedaban algunas vendas, algunas cajas de municiones, algún mendrugo endurecido. Estábamos echados sobre la nieve, sobre la sangre y sobre nuestros propios excrementos. Unos descansaban sólo minutos, los demás mataban. Luego nos turnábamos. En estos breves reposos muchos se iban tan silenciosamente, que, al quererlos despertar, los encontramos yertos por la helada. A otros, a los que el frío o el agotamiento atenazaban o cuya razón ya deliraba, los acurrucábamos en los hoyos. Un proyectil caía sobre ellos y así encontraban el privilegio de una tumba ya preparada.

Pese al apocalíptico azote de la batalla, no era el combate, era la horrorosa temperatura, que ultimaba sin tocar ni avisar, lo que nos desesperaba.

Aquel Possad, que ya tenía más de cementerio que de pueblo, ofrecía la dantesca belleza de sus lenguas de fuego. Los obuses seguían lanzando contra el aire espeso a seres inmovilizados por la temperatura, la pérdida de sangre y el miedo. Los aún útiles, cuando su hoyo o su trinchera eran destruidos, corrían en busca de un nuevo refugio y un nuevo fusil. Y poco después, con el árbol, el muerto o la ruina, saltaban impelidos por otro cañonazo de los millares que inflamaban el ambiente. Llevábamos horas soportando las iras del fuego, las mordeduras de la naturaleza, la inconcebible tensión de los nervios.

Los S. O. S. de la radio vibraban sin interrupción. Voces nerviosas o angustiadas que prometían o pedían auxilio, se estrellaban en los aparatos de transmisiones. Los rusos, la casi totalidad del regimiento empeñado en la primera hora, yacía destrozado; lanzaban sin pausa nuevas compañías, batallones enteros de la guardia de Stalin, que iban a la hoguera de la lucha en su empeño de liquidar a la débil guarnición de Possad, ya sin capitanes, apenas con algún oficial y agotados soldados.

Pero una vez más el enemigo debió esconderse en los pliegues del terreno. Y, como siempre que eran detenidos, los moscovitas arrojaron un aluvión de morteros. Un crujido... Fulminados, tres hombres se desplomaron a mi lado, y envuelta en una asfixiante ola de azufre y calor, mi mente se tambaleó.

Los dientes crispados, apreté la pierna herida y cerré los ojos. Así contuve el desvanecimiento.

Otra vez la muerte se había asomado. Aquellos tres cadáveres que yacían a mis pies la recogieron con el mimo de sus vidas.

(1) Baños de vapor. Edificio de madera.
(2) ¡Victoria!

(1) Choza, vivienda común rusa.

Y experimenté la sensación de que había envejecido diez años.

El combate, la guerra, iban pasando.

* * *

El cielo se mostraba brillante y hermoso. La estepa, blanca y azul, lamida por las lenguas de fuego, resaltaba espléndida, y los bosques parecían llamar a la meditación. En la alta noche, cooperando con la gran luna, millares de astros parpadeaban. El viento había amainado y la helada brisa cortaba los rostros. Las patrullas salían en misión de reconocimiento para escudriñar los pantanos helados y muchos desaparecían porque los mongoles y siberianos merodeaban por los alrededores con el cuchillo presto. Los que regresábamos siempre decíamos que estábamos a punto de ser cercados de nuevo. Los caballos llegaban arrastrándose y muchos caían muertos un instante después de detenerse porque, como a los hombres, sólo los nervios los habían sostenido. Apenas comíamos un trozo de aquel viejo pan y aquella margarina que partíamos a hachazos. Teníamos la cara terriblemente jaspeada y llena de un pus violáceo que se escapaba por las grietas; las ropas, tiesas; el espíritu, helado. ¡En ciento cuarenta años Rusia no había conocido un invierno tan crudo como aquel del 41! Algunos se extendían sobre la nieve y dormían. Eran los futuros muertos. Los que lograban volver a la vida lo hacían en medio de terribles aullidos y quedaban mutilados para siempre. Aunábamos el pelear y el cavar con la tarea agotadora de hacer reaccionar el cuerpo, arrancarnos el hielo de las pestañas, frotarnos las mejillas, las orejas, ¡el alma!, todo en continuo trance de caer en pedazos. Sólo las partes genitales guardaban aún calor.

Los otros ya pertenecían a un mundo en el cual no éramos capaces de penetrar. Cuando era posible—muchos eran asesinados en el camino—, los arrastraban a Otskig en aquellos trineos que, semejando féretros móviles, suponían nuestra única comunicación con la retaguardia, con otro universo. Si no, seguían en el hospitalillo de Possad, donde apenas encontraban unos algodones, un poco de alcohol y una sierra.

* * *

—Ve a desinfectarte esos rasguños.

—No; me pondré un trozo de venda. Pueden volver.

Matías colocó de nuevo sobre mi herida el rígido y sucio vendaje. Encima puso un pedazo de capote del muerto más cercano y lo ató con las cuerdas que encontró en la zamarra de un teniente ruso sin cabeza.

Sentía grandes dolores. Pero no eran las desgarraduras de la carne. ¡Era el horrible frío, que parecía gozar mortificándola!

* * *

Anochece una jornada más, cuando el sargento gritó:

—¡Que nadie dispare!

Bien armados, más de un centenar de rusos se acercaban. Sus ademanes eran lentos, desconfiados. Y cuando, empujados por las ráfagas que desde el bosque disparaban los suyos, se confundieron con el terreno, muchos no se levantaron más. Retorciéndose en una atroz agonía, y sin que pudiésemos hacer por ellos otra cosa que terminar de matarlos, quedaron una treintena de hombres.

En una hondonada reunimos a los vivos. Narices chatas, pómulos salientes y algunos rostros europeos. Pero en todos la misma expresión de sospecha, de ansiedad y de temor.

Silenciosos, nos encaminamos hacia la semi-destruida *isba* que servía de puesto de mando. Los oficiales pasados—a los comisarios los habían matado—, acompañados por Matías y por mí, entraron. Los soldados, junto a los subalternos, quedaron rodeando la casa. Poco después, un voluntario de los que los custodiaban anunció que uno de los desertores hablaba español. Un hombre joven entró en el cuarto y, como tanteando el peligro, avanzó hacia la mesa. Parecía buscar a aquel que entre nosotros tuviese mayor jerarquía. Al fin, en un nítido castellano, se presentó al capitán. Interrogado sobre el dominio de nuestra lengua, dijo haberla estudiado y perfeccionado con los niños españoles que fueron llevados a Rusia durante nuestra guerra civil. También declaró espontáneamente que sabía muchas cosas sobre el enemigo y que había jurado perpetuo odio a los bolcheviques. Durante tres cuartos de hora estuvo descubriéndonos las intenciones de los rusos. Nos anunció enormes concen-



traciones de refuerzos, nueva artillería en camino y escuadrillas de bombarderos que intervendrían en un futuro próximo.

El mando soviético estaba decidido a exterminar la «cabeza de puente» ibera.

Después fué el capitán del Estado Mayor quien, provisto de planos y ayudado por Kolka—así se llamaba el estudiante desertor—y el intérprete español, descubrió el sector atacado por la División Azul.

Dos insignificantes oficiales, marcando sobre una humilde cartulina equis y puntos rojos y azules, cambiaban el destino de millares de seres.

Presa de una extraña desmoralización, me dirigí hacia el exterior. Docenas de manos y voces se alzaron en el umbral de la casa.

—Pazhaluista, daite mnié papirosy! Pazhaluista, daite mnié papirosy! (1).

Mientras vaciaba los bolsillos de cigarros, iba respondiendo a las preguntas de mis camaradas.

Ninguno comentó mi respuesta. Pero un brillo oscuro y feroz fulguró en los ojos que miraron hacia oriente.

En el silencio que siguió, y ayudado por la luz de esos incendios, fueron desfilando los rostros de los desertores. Sí, eran ellos; eran los mismos que saqueaban y destruían; los que, ante su solo anuncio, hacían que las poblaciones civiles huyesen asustadas. Pero me parecía—¡estaba seguro!—que entre aquellos prófugos o los rusos de enfrente y yo había algo de común. En ellos veía mi condición de indefenso, de perdido en la espantosa vorágine de la guerra. Me veía tal y como era o estaba.

Seres sencillos que, tan sólo porque no los matábamos y les ofrecíamos un cigarrillo, nos miraban agradecidos y refan. De las perdidas aldeas de la misteriosa Asia vinieron aquellos mongoles, kirguises, kalmucos, samoyanos...

* * *

Cuarenta y tres pasados decidieron combatir a nuestro lado. Con el sargento y yo quedaron un oficial, Kolka y tres soldados. Ya cavábamos y matábamos juntos moscovitas y españoles. Rehacíamos o construíamos con nieve refugios que nos daban una sensación de seguridad más aparente que real y enterrábamos nuestros muertos, que aumentaban sin cesar. Así la noche avanzaba. Y ya estaba

(1) «¡Por favor, deme cigarrillos!»

bien cerrada cuando, a través de un altavoz, nos llegó una voz castellana: «El camino de España—gritaba sin cesar aquel charlatán—pasa por Moscú.» Cuando se cansó de despotricar contra nuestras madres y nuestro «fascismo», puso unos pasodobles, que lograron morder nuestra nostalgia, y nos prometió buena mesa y viviendas confortables si desertábamos. Para los «pasados» tomó la palabra un ruso, amenazándolos con la destrucción de sus hogares y la muerte de sus familias. Pero éstos, uniéndose a nosotros, desataron tal fuego, que los buenos oficios de aquel infeliz debieron suspenderse. Cuando el tiroteo amainó, Kolka y el teniente respondieron. Dando sus nombres para ser reconocidos por sus compañeros, los invitaban a seguir su ejemplo. Kolka, sin olvidar recomendarles que matasen a los comisarios y trajesen con ellos las armas, ofrecía tabaco, libertad y cultura.

—*Mnoga kultur! Mnoga majorka! Soldati ispankie jarasho!* (1).

Dos velas en un rincón. Junto a una de ellas alguien agonizaba.

Cuando las sombras comenzaron a deslizarse hacia el amanecer, tres pelotones de choque, envueltos por la niebla, que olía mal, y por la extraña serenidad del frente, abandonamos nuestros refugios. Matías y yo, Ruiz y Lozano, dos antiguos comunistas universitarios, y cinco rusos, formábamos, con otros quince hispanos, el primero.

Ibamos, destruyendo las máquinas cuyos emplazamientos nos habían señalado los «pasados», a decir al enemigo que aun nos quedaban fuerzas para resistir y contraatacar.

Un cuarto de hora tardamos en llegar a la proximidad de la primera casa. El suboficial hizo alto y los dos ex bolcheviques madrileños, llevando tras ellos al teniente ruso, se apartaron para tomarla de revés. Deslizándose bajo la ventana, Matías lanzó una bomba, y a la explosión sucedieron gritos de rabia y dolor. Kolka, de una carrera, llegó a la entrada y de un violento culatazo la dejó libre. Lo seguí, al penetrar en la vivienda, encontré la silueta, fantasmagórica por las llamas, de un hombre que remataba salvajemente a los heridos que en el suelo se revolcaban. A la fuerza llevé al desertor al exterior... ¡Cómo jadeaba aquel bruto, con qué gusto, con qué saña exterminaba!

En la última mirada vi la mesa volcada: cadáveres, fragmentos de botellas y unas bragas de mujer. Y junto a la íntima prenda, una ametralladora intacta y algunos cascos.

Kolka temblaba. Con él la bayoneta, que chorreaba sangre de aquellos desgraciados que hasta hacía unas horas eran sus compañeros.

—*Alles kaput, alles kaput!* (2)—le repetía ebrio de júbilo y de odio.

La alarma había sonado.

La alarma tremenda de la guerra.

Gritos, bayonetazos, ira formidable...; un puñado más de hombres dejaban su sangre sobre los hielos pétreos de aquel maldito Possad.

Iba haciendo un reguero más de lamentos y exterminio.

(1) Mucha cultura y tabaco. Los soldados españoles son buenos.

(2) Todos muertos.

Y el hermano menor de la guerra—el golpe de mano—seguía delante para que los españoles siguiésemos asomándonos a la esquina de la muerte.

Unos metros más allá encontramos los hierros de unas tanquetas que el día anterior un grupo de hispanos habían deshecho a fuerza de coraje. Las pasamos y ante una casa iluminada por dentro me detuve bruscamente. En la puerta, un gigante nos esperaba con la mueca feroz de una sonrisa... Tan cerca sentí la bomba y la muerte, que, espantado, crispé los párpados. Cuando abrí los ojos, el suicida, que había colocado el artefacto entre sus ropas, se retorció sobre la nieve.

Más allá, los españoles a los que el ardor llevaba demasiado adelante eran pasados a cuchillo entre horribles ululares y carcajadas siniestras.

Dolor, espanto y coraje expresados en dos lenguas y cien dialectos se mezclaban al frío y al fuego.

Las explosiones iban desgajando maderas y carnes. Y aquellos que al final del amanecer encontraban la eternidad nos decían adiós con el agitar de sus destrozados cuerpos y el horrible balbuceo de sus almas asustadas.

Los mareos que la herida infectada y congelada me producía, aquellos vómitos que no sabía a qué atribuir, la fiebre... Hombres heridos o con las extremidades heladas continuaban combatiendo sin permitir que se los evacuase, porque—decían aquellos ignorados

héroes—«Aun podemos pelear». Aquel que con las piernas inmovilizadas por el frío habíamos colocado sobre dos cadáveres para que pudiese seguir manejando el fusil automático; aquel otro—¡jamás lo olvidaría!—que con los dientes iba metiendo la cinta de proyectiles, porque sus manos habían sido arrancadas por una granada que, cuando iba a ser arrojada, una bala hizo estallar; aquel conjunto formado por un congelado y un ciego, aquellos que mantenían el salvaje fuego de su ametralladora...

Con mareos, con vómitos o sin vómitos, no podía abandonar las trincheras. Las gestas olvidables de aquellos hombres que ofrecían hasta su último suspiro suponían el alto al desánimo.

Un combate más amainaba. Los rusos fueron desalojados y Matías vino a sentarse junto a mí. Con él llegó Ruiz, el ex comunista universitario. Su antiguo compañero de bandera y el teniente ruso que lo acompañaron en el golpe de mano habían caído acuchillados.

—Cómo corrieron, ¿eh?—murmuró alguien con voz apagada.

La sonrisa fiera del sargento brilló en la noche.

Possad volvía a ser nuestro en su totalidad. Las tumbas colectivas de los españoles iban llenando cada metro de suelo. De las pérdidas rusas, siempre terriblemente elevadas, ya no nos preocupábamos. Y en esto coincidíamos con las leyes y los jefes enemigos.

—*Idy siuda tovarishs! Soldati ispankie jarasho! Idy siuda!* (1).

Antes de que el día terminase de abrir, más de doscientos rusos se pasaron. Kolka, aquel ya gran colaborador nuestro, los iba serenando y dando cigarrillos que nosotros le proporcionábamos.

Como rebaños asustados se apelotonaban entre ellos, sin saber si lo que les esperaba era la muerte o la libertad.

Debía ser el mediodía del 14. Quedábamos ciento ochenta hombres aún en condiciones de disparar. En el hospitalillo o los cráteres de los alrededores, golpeados por el azufre, la nieve y la metralla; tapados con pajas rígidas o una rígida manta; sin ropa ni medicamentos, había más de doscientos. Doscientos hombres que tal vez sólo esperaran que la muerte terminase con el tembloroso hilo de sus existencias. No concebía que ninguno de ellos pensara en sobrevivir.

Cojeando, evitando que la tormenta me arrojase al suelo, iba hacia el hospital. El frente, cansado, ahora callaba.

Silenciosos, los receptáculos del dolor y los últimos suspiros que eran los sanitarios, recorrían mi misma senda. Con ellos marchaban siempre unos pingajos que debían de ser pobres hombres. Como aquel joven que, tendido sobre la tienda de campaña que sostenían tres españoles, levantaba en enloquecido esfuerzo la cabeza para mirar hacia atrás. Su cabeza monstruosa, sus labios llenos de sangre...

—¡Madre!... ¡Madre! ¡No quiero morir!

Nadie prestaba atención a sus palabras. Uno de los que lo conducían fumaba. Otro, con el casco en la mano, enseñando sus cabellos duros y sólo peinados por el viento, miraba al suelo, como si en silencio se confesase con la nieve. Apenas el tercero murmuraba algo.

Los dejé atrás. Y ya me encontraba próximo al puesto de socorro, cuando una explosión me hizo, inexplicablemente, volver la cabeza. La triste caravana se retorcía en el suelo.

Una de la tarde; el cielo, oscuro; 41° bajo cero. Levantando blancas nubes, los aires silbaban lúgubres cuando entré en aquel infierno.

Alguien, y a lo lejos, cantaba con voz bronca una praviana. Pero hubiese sido mejor que llorase.

¡Cercados!

Possad estaba definitivamente aislado. Los medicaciones, las municiones—nadie se acordaba de comer—, los refuerzos, la pólvora, los heridos, los congelados o enloquecidos..., todo caído en la trampa. La continua marea que, despegándose de las trincheras, iba en busca de un trapo desinfectado, sólo encontraría el calor que la sangre fresca, los excrementos y el pus producían. Y hombres amontonados que

(1) «¡Pasarse, camaradas! Los españoles son buenos soldados.»



estaban aprendiendo cómo la muerte sabe acercarse con un andar tan lento que aterra.

Ciento cincuenta metros hacia el este se encontraban las primeras trincheras.

Legué a la enorme «isba». En ella, reparando su tosco amor entre tremendas miserias, se movían los cansados y envejecidos enfermeros. Unos muros traspasados por las balas y un techo con un agujero enorme envolvían aquella concentración de agonía e ideal.

Era el hospitalillo, era la destruida escalera, los muros; eran cuatro multiplicadas y confusas hileras de ojos sosteniendo la horrible pesadilla que veían y a los cuales el fin iba apagando o la fiebre inflamaba.

Un soldado de artillería se acercó a mí. Sus brazos, entablillados entre bayonetas que unas vendas sucias de sangre apretaban, caían muertos. También cojeando fué hacia la estufa, apagada y blanca de nieve, que en el centro de la pieza dormía. Allí se sentó; allí, junto al que, con un enorme tapón de algodones rojos sobre la garganta, iba adquiriendo la inmovilidad y el tinte verdusco de los cadáveres. Yo me dirigí hacia un rincón, y mis ojos, hipnotizados por el asco, iban posándose en otros, en aquellos que contemplaban con horror la lombriz oscura que se retorció en pesada danza, que cambiaba de color; en aquellos que veían que el vientre dejaba escapar sus intestinos. En aquel muchacho de cabeza rapada que se incorporaba. Aquel ser que parecía un conjunto de nervios y pellejo, un muerto al que un satánico embrujo hubiese cambiado de posición. En movimientos instintivos, apartaba la manta que cubría sus piernas y vi tripas borrando partes genitales, manchas negras y horribles, y unos muslos, mordidos por terribles metrallazos, que también iban siendo tapados.

Cuando arrastraba mi pierna hacia un sanitario, le vi acercar la espalda al suelo, caer desplomado, muerto.

Se había ido sin que una sola mano o una sola mirada le despidiese. Como casi todos los que seguían llenando el suelo de Possad.

Ya limpia la herida, me ordenaron descansar unos minutos, y fuí a ocupar el hueco que segundos antes dejara un muerto. Un hombre con el rostro amarillo y un pecho que, expidiendo amplios borbotones de sangre, se alzaba y descendía como un agitado fuelle, quedó a mi derecha. No se quejaba, tan sólo carraspeaba cuando el líquido amenazaba ahogarle. El otro deliraba y en sus pesadillas se formaban las gastadas palabras del combatiente: «¡Vienen! ¡Fuego! ¡Corre! ¡Ay madre!»

...A mi madre y a todas las madres del mundo.

Decenas de hombres que entre vómitos murmuraban razones perdidas y delirios de fiebre, frases de oración y reproches.

Alguien en un rincón rezaba:

«Padre nuestro, que te olvidas de los hombres...»

O callaban. Casi todos callaban. Y aquellos eran los que pronunciaban la más tétrica de las plegarias.

* * *

Allí, en medio de silbidos que salían de pechos agujereados o de perforados vientres; de tanto frío, lamento y dolor; allí, rodeado de almas crudas, me sentí solitario, hastiado, infinitamente hastiado de todo. Y supe que oscuras reflexiones comenzaban a bullir en mi mente. Miré a aquel boquete que había en el techo, subí hasta los dioses que por él debían contemplar, curiosos o indiferentes, tanta desesperación, y con rabia y con pena, tal vez con la inconsciencia del mareo, murmuré un apagado grito: «¡Cielos, cielos!...» Sentí que, al embrujo de aquella palabra, muchas cosas que hasta entonces habían sido ley de vida, que los rígidos preceptos que durante años fueron formando mi subconsciente, se revelaban o convertían en un caos; que, como en un milagro, se asomaban al umbral de la Verdad o al torbellino de las dudas. Sentí como si mi espíritu se moviese o cambiase de enfoque para hacerse inteligencia, razón, se independizase. Ideas sin número y fundamentales vagaban en mi cerebro en una inclinada vorágine. Luchaban, se hacían luz y perdían para reaparecer en el próximo pensamiento, que era a su vez y pronto destruido. Supe que vivía instantes en los que el mundo de mis creencias, empujado por cien distintas proyecciones que desconocía, cambiaba de contorno. Y que aquellas creencias, al tambalearse mi mente, la poblaban de tremenda y angustiosa curiosidad; que aquel vaho de sangre y pus iba terminando con mi lucidez. Supe que también deliraba; que extrañas visiones vagaban ante mis ojos.



MODINA PANCAE

Tres mil argentinos residen en España

(Viene de la pág. 54)

decidió suspender a raíz de un artículo publicado por el ilustre escritor José María Souvirón en el diario madrileño *A B C*. Souvirón criticaba el falso romanticismo del programa, que, como contrapartida, significaba una lluvia de cartas y confesiones femeninas para su autor.

Donper, casado con una chilena—Adriana—y con una hija colombiana—Sofía Adriana—nos habla de la radio en España.

—La radio comercial empieza verdaderamente en España en mil novecientos cincuenta y dos, cuando se comienza a pagar a los artistas lo que éstos merecen. En América, la base de ingresos de un artista es la radio; el teatro o la *boîte* son complementos de aquélla. En España—ahora—, el *night club* o el teatro son la base y la radio tiene una función secundaria desde el punto de vista de los actores y cantantes. La renovación de la radio comercial se inició con los concursos, y luego los seriales. Ahora ya está a la altura de las de otros países y se comprende que, cuando el artista es bueno, monopoliza a los radioyentes. El ejemplo lo tenemos en los programas del «Zorro» por Radio Madrid. Se ha llegado a lo que debe ser la función publicitaria de la radio y a establecer su principal característica, la continuidad. Un ejemplo similar lo tenemos—aunque aquí, en España, por razones de idiosincrasia, no se quiere hablar de ello—con los seriales de radioteatro. Sus resultados publicitarios y comerciales los podemos comprobar nosotros, los que trabajamos en una emisora.

Hablamos del tango con el realizador del programa «Su majestad el tango».

—El tango gusta en España, y gusta mucho, pero impone respeto. A los españoles les gusta oír y hasta cantar el tango, pero no se atreven a bailar, como si temieran profanarlo; les parece muy difícil, porque han oído hablar mucho de «cortes», «quebradas» y «sentadas». No saben que hoy en Buenos Aires el tango es un bolero más. Aquí, en una *boîte*, cuando suenan los primeros acordes de un tango, las parejas se retiran; son las mismas parejas que luego, al oír un *cha-cha-cha* o un *rock and roll* salen a la pista, aunque no sepan bailar. Estas danzas no imponen respeto. El tango, en cambio, sí. Yo creo—prosigue—que por esta razón el tango no podrá imponerse, triunfar definitivamente. Por esto y porque es antieconómico traer una orquesta completa—Troilo o Pugliese—a Europa, con todos los músicos. Xavier Cugat o Tommy Dorsey pueden venir a Europa solos, contratar a los músicos que les hagan falta y presentarse ante el público. Hay músicos para ellos; pero, en cambio, no hay «fueles» para una orquesta típica. El español—concluye—ama el tango. Yo he conocido personas que sabían infinitos de ellos, de los de la «guardia vieja», como si hubieran nacido en Corrientes y Esmeralda. Pero—otra cosa—faltan grabaciones. Las únicas orquestas que aquí se han oído y se conocen son las de Gardel, Canaro, Lomuto, Irusta-Fugazot-Demare y Spaventa (un caso especial, ya que el actor, en una gira por la Península, al disolverse la compañía, se puso a cantar tangos, para vivir en Madrid, ¡y triunfó!). Repase estos nombres y verá que Carlos Gardel es el único valor de todos ellos. Las otras orquestas se desconocen. Y, a pesar de todo, ¡cuánto gusta el tango en España!

ESTRELLAS ARGENTINAS EN EL CINE ESPAÑOL

En el paseo de la Castellana, en uno de los más modernos y lujosos

edificios recientemente construidos, ha comprado un piso el matrimonio cinematográfico Zully Moreno-Luis César Amadori. Los amplios salones, el mobiliario, estilo Luis XV, que se combina con motivos de decoración moderna, parecen el interior de un estudio, donde todo se ha preparado para comenzar a filmar una película de elevado presupuesto.

Zully Moreno nos recibe con gran sencillez y simpatía. No es la mujer fría y orgullosa que hemos visto interpretar en *Dios se lo pague*, sino la actriz cordial y la madre cariñosa, que nos presenta a su hijo, Luis Alberto, de tres años y medio, cuya media lengua tiene acento español.

Zully acaba de llegar de los estudios, donde está doblando su propia voz en la película cuyo rodaje acaba de terminar, *La noche y el alba*, dirigida por José María Forqué, con argumento del joven dramaturgo Alfonso Sastre, e interpretada, junto con ella, por Francisco Rabal, el portugués Antonio Vilar y la mexicana Rosita Arenas. *La noche y el alba* es la segunda película realizada por Zully Moreno en España, donde reside desde hace algo más de un año. La primera fue *Madrugada*, dirigida por Antonio Román—cuya esposa, Yvonne de Lis, es argentina—, versión de una obra teatral de Buero Vallejo, interpretada por Mari Carmen Díaz de Mendoza, Luis Peña y Vicente Prieto, que la crítica ha acogido con los mejores elogios, destacando sobre todo la actuación de Zully.

Nos asegura que se encuentra muy a gusto en Madrid.

—Los españoles, y en especial mis compañeros, han sido en toda ocasión muy gentiles con nosotros. Tienen todos un gran respeto artístico y saben hacerse apreciar con ese modo de considerar al recién llegado como un viejo amigo. Por eso no he tenido ninguna dificultad de adaptación.

—Parece—le digo, señalando la casa—que tiene usted el propósito de quedarse aquí durante largo tiempo.

—Ganar el mercado cinematográfico, que quiere decir ganarse al público, requiere tiempo—me contesta—. No basta con hacer una sola película, sino que hay que insistir una y otra vez, mostrando las diversas facetas del arte que uno pueda tener, hasta hacerse querer del público. Por eso, cuando he salido de la Argentina, no me he limitado a hacer una sola película, sino que he interpretado varias. En México, donde estuve ocho meses, hice tres. Es posible que vaya allí, donde tengo aún un compromiso pendiente. Desearía también ir a pasar unos días a la Costa Azul e Italia a descansar. Pero por ahora pensamos, mi marido y yo, residir en España.

Le pregunto su opinión sobre el actual momento cinematográfico español.

—El cine español tiene un material humano extraordinario—contesta—, aunque quizá algunos aspectos técnicos adolezcan de una falta de medios económicos que no escasean en otros países. Lo que más me ha entusiasmado es la actitud optimista de la gente, que hace cine frente a los problemas que se presentan y que saben resolver a veces improvisando. Esta es la mayor enseñanza que he sacado hasta ahora. Todos los días se aprende algo.

Zully es evidentemente modesta. Confiesa que sigue aprendiendo, después de haber interpretado 40 películas. Recordamos al oír a algunos actores que, después de actuar una o dos veces ante las cámaras, nos han hablado con suficiencia de este difícil arte.

—El cine español ha avanzado mucho desde el año mil novecientos cuarenta y nueve, cuando estuve aquí unos días en un viaje que realicé por

Europa—prosigue—. Entonces había una, dos o tres películas que podían destacarse; recuerdo *Locura de amor*. Ahora, de las cincuenta películas rodadas en un año, se pueden escoger sin vacilar una docena de títulos: *Calle Mayor*, *Fedra*, *Calabuch*, *La muerte de un ciclista*, *Marcelino Pan y Vino*, *Amanecer en Puerta Oscura*, *Un ángel pasó por Brooklyn*...

Le preguntamos cómo ve los proyectos de colaboración y comunidad hispánica llevados al campo cinematográfico. Zully Moreno nos contesta con el aplomo y la seguridad de quien ha pensado mucho sobre el problema y que tiene ideas propias al respecto:

—Muchas veces he abordado esta cuestión entre mis compañeros. La última vez que hablé de ello fue en el Festival Cinematográfico de San Sebastián celebrado el verano pasado. Creo que debemos ir hacia una unión del cine de habla castellana (principalmente el cine mexicano, argentino y español) y tender a una comunión de intereses, de valores y de intérpretes. El camino para ello es la coproducción honesta, sana y sin vanidades, y los continuos desplazamientos de los artistas y guionistas entre los tres países. En este sentido, *La noche y el alba*, la película que acabamos de rodar, aspira a ganar el mercado de uno y otro continente, y reúne entre sus intérpretes a argentinos, mexicanos y portugueses.

El hogar del matrimonio Amadori-Moreno acoge con frecuencia a los artistas argentinos residentes en Madrid. Pensamos que, si en un momento dado, todos ellos abandonaran la Península de la noche a la mañana, la escena y el cine españoles sufrirían un duro golpe. Téngase en cuenta que aquí están, sin agotar la lista, Analía Gadé, incorporada recientemente al cine hispano en *Muchachas de azul*, dirigida por León Klimosky, que ha realizado también en España *Viaje de novios* y *Venga usted a Moratilla*. Analía ha hecho también teatro (*Las brujas de Salem*), como su marido, Juan Carlos Thorry, que ha presentado varias obras en la Comedia y que está dirigiendo ahora en Barcelona una película, *Los cobardes*, de la que es también guionista. Diana Maggi, que ha interpretado *Tres ases al volante*. Enrique Cahen Salaverri, que ha dirigido *Susana y yo*, y *Con la vida hicieron fuego*, interpretada por Ana Mariscal y el francoargentino Georges Rigaud. Fernando Fernán-Gómez, quizá el más solicitado y famoso de los actores en España, a quien hace poco vimos interpretando el papel de un castizo chófer de taxi madrileño en *Los ángeles del volante*. Celia Gámez, la *vedette* de las revistas de multicentenarios representaciones, desde hace veintiocho años residente en España, que lo mismo canta el chotis «Pichi» que los tangos «A media luz» o «Bandoneón arrabalero».

Hablamos con Zully de su esposo, Luis César Amadori, que está dirigiendo *La violetera*, interpretada por Sara Montiel, quien, con su famosa película *El último cuplé*, ha hecho surgir en el cine español una floración de cupletistas más o menos castizas, y acaba de ser retirada de la sala donde se estrenó, y llevaba treinta y nueve semanas de proyección, al presentar una querrela judicial su alteza imperial el gran duque Wladimiro de Rusia, que se considera personalmente ofendido e injuriado en una de las escenas.

Con Carmencita Martí, primera actriz de radio-teatro de Radio del Estado, que asiste a la conversación, hablamos de la cantante Elder Barber, que hace poco tuvo el simpático gesto de ir, junto con Carmen Sevilla y Gila, a Sidi Ifni, a llevar a los sol-

dados españoles en aquella provincia africana la alegría de sus canciones. En el cuartel del grupo de Tiradores de Ifni, en un tablado improvisado, que casi hubo que rodear de alambradas y campos de minas para impedir que se desbordara el entusiasmo de la tropa, Elder Barber recibió el gorrión con el que quedaba investida como madrina de la sexta bandera legionaria.

El hogar Amadori-Moreno acoge a todos estos argentinos y a viejos amigos de Buenos Aires, como Arancibia, Alberto Closas, Pepita y Esteban Serrador, la familia Perojo y la familia Alvarez Diosdado.

—Las puertas de mi casa están siempre abiertas para los argentinos amigos, conocidos y aun desconocidos, que, al saber que estoy aquí, cuando llegan a Madrid, me buscan.

Yo, que también soy argentino, pero resido en Madrid, le prometo marcharme hasta El Escorial, para poder decir después que «he llegado a Madrid» y volver a gozar de nuevo de su simpatía, su cordialidad y su inteligencia.

LA SOCIEDAD DE NUESTRA SEÑORA DE LUJÁN

«Para que la férvida oración de sus hijos se mezcle con la invocación amante de los que de la estirpe española recibieron fe y expresión hablada, el pueblo argentino pide veneración y culto a esta Dulcísima Madre de Luján (copia exacta de la que quedó desde 1630 en su santuario), y así llegarán unidos, ante la omnipotencia suplicante de la Madre de Dios y de los hombres, en un perpetuo acorde de filial amor, los ruegos de España y la Argentina», dice el recuerdo de la entronización de Nuestra Señora de Luján en la iglesia-catedral de San Isidro, en Madrid, que lleva fecha del 1 de mayo del año 1949.

Promovido por un grupo de argentinas el proyecto de constituir en Madrid una hermandad que tuviera por fin principal dar culto a la imagen que trajo de Buenos Aires monseñor Serafini, obispo de Mercedes, el excelentísimo señor patriarca-obispo de Madrid-Alcalá aprobó la fundación de la Sociedad de Nuestra Señora de Luján en julio de 1953.

—Pueden pertenecer a la sociedad los españoles e hispanoamericanos que lo soliciten y se comprometan a observar los estatutos. Como requisito previo se pide una gran ejemplaridad del postulante en lo que atañe a la misa dominical y a la comunión pascual—nos dice su presidenta, la señora Matilde Alvarez de Alonso, una porteña que reside desde hace veintitrés años en Madrid.

Para dar culto a Nuestra Señora de Luján, Patrona jurada de las Repúblicas de la Argentina, Uruguay y Paraguay, los socios celebran solemnemente la fiesta el día 8 de mayo, visitan la capilla de la imagen en la catedral el 8 de cada mes y el 15 de diciembre, octava de la Inmaculada Concepción de María, llevando sobre sí, en los actos de culto, la medalla de la Virgen pendiente de una cinta azul celeste.

—Los argentinos somos patrioterros, no patriotas—nos dice dolorida doña Matilde Alvarez de Alonso—. Fíjese usted que en Madrid hay aproximadamente unos tres mil argentinos. Pues bien, sólo ochenta son miembros de la sociedad.

De este modo lamenta no poder hacer una realidad los amplios proyectos que animan a la Directiva, uno de los cuales es el de contar con medios suficientes para poder repatriar a los argentinos pobres que desean volver a su país y no cuentan con disponibilidades económicas, teniendo que aguardar al lento proceso burocrático que exige el Gobierno para hacerlo.

—Desearíamos contar con la ayuda generosa de los artistas argentinos que están en Madrid, para recaudar

fondos en un festival benéfico. Con ello muchas cosas podrían hacerse. No nos sería difícil conseguir un teatro para organizar el festival; pero... falta la colaboración desinteresada.

Le decimos que quizá estas líneas animen a los artistas a prestar esa colaboración. Que basta que tres o cuatro tomen verdadero interés por la iniciativa para que ésta prenda con entusiasmo en los demás, porque los artistas argentinos han demostrado en muchas oportunidades su generosidad.

El desconocimiento de unos, la diferencia de otros, no impide que la Sociedad de Nuestra Señora de Luján pueda atender debidamente el culto de la imagen y que todas las semanas fragantes flores renovadas blancas la acompañen en la capilla de la catedral. Entre sus socios figuran —y consideramos un deber reseñar sus nombres— comerciantes argentinos residentes en Madrid, como Fernando García Terol, dueño de Casa Roca, de fotografía; Vicente Asensio, propietario de Medias Asensio; el modisto Carlos de Yebra Martín; Emilio Ortega Palos, que tiene un negocio de compraventa; la actriz Lola Membrives, el cantor de tangos y melodías modernas Jorge Cardoso, y también españoles, como el doctor don Jesús Sanz López, director del Hospital General; el locutor de radio y televisión Jesús Alvarez; don José Rocafort, modisto, y don Rafael Rodríguez, dueño de la casa de cuadros La Argentina.

El patriarca-obispo de Madrid-Alcalá, monseñor Eijo y Garay, que tiene una singular predilección por la imagen y la sociedad, ha prometido dedicar al culto de Nuestra Señora de Luján una de las nuevas parroquias que han de alzarse en Madrid en los modernos barrios que se están construyendo.

—Algunas gestiones llevadas a cabo para contribuir a este ofrecimiento del patriarca no han tenido éxito hasta la fecha—nos dice la vicepresidenta, doña Felisa de Cabo Valle, que reside en Madrid desde hace veintiséis años.

Se trata, en este caso, de una suma elevada—diez millones de pesetas—, que permitiría comenzar a elevar los muros del templo, cuyo solar sería donado por el obispo. Esa cantidad inicial, que por su volumen sólo puede ser aportada por el Estado—¿cuál mejor que el argentino?—, se incrementaría pronto por las limosnas de los fieles de la nueva parroquia y los devotos de Nuestra Señora de Luján.

—No perdemos la esperanza de que algún día la Virgen de Luján tenga un templo dedicado a ella en Madrid—añade la señorita Sara Ramos Salguero, tesorera de la sociedad.

Es un deseo que estoy seguro que muchos argentinos, y también españoles, comparten, y que si no ha sido posible hasta la fecha, lo será en el futuro, cuando todos conozcan los nobles y cristianos propósitos que animan a la Directiva de la sociedad, una de las contadas hermandades religiosas dedicadas a la advocación de una Patrona hispanoamericana que hay actualmente en Madrid.

LA ARGENTINIZACION DE ESPAÑA

Adolfo Jáuregui, un entrerriano nacido en Concordia, abandonó un día la marina y se vino a España. De esto hace cinco años. Jáuregui siguió cursos en las Facultades de Filosofía y Letras de Salamanca y de Madrid, toreó en algunas tientas en el campo salmantino, vivió la vida bohemia y, cuando decidió sentar cabeza, abrió una librería en el barrio de Salamanca. La librería Moro es uno de los pocos centros de reunión de los argentinos en Madrid, porque hay que advertir que los argentinos no tienen el sentido de convivencia de otras colonias hispanoamericanas en España, tal como la venezolana, la co-

lombiana, la cubana o la brasileña, que ya tienen sus cafés, donde con toda seguridad pueden encontrarse los turistas con viejos compatriotas al llegar a esta capital. Jáuregui vende obras de teatro, cine, arte y literatura principalmente, y recibe en su pequeña librería a argentinos típicos y troianos sin distinción.

Nos habla de los argentinos residentes en Madrid:

—Somos una gente desarraigada, que sabe abrirse camino en cualquier parte y que se dedica a las actividades más extraordinarias que uno pueda imaginar. Aquí me tienes a mí, que he toreado vaquillas en Salamanca y que ahora vendo libros. En Madrid, los argentinos nos dedicamos a toda clase de profesiones y actividades. Puedo darte infinidad de ejemplos: hay médicos, como los doctores don Tomás Lérida o don Claudio de la Torre; agentes de fincas, como don Luciano Urquijo; cantores, como Juan Carlos Cobos; escritores, como María Elena Ramos Mejía y Valentín Urtasun; pintores, como Rafael Usandivaras; agentes de seguros y reaseguros, como Rafael Linage Zaldívar; compositores, como Isidro Buenaventura Mafztegui, por no citar a tantos otros como tú mencionas. Encontrarás argentinos en todas las clases sociales, desde la duquesa de Fernán Núñez, doña Mercedes de Anchorena Uriburu, grande de España, o un Cárcano, casado con una Bemberg, hasta el chófer del ex ministro señor Arburúa, que también es argentino.

—Una vez me detuve a registrar los comercios que tienen nombres argentinos, y que son de nuestros compatriotas o de españoles que han vivido mucho tiempo allá y que tienen su esposa y sus hijos argentinos, así como la mitad de su corazón: La Criolla es el nombre de un bar-restaurante y también lo es de una pastelería; La Despensa Argentina es el nombre de una tienda de ultramarinos. Un restaurante se llama El Criollo y una fábrica de hielo La Argentinita. Hay tabernas con el nombre de La Argentina, El Gaucho y El Pampero. Una casa dedicada a la venta de marcos para cuadros se llama La Argentina, y también una pescadería.

A esta lista añadimos nosotros el nombre de Virgen de Luján: una farmacia que está a punto de abrirse en el castizo barrio de Carabanchel Bajo.

Jáuregui afirma que José Iglesias, el «Zorro», con su nuevo tipo de humor, y Alfredo Di Stéfano con el fútbol, lo mismo que tantos otros en tantas actividades, están argentinizando España.

—El escritor Paul Reynaud dice en una de sus obras que en los años veinte Francia sufrió un hondo proceso de argentinización, que comenzó con Guiraldes, y que fue mucho más hondo que el tango que triunfaba en las pistas de baile de París. Yo creo—añade—que aquí está comenzando un proceso semejante.

DIPLOMACIA Y TOROS

Calle de Núñez de Balboa. Un señorial edificio, de los que dan el tono de serenidad y aristocracia al barrio de Salamanca. A través de varias salas me hacen pasar a un despacho de «estilo español» auténtico. Cuadros e imágenes antiguos, libros encuadrados, que trasuntan el amor de manos que los han hojeado muchas veces, y que no son una simple decoración. En uno de los ángulos, muchas fotografías. Mientras aguardo a don José María Jardón, me detengo a miraras y tratar de desentrañar lo que representan: toreros, uniformes militares y diplomáticos, paisajes que tienen el aire del norte de España. Una caricatura de un diplomático con un pie sobre el mapa de España y otro sobre el de la Argentina y un torero en la mano. En la vidriera del balcón, enmarcado entre dos corti-

nas rojas, tras el negro despacho, los escudos de España y la Argentina. Todo en la habitación tiene la armonía de las cosas que se han ido decantando con el tiempo, hasta adquirir la madura perfección.

Me saluda don José María Jardón, y a los pocos minutos sabe crear un clima de franqueza que nos autoriza a hablarle como viejos amigos y a pedirle sin reparos que nos aclare el significado de todas aquellas fotos, cuadros y recuerdos donde se lazán y entrelazan la Argentina y España.

—A lo largo de cuatro generaciones—dice—, la Argentina y España se han unido en mi familia. Uno de mis tatarabuelos, Vicente Funes y Ludueña, era hermano del deán Gregorio Funes. Uno de mis abuelos, saliendo de Vinuesa, en la provincia de Soria, marchó a pie hasta Cádiz, caminando durante un mes, para embarcar en un velero. Mi padre, Fernando Jardón, vino de la Argentina allá por el mil novecientos. En mil novecientos seis era nombrado vicecónsul aquí, en Madrid, elevándose la representación a la categoría de Consulado durante la presidencia de Roque Sáenz Peña, el de la ley electoral de nuevo en vigencia, y posteriormente designado agregado comercial, hasta el año mil novecientos veinticuatro, en que falleció.

—Esta casa fue Consulado durante muchos años—prosigue, y me conduce a unas salas próximas, llenas de recuerdos: mapas del Río de la Plata, armadillos, una litografía del deán Funes, fotografías cuyos nombres condensan a medio «Gotha» argentino; en las vidrieras de los balcones, los escudos de Madrid y Buenos Aires—. Esta era la entrada del Consulado. Aquí, el archivo.

En el sótano, destinado al archivo, aguarda la merienda a Fernando y José María, los dos hijos, que en ese momento llegan, acompañados de mademoiselle, y que informan respetuosamente que hoy han sabido bien la lección de geografía.

Don José María Jardón, doctor en Derecho, es argentino por opción. Nacido en Madrid, fué inscrito en el Consulado y al llegar a la mayoría de edad reafirmó su ciudadanía. Sus hijos han sido también inscritos en los Consulados de Madrid y San Sebastián, donde nacieron. Aludo a este caso de Derecho internacional privado.

—No hay duda. Pueden llegar a ser presidentes de la República—me aclara sonriente—. Durante cuatro generaciones españolas y argentinas, en nuestra familia se han dado todos los casos posibles que puedan presentarse en materia de ciudadanía en el Derecho internacional privado.

—¿Y esas fotografías de toreros? —pregunto.

El señor Jardón es consejero delegado de la Nueva Plaza de Toros de Madrid. No puedo ocultar mi sorpresa: la «Meca» del torero dirigida por un argentino. Me explica que, cuando se inició la construcción de la plaza, la tercera que ha tenido en su historia la capital de España, su padre, el señor cónsul don Fernando Jardón, adquirió unas acciones en la empresa, que entonces parecía una aventura.

—He aquí como yo, al llegar a la mayoría de edad, me encontré siendo consejero de la plaza.

Eso era en 1934. Desde entonces el mundo de la «fiesta brava», en la «Universidad máxima», donde se «doctoran» los diestros de España y América, forma parte de la vida de un argentino, que en muchas ocasiones ha de hacer las veces de embajador, llevando a los diplomáticos y turistas que pasan por Madrid a la Venta del Batán, donde se exhiben las reses que van a ser lidiadas en la feria de San Isidro; al Museo Taurino, que está en la Plaza Monumental de las Ventas, o al tentadero que tiene la empresa a tres cuartos de hora de la capital.

—Ante una corrida, el argentino

adopta siempre una actitud tajante. O le gusta o no vuelve a verla nunca más. Recuerdo a un viejo amigo, don Diego Lezica Alvear, que, cuando era embajador en Londres, vino a Madrid y lo llevé a los toros. Al ver salir el primero, antes que los peones iniciaran las faenas de capa, me preguntó: «¿Y esos hombres a caballo?» «Son los picadores.» No quiso ver más y se retiró. En cambio, el actual cónsul, señor López Isasmendi, es un apasionado entusiasta. La plaza es propiedad del Hospital General de los Pobres de Madrid, representado ahora por la Diputación Provincial—me dice—. Nosotros somos simples concesionarios o arrendatarios. Esta disposición data desde una pragmática del rey Fernando VI, reiterada por una ley de Alfonso XIII. Recuerde usted que las corridas las daban antes los reyes, que convidaban al pueblo al espectáculo. En Madrid se celebraban en la plaza Mayor. Los lidiadores, a caballo, eran aristócratas, pues sólo ellos podían ser caballeros. En el siglo XVIII, las nuevas corrientes europeas introdujeron también profundas modificaciones en las corridas, que, al hacerse a pie, permitieron a gentes del pueblo ser los intérpretes de la «fiesta nacional». Entonces comenzaron a construirse las plazas, y entonces fué cuando Fernando VI dictó su pragmática sanción, señalando que la de Madrid debía ser propiedad del Hospital General de los Pobres.

Increíble. Un argentino dando lecciones de historia taurina y apuntando hechos que muchos entusiastas aficionados ignorarán.

Pero don José María Jardón es mucho más que el consejero delegado de la Plaza de Toros de Madrid. Es también el hombre que puede relacionar toda la historia diplomática argentina en Madrid desde principios de siglo. Hijo de uno de los mejores cónsules que ha tenido el país en la capital de España, diplomático él también, ha vivido siempre en contacto con todas las Embajadas y en su casa han sido huéspedes muchas veces los embajadores argentinos. Su anecdotario sería interminable:

—Tenía yo cinco años y era entonces ministro don Marco Avellaneda. Se recibió un cable de Buenos Aires anunciando que se elevaba al rango de Embajada la Legación en Madrid. Los funcionarios de la Misión me encargaron a mí que comunicara la noticia a don Marco Avellaneda. Me acerqué a él, diciéndole: «Señor embajador...» «No, niño; soy ministro.» «Señor embajador, lea usted este cablegrama.»

El señor Jardón ha sido diplomático durante diez años: agregado civil a la Embajada en Madrid en los años 1936 y 1937, en Lisboa en 1937 a 1942, y de nuevo en Madrid en 1943 y 1944. Recuerda el difícil período de la guerra civil, cuando la Argentina abrió, generosa, las puertas de la Embajada y concedió asilo político a centenares de españoles: los ex ministros señores Arburúa, Serrano Súñer y marqués de Santa Cruz; el futbolista Ricardo Zamora; los financieros Pedro Gandarias y Andrés Moreno; los periodistas Jacinto Miquelarena, Francisco Casares y Francisco de Luis; tantos y tantos otros, que encontraron refugio en la representación en Madrid o abandonaron la Península en los buques de la Armada Veinticinco de Mayo y Tucumán. Uno de los gestos más nobles e hidalgos de la Argentina, que ha sembrado una semilla que aun puede fecundar y dar mayores frutos para unas más estrechas relaciones entre los dos pueblos, porque los hombres que, amparados por el pabellón azul y blanco, salvaron sus vidas y volvieron así a nacer, se sienten también argentinos y aguardan siempre el momento en que puedan ser llamados para una acción que contribuya a acercarse a los dos países.

ARMANDO PUENTE



Biblioteca de Autores Cristianos

NOVEDADES

OBRAS DE SAN AGUSTIN.—Tomo XIV: *Tratados sobre el Evangelio de San Juan* (36-124). Edición bilingüe preparada por el R. P. VICENTE RABANAL, O. S. A. XII + 770 págs. (BAC 165.)

Con este volumen quedan completos estos admirables «Tratados»; los 35 primeros constituyen la materia del tomo XIII. (BAC 139.)

Comprenden estos tomos una de las obras maestras de la producción agustiniana; son un prodigio de pensamiento e interpretación con el que la mente y el corazón de San Agustín se remontan hasta regiones de claridad inefable.

Aun cuando el santo compuso estos sermones para adoc-trinar a su grey de Hipona, constituyen una obra clásica de exégesis; en ellos nos dejó San Agustín una magistral interpretación de los textos de San Juan llena de claridad y sabiduría.

OBRAS DE SAN AGUSTIN.—Tomo XV: *Sobre la doctrina cristiana. Del Génesis contra los maniqueos. Del Génesis a la letra.* Edición bilingüe preparada por el R. P. BALBINO MARTÍN, O. S. A. XII + 1272 págs. (BAC 168.)

Contiene los tratados más originales de interpretación bíblica y exegética. Tratados luminosos que son fundamentales para comprender el pensamiento de San Agustín, para quien constituyó la Sagrada Escritura fuente inagotable de inspiración. Más de 40.000 citas de la Sagrada Escritura pueden contarse a lo largo de su obra.

Los tratados bíblicos que se recogen en este volumen contienen una riqueza de ideas, de interpretaciones y de anticipos sorprendentes, que han sabido valorar todos los grandes tratadistas escriturarios.

El genio de San Agustín se adelantó en muchos siglos a los más insignes comentaristas del Sagrado Texto. Son tratados imprescindibles para quienes pretendan profundizar en su espíritu y en su letra.

TEOLOGIA MORAL PARA SEGLARES.—Tomo I: *Moral fundamental y especial*, por el R. P. ANTONIO ROYO MARÍN, O. P. XVI + 870 págs. (BAC 166.)

Obra nueva y necesaria, de capital importancia para todo seglar culto y utilísima también para el sacerdote. Rigurosa en el método, clara en la exposición, sólida en la doctrina y moderna en sus aplicaciones actuales, reúne todo cuanto puede interesar al lector en orden a la formación de su conciencia particular y profesional.

La gran difusión alcanzada por las dos obras del mismo autor publicadas anteriormente por la BAC, *Teología de la perfección cristiana* y *Teología de la salvación*, prueban elo-cuentemente la aceptación de los escritos del ilustre dominico P. Royo Marín, O. P., que de forma tan certera enfoca los problemas fundamentales.

El volumen II y último, con que se completa la exposición de los grandes principios de la teología clásica, en íntima y vital conjunción con las últimas disposiciones de la legislación canónica y civil, aparecerá en breve.

LA PALABRA DE CRISTO, publicada bajo la dirección de MONSEÑOR ANGEL HERRERA ORIA, Obispo de Málaga. Tomo IX: *Fiestas* (1.º): *Navidad, Epifanía, Semana Santa, Ascensión, Corpus Christi, Sagrado Corazón, San José, Todos los Santos, Conmemoración de todos los fieles difuntos.* XX + 1024 págs. (BAC 167.)

El éxito de los ocho primeros volúmenes, dedicados a las homilias dominicales del año, hace innecesario el presentar este primer tomo, dedicado a las fiestas, que sigue en todo la sistematización de los anteriores. En él hallarán los párrocos y sacerdotes amplia materia predicable para las mencionadas festividades.

El tomo X y último de esta magistral serie aparecerá muy en breve.

OBRAS RECIENTES

SUMA TEOLOGICA, de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Edición bilingüe. Tomo XIII: *De los sacramentos en general. Del bautismo y confirmación. De la Eucaristía.* Versión, introducciones y notas de los PP. FR. SANTIAGO RAMÍREZ, FR. CÁNDIDA DE ANIZ, FRAY ARTURO ALONSO LOBO, FR. MANUEL GARCÍA MIRALLES y FR. EMILIO SAURAS, O. P. XVI + 1882 páginas. (BAC 164.) Publicados los tomos I (29), II (41), III (56), IV (126), V (122), VI (149), VIII (152), IX (142), X (134), XII (131), XIV (163) y XV (145).

La obra cumbre de Santo Tomás, en edición bilingüe y con estudios de especialistas sobre cada tratado, que los ponen completamente al día. Un monumento del saber teológico al alcance de todo el público de habla española.

JESUCRISTO SALVADOR.—*La persona, la doctrina y la obra del Redentor*, por TOMÁS CASTRILLO AGUADO. XII + 524 páginas. (BAC 162.)

Una exposición naturalmente lógica, brillante, densa y ágil de todo ese orden de ideas, hechos y efectos trascendentes que suponen y encierran la figura, la doctrina y la obra del Redentor.

SEÑORA NUESTRA.—*El misterio del hombre a la luz del misterio de María*, por JOSÉ MARÍA CABODEVILLA. XII + 433 páginas. (BAC 161.)

La gracia de un lenguaje plenamente actual, con observaciones que sólo son asequibles al hombre de nuestros días, permite eludir el tópico en la consideración del misterio y ver nuestra propia vida, la interna y la social, transfigurada y vivificada por el misterio de María.

Es difícil que ningún cristiano de nuestro tiempo logre despegarse de estas páginas, llenas de originalidad, sustancia gracia expositiva y aliento espiritual.

HISTORIA DE LA FILOSOFIA.—Tomo I: *Grecia y Roma*, por el PADRE GUILLERMO FRAILE, O. P. XXVIII + 840 págs. (BAC 160.)

El fruto de veinte años de larga y paciente investigación del P. Fraile permite poner en sus manos esta obra magistral, asequible, por su admirable claridad, a todo hombre culto, cuyo primer volumen está ya a la venta.

Un índice general, una tabla cronológica y unos índices de nombres y materias permiten el fácil manejo a este volumen, que lleva además una amplísima bibliografía.

SAN JOSE DE CALASANZ.—*Su obra. Escritos*, por el P. GYORGY SÁNTA, SCH. P., con la colaboración de los PP. CÉSAR AGUILERA y JULIÁN CENTELLES, SCH. P. LII + 827 págs. (BAC 159.)

Las investigaciones del autor húngaro padre Sánta han redescubierto a los mismos españoles una figura más venerada que conocida. Constituye una inestimable aportación a la pedagogía y a la hagiografía españolas.

CATECISMO ROMANO, de SAN PÍO V. Texto bilingüe y comentario. Versión, introducciones y notas de PEDRO MARTÍN HERNÁNDEZ, sacerdote operario. XL + 1084 págs. (BAC 158.)

De esta obra, uno de los monumentos del dogma católico, dijo Clemente XIII: «Norma de la fe católica y de la disciplina eclesiástica.»

Indispensable para todos los sacerdotes y estudiantes de centros eclesiásticos. Es libro de consulta para los seglares cultos en los temas esenciales del dogma y la moral. Indispensable a todos los catequistas.

OBRAS COMPLETAS DE DANTE.—Versión castellana de NICOLÁS GONZÁLEZ RUIZ sobre la interpretación literal de GIOVANNI M. BERTINI, con la colaboración de JOSÉ LUIS GUTIÉRREZ GARCÍA. VIII + 1146 págs. (BAC 157.)

El gigantesco poeta de la Edad Media cristiana, el genio providencial que supo incorporar toda la cultura antigua y comentarla en la solidez maciza de la Teología, en su primera versión completa al castellano.

La Divina Comedia, en italiano y español. *Vida Nueva. El Convite, La Monarquía, Sobre la lengua vulgar, Disputa sobre el agua y la tierra, Cartas, Eglogas, Rimas, Apéndice, Índices de nombres y de materias*, constituyen el contenido de la obra.

EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS DEL MUNDO

OBSEQUIE CON LIBROS DE LA "BAC" EN PIEL

LA EDITORIAL CATOLICA, S. A. - Alfonso XI, 4 - MADRID